SER TERRITORIO

La geografía y el anarquismo

Patricia Lobo (Coord.)



La Neurosis o Las Barricadas Ed

Patricia Lobo (Coord.)

SER TERRITORIO

La geografía y el anarquismo

La Neurosis o Las Barricadas Ed.



Ser terriorio.
La geografía y el anarquismo
Patricia Lobo (Coord.)
La Neurosis o Las Barricadas Ed.
Madrid
2019

ISBN 978-84-941614-9-0
Depósito Legal M-2686-2019

Se recomienda encarecidamente la reproducción o copia de cualquier parte o la totalidad de este libro que tienes entre tus manos, siempre que sea sin fines comerciales.

Índice

A modo de introducción 9

Impresiones de un paisaje anarquista, por Myrna Breitbart 19

Pierre Joseph Proudhon 24

Mutualismo 24

Autogestión obrera 25

Federaciones funcionales 26

Federación geográfica 27

Piot Kropotkin 28

Ayuda mutua 28

Trabajo social 29

Trabajo integrado 29

Descentralización económica 31

Autosuficiencia regional 32

Asociaciones territoriales y comunas *sociales* 32

Los principios de localización bajo la anarquía 33

El *rendimiento* anarquista 34

Utilización de la tierra a una macroescala 35

Criterios de localización anarquista 36

Circulación 37

Utilización agrícola de la tierra 38

Una economía microespacial 38

Conclusión 39

Bibliografía 41

En los orígenes de la geografía crítica. Espacialidades y relaciones de dominio en la obra de los geógrafos anarquistas Reclus, Kropotkin y Mechnikov, por Federico Ferretti y Philippe Pelletier 43
Introducción 45
Los geógrafos anarquistas contra el socialdarwinismo, por el apoyo mutuo y la mesología 46
Los geógrafos anarquistas contra el malthusianismo 49
Concentración del capital y dispersión industrial 54
La teoría anarquista del *desarrollo desigual* 57
Territorio, principio federativo y crítica de las fronteras naturales 61
La geografía de los anarquistas y la cuestión de las nacionalidades 66
Bibliografía 71

Para una lectura espacialmente situada del anarquismo en el contexto de la desterritorialización, por Pablo Mansilla 75
Los anarquistas y el pensamiento geográfico 80
La desterritorialización y la emergencia de reterritorializar las prácticas del anarquismo 88
Territorios anarquistas, ampliando las posibilidades del concepto 91
Conclusiones 94

La naturaleza dominante de los espacios económicos heterodoxos en los tiempos de la crisis neoliberal: hacia un futuro «postneoliberal» anarquista, por Richard J. White y Colin C. Williams 99
Introducción 101
La economía anarquista y la generalización de los espacios económicos heterodoxos en la sociedad occidental contemporánea 105
La naturaleza y significado del anarquismo 105
Tipologías Económicas 113
La persistencia internacional de las prácticas laborales desmercantilizadas 114

Evaluación de la persistencia intranacional
de las prácticas laborales desmercantilizadas 119
Hacia un futuro postneoliberal anarquista 120
Posibilitar que surjan y prosperen los espacios criptoeconómicos 121
Liberando la educación 122
Obstáculos a la participación en prácticas no mercantilizadas 124
Una última reflexión 126
Referencias 128
Bibliografía 135

Anarquía, geografía y deslocalización, por Jeff Ferrel 143
La deslocalización y sus descontentos 155
Precariedad, des-organización y deslocalización 160
Deslocalización, espacio y anarquía: una especulación 167
Bibliografía 177

Lo que debe ser la geografía, por Piotr Kropotkin 185

La evolución de las ciudades, por Élisée Reclus 215

A MODO DE INTRODUCCIÓN

La Neurosis o Las Barricadas Ed.

El ser humano está hecho de espacio y de tiempo. Si redujésemos la vida humana a su mínima expresión, diríamos que el ser humano es un *aquí* y un *ahora*. Para ser más precisos, debiéramos decir que es un transcurrir en un espacio concreto.

Si lleváramos a cabo una sencilla arqueología contemporánea de la relación del ser humano con su entorno, deberíamos partir de una idea bastante evidente: el modelo hegemónico de Modernidad supuso la ruptura definitiva del ser humano con la naturaleza y encumbró una forma de racionalidad que convertía, de forma casi exclusiva, el medio natural en una herramienta. Así, el dominio técnico del entorno supuso una carrera alocada para su aniquilación y, al mismo tiempo, la conversión progresiva en una realidad inequívocamente artificial. La interacción en tiempos pasados suponía una relación de ida y vuelta entre el ser humano y el espacio que habitaba y explotaba. La total dominación técnica del espacio ha supuesto una de las grandes crisis de la identidad moderna por cuanto el ser humano ya no es *ser natural* tal y como esto se podía concebir en todas sus variantes histórico-culturales durante miles de años, sino que tiene que pensarse a sí mismo como producto de una relación con la *naturaleza artificial* creada por sí mismo.

Por todo esto, el territorio vive una profunda agonía como símbolo. La pretendida reducción de la vida a elementos exclusivamente monetarizables supone la eliminación progresiva de los vínculos no estrictamente materiales. Las comunidades que actualmente las ciencias sociales denominan *pueblos originarios*, y que están en proceso de aculturación por las imposiciones del capitalismo global, son los únicos que realmente se sienten parte de la tierra. Allí caben, aunque cada vez con un espacio menor, los ritos funcionalmente relevantes para construir una relación más o menos simbiótica con la naturaleza. En el resto del mundo, la naturaleza es hidrocarburos, agroindustria, espacios de externalización[1] de residuos contaminantes, *resorts* y turismo de sol o montaña en sus diferentes formas y variedades, etc. De esta forma, el territorio desaparece para dejar paso a un cada vez más homogéneo espacio sin significado simbólico que va teniendo una relevancia cada vez menor en el sistema de valores explícito de las personas. Por eso, el espacio urbano se ha vuelto totalitario a través de la forma de la megalópolis y no baraja ninguna otra posibilidad que no sea el exterminio del mundo rural. La megalópolis se sostiene sobre las premisas más valoradas por las sociedades del capitalismo avanzado. Para muestra, un botón: una estructura de complejidad extrema donde la vida más que vivida es administrada. Es comprensible que allí donde las personas somos solo números, la estandarización de la vida no resulte un problema sino que, al contrario, resulte un objetivo más que deseable.

En esta megalópolis, el territorio solo es comprensible como mercancía y como escaparate.

1. La hipertecnificación ha posibilitado la ruptura de las relaciones de responsabilidad ecológica gracias a la externalización de las consecuencias de la destrucción. Si cada español/a consumiese al año un teléfono móvil, resultaría un problema ecológico para zonas como Agbogbloshie (Acra, Ghana) donde se puede encontrar un inmenso cementerio electrónico. Allí es donde se pagarían las consecuencias ecológicas del consumismo capitalista del «mundo avanzado».

Ha sido estudiada de forma pormenorizada la faceta del territorio como mercancía. La explotación agrícola de carácter privado imponía inevitablemente la condición mercantil de la tierra desde tiempos remotos. Por otro lado, el territorio como espacio de tránsito de mercancías cobra una relevancia extraordinaria desde las primeras fases del capitalismo. No podía ser de otra manera: *el tiempo es oro*, es decir, mercancía. El reloj sistematiza la contabilidad de tiempo que abre infinidad de posibilidades a la búsqueda de reducción del tiempo consumido en la acción productora. Así el dualismo espacio-tiempo debe ser reducido a su mínima expresión. Por eso la acción del capitalismo implica una obsesión por la velocidad (que ha terminado por convertirse en una enfermiza obsesión por la inmediatez) entendida como una lucha por la aceleración de la circulación de la mercancía de la forma más eficiente posible. Reducir costes. De ahí que la línea recta (y, por supuesto, radicalmente horizontal) se convierta en otra obsesión. Destruir-alisar montañas, destruir-atravesar bosques, etc., con la finalidad de construir ferrocarriles y autovías que posibiliten esa fluidez. El mismo acto de destrucción y construcción se ha convertido de esta manera en mercancía, por cuanto las infraestructuras se convierten en el negocio de la eficiencia espacio-temporal.

Por un lado, el territorio-circulación es el mundo de las infraestructuras que ha generado los negocios más suculentos de la España de las últimas décadas. Detrás de las grandes constructoras (ACS, Ferrovial, FCC, Sacyr, Acciona...) encontramos buena parte de las más grandes fortunas forjadas gracias a un entusiasta desarrollismo[2]

2. Los nombres de buena parte de los dirigentes de estas constructoras están manchados por la corrupción. En España los vínculos entre constructoras y dirigentes políticos son estrechos. De hecho, es una práctica habitual el usar las adjudicaciones de grandes obras públicas para financiar irregularmente partidos políticos o directamente para enriquecer a los políticos de un grupo parlamentario u otro. Eso sí, la corrupción no es

con protagonistas como Villar Mir, Del Pino, Florentino Pérez, el clan Entrecanales, etc. Por otro lado, el territorio-vivienda alcanza cuotas de mercantilización que resultan escandalosas por cuanto fructifican a su alrededor inversores grandes (fondos de inversiones), medianos (rentistas) y pequeños (aspirantes a rentistas), además de profesionales del negocio inmobiliario, que generan una inmensa red especulativa que encarece (y a menudo imposibilita) el acceso a la vivienda a las clases sociales más empobrecidas.

No debemos olvidar, además, que la megalópolis se concibe a sí misma como un océano de cristal. Pero la megaurbe no es un territorio de transparencia igualitaria. Todo lo contrario; es escaparate y panóptico[3] al mismo tiempo. La sociedad contemporánea, en su dimensión tecnológica de productora de cantidades aparentemente infinitas de imágenes, provoca la reducción de la vida a apariencia. *Lo bello es bueno* ya no es una premisa neoplátonica, sino el fundamento de la industria de la publicidad y más ampliamente de la industria de la cultura de la comunicación de masas. De ahí que también sea el valor central de millones de personas de nuestro mundo globalizado. La megaurbe tiene un corazón de centro comercial. Y ese centro comercial es un inmenso escaparate. Y cada escaparate es una oda a una juventud dinámica, despreocupada, atractiva, individualista, tecnológica y superficialmente feliz. Y nuestra vida es un eterno deseo de ser un digno habitante de esos escaparates. Las redes sociales se alimentan básicamente de ese deseo y así es como nuestra vida poco a poco parece convertirse en

un parámetro válido. Algunas de estas compañías, por mucho que respeten la legalidad, no hacen sino un constante daño social.

3. El panóptico era un modelo de arquitectura carcelaria propuesta por el pensador Jeremy Bentham cuyo objetivo era permitir a su guardián observar desde una torre central a todos los prisioneros, recluidos en celdas individuales, alrededor de dicha torre, sin que estos puedan saber si son observados.

un escaparate virtual. Allí es donde debemos trabajar de forma ardua por ser individuos, con el objetivo imposible de diferenciarnos en la megaurbe de la masa espectadora de sí misma.

En estas macrociudades la transparencia asimétrica viene dada por el sometimiento al *panóptico comercial y securitario*. El panóptico securitario se refiere a la industria de la seguridad ciudadana que acarrea, entre otras cosas, una desmedida presencia de cámaras de videovigilancia para saciar la cultura del miedo, generada por la industria mediática, tan beneficiosa para fortalecer la soledad y el desarraigo de nuestras ciudades. El panóptico comercial también tiene posibilidades securitarias, pues nuestra vida virtual en nuestros teléfonos móviles, en nuestros ordenadores y tabletas supone una fuente ingente de información en manos empresariales y gubernamentales. Estos aparatos son nuestros escaparates voluntarios e involuntarios que posibilitan una mayor eficiencia en múltiples aspectos para la administración ajena de nuestra vida.

Las arterias que bombean la sangre que alimenta el corazón de la megaurbe son estas carreteras que someten la vida de la ciudad a la tiranía del automóvil. El automóvil es la representación de lo que el capitalismo considera libertad. Ir cuando quieras a donde quieras. Casualmente todo el mundo quiere ir al mismo sitio, por eso las arterias viven en permanente congestión automovilística. Nuestra pobre metáfora, el automóvil como sangre de esas grandes arterias que son las autovías, podría tener un posible correlato en la televisión como nuestro cerebro. Las carreteras organizan el espacio público de la megaurbe, la televisión, como todas sabemos, organiza la disposición del espacio privado, que es el domicilio. El comedor o el salón de las casas occidentales son el espacio principal de toda familia de orden, y todos sus sofás y demás mobiliario dependen del lugar que ocupe la televisión. Bien es

cierto que las posibilidades de la vida contemporánea han individualizado el disfrute del entretenimiento televisivo, por lo que la alienación colectiva que todos hemos vivido en familia durante varias décadas ha tendido a privatizarse en los últimos años en el sentido de que se convierte en un disfrute de la alienación individual en habitaciones separadas, siempre que esto sea posible, con canales y contenidos diferentes, personalizados.

El automóvil tiene tal relevancia en la sociedad contemporánea que no se sabe si las personas tienen automóviles o si los automóviles tienen personas. Eso es algo difícil de discernir. Lo que está claro es que, independientemente de lo que hayamos respondido a la cuestión anterior, mucha gente genera mayor apego por su automóvil que por su familia.

El automóvil es una herramienta imprescindible en el espacio moderno. Es la base de la movilidad espacial individual. Salimos de nuestro pequeño hogar, un cubículo rectangular; montamos en el ascensor, un cubículo rectangular; bajamos a nuestra plaza de garaje, un cubículo rectangular; subimos a nuestro coche, un cubículo rectangular que los diseñadores llevan décadas tratando de disimular con propuestas de lo más atractivas; y partimos a nuestro trabajo, una oficina o un establecimiento con forma de cubículo rectangular. De esta manera, podemos evitarnos respirar el aire putrefacto de nuestras ciudades y, además, nos podemos ahorrar el tener que ver la cara de leve amargura, pero sin exagerar, que suele formar parte de las personas usuarias del transporte público, un cubículo cuadrado mucho más grande por su carácter colectivo.

Todo lo que acabamos de señalar no son nada más que unos apuntes sueltos de algunas de las ideas que el anarquismo contemporáneo ha esbozado sobre las relaciones de poder en el territorio que

habitamos y, sobre todo, desolamos. Y que apenas son una ínfima parte del libro que tienes entre tus manos. En este sentido, queremos recalcar que esta obra no es una publicación homogénea, sino que viene a recoger un conjunto bastante diverso de artículos de varias publicaciones relacionadas con el estudio del espacio, eso que suele denominarse *geografía*. Estos artículos recogen el pensamiento de pensadores clásicos como Reclus o Kropotkin, pero la mayoría han sido escritos desde la década de 1980 hasta la actualidad, como, por ejemplo, los elaborados por Myrna Breitbart o Pablo Mansilla. Unos textos reflexionan sobre la geografía libertaria de finales del siglo XIX y principios del siglo XX, otros directamente realizan propuestas de lucha en la actualidad; los hay del ámbito libertario meridional y otros del ámbito anglosajón (y puede no ser importante, pero se nota en los análisis y en las propuestas). Y por qué no decirlo, unos son más afines a quienes escribimos estas líneas, y otros lo son menos. Todo el conjunto, pese a su heterogeneidad, o precisamente gracias a ella, es una interesante panorámica del pensamiento geográfico libertario. Se ha hecho esperar este libro en el que hemos trabajado mucho tiempo y en el que han colaborado multitud de personas con traducciones y aportaciones diversas. A todas ellas, agradecerles su desinteresado esfuerzo, sin el cual esta obra nunca hubiera llegado a buen puerto. Un esfuerzo que muestra que las palabras *apoyo mutuo* no son únicamente un conjunto de letras maravillosas.

IMPRESIONES DE UN PAISAJE ANARQUISTA

Myrna Breitbart

(1988)

La palabra *anarquía* procede de las palabras griegas *an* y *arkhê*, que quieren decir sin autoridad o gobierno —condición de un pueblo que vive sin una autoridad constituida (Malatesta, 1974: 11)—. Los anarquistas sostienen que un orden político basado en la autoridad permite la utilización del poder para mantener los privilegios de unos pocos (Malatesta, 1974: 15-18). Los funcionarios afirman, meten a la fuerza en moldes la rica diversidad de la vida social, manteniendo así el *status quo* «sólidamente sujeto a estereotipos» (Rocker, 1973: 14-16). Los anarquistas pretenden superar un sistema que necesita utilizar unas estructuras autoritarias para acabar con la libertad y el desarrollo individuales. En lugar de una maquinaria política burocrática, pretenden una federación de comunidades libres e iguales unidas por intereses económicos y sociales comunes. En lugar del capitalismo, desean una asociación libre de las fuerzas productivas basadas en el trabajo cooperativo, cuyo objetivo sería la satisfacción de todas las necesidades de cada miembro de la sociedad (Rocker, 1973: 7). El ideal del anarcocomunismo, que es la versión del anarquismo que aquí analizamos, es la integración de la libertad individual y la responsabilidad social. Los anarquistas creen que estos objetivos aparentemente

contradictorios pueden lograrse simultáneamente *si* se disuelven las instituciones autoritarias (Novak, 1966: 9-10).

Tal vez lo que más distinga a los anarquistas sea su intento por poner en práctica sus ideas. Así hay una historia considerable de propaganda y organización anarcosindicalista que propone un sistema de sindicatos descentralizados asociados por industrias y por localidades. Esas asociaciones deberían iniciar el proceso revolucionario a través de la huelga general. También establecerían las bases económicas para el desarrollo de una organización social posrevolucionaria (Woodcock, 1966: 38). Y habrá que recordar que el anarcosindicalismo fue una poderosa fuerza política en los primeros años del siglo XX y que sigue siendo hoy en día una fuerza importante en constante movimiento en la lucha por el *control obrero*.

Ideas tan revolucionarias han tenido claramente unas fuertes consecuencias en la organización de una economía del espacio; de hecho, su ejecución *exige* la creación de un paisaje totalmente nuevo. Los usos del espacio urbano y rural se desarrollan bajo las condiciones materiales y las relaciones sociales que configuran el conjunto de la sociedad. Los paisajes caracterizados por la aglomeración geográfica de la actividad económica y política reflejan la concentración de poder y la supresión de la individualidad que se da bajo el orden capitalista. En esos paisajes, los individuos se confunden en estructuras y se vuelven impotentes para influir en las esferas divididas de sus vidas. Los paisajes anarquistas reflejan unas prioridades bien distintas. Una fe en la libertad individual, combinada con un sentido de la responsabilidad de los efectos de las acciones de uno sobre los demás, representa una de esas ideas. Otra es una fe en la necesidad de coordinar pensamiento y acción —medios y fines—. Los anarquistas no ofrecen teorías patentadas para el cambio. Subrayan que el trabajo y las formas de vida descentralizadas no pue-

den imponerse desde arriba, ni derivarse de un proceso revolucionario que esté organizado de forma jerárquica o centralizada. La libertad no es un principio filosófico abstracto. La acción directa sobre la gente en sus propias comunidades de trabajo y de vida es necesaria para crear los medios para, y los ingredientes de, un cambio revolucionario.

Estas ideas, y la forma en que están expresadas, responden a sentimientos y a formas de acercarse a la gente que son imposibles de captar en cualquier resumen escrito del pensamiento político y económico anarquista. Los anarquistas no se *autolimitan* únicamente a una discusión sobre nuevas formas de cubrir las necesidades *materiales* básicas del pueblo. Empiezan a sugerir métodos para vivir la vida de una forma humana, desarrollando una visión que tiene poco en común con las formas de vida actuales, pero que, no obstante, está construida sobre unas tendencias observadas en la vida en los tiempos actuales y pasados (Kropotkin, 1927: 168, 1904). Puede obtenerse alguna luz sobre su visión hablando con anarquistas, o leyendo sobre ellos y observando cómo se reflejan sus ideales en los patrones de sus vidas cotidianas. Otra forma de captar el *humor* anarquista es a través del arte. Los pintores impresionistas y neoimpresionistas de los siglos XIX y XX trataron de reproducir en sus obras los valores anarquistas. Así, mirar la vida tal como la interpretaron Pissaro, Seurat, Signat, el primer Picasso, Van Gogh o Gaugin significa empezar a experimentar el sentido de animación, espontaneidad y variedad que caracterizarían la vida en un paisaje anarquista (Egbert, 1970: 45). La técnica de fuertes pinceladas dadas de forma aislada hasta construir una escena completa corre paralela con el énfasis individual pero con el *todo comunal* de los anarcocomunistas (Egbert, 1970: 240, Cogniat, 1967: 47). Los neoimpresionistas desarrollaron ese estilo pictórico para que se adaptara a sus particulares valores sociales (Cogniat, 1967: 47-48). Esa fusión de ideales y práctica

es el equivalente artístico de la creencia anarquista de que la liberación del pensamiento solo podrá lograrse simultáneamente a la liberación en la organización social y económica.

Esa experiencia artística puede complementar una comprensión de los aspectos más técnicos de las alternativas anarquistas tal como son desarrollados en el pensamiento y en los escritos de los propios anarquistas. Este artículo introductorio analizará algunas de las implicaciones espaciales de dos anarcocomunistas, Proudhon y Kropotkin —dejando para un futuro el tratamiento de los últimos anarcosindicalistas, los anarquistas modernos y algunos ejemplos de la realización actual del pensamiento anarquista—.

PIERRE JOSEPH PROUDHON

Mutualismo

Pierre Joseph Proudhon (1809-1865) creía que *todo* gobierno tendía hacia la centralización y la subyugación de individuos y de grupos:

> Ser gobernado significa ser vigilado, inspeccionado, [...] dirigido, legislado, [...] evaluado, censurado [...] todo ello por criaturas que no tienen ni el derecho ni la sabiduría para hacerlo [...]. Ser gobernado significa que a cada movimiento de tramitación uno es anotado, registrado, [...] tasado, estampado, valorado, gravado, [...] reformado, ordenado [...]. Gobierno significa estar sujeto a tributar, ser educado [...] presionado, desorientado [...] todo ello en nombre de la utilidad pública y del bien común. Después, al primer síntoma de resistencia [...] uno es reprimido, multado, [...] perseguido [...] juzgado, sentenciado y, para colmo de desgracias, ridiculizado, mofado [...] y deshonrado. Esto es el gobierno; esta es su justicia y su moralidad [...]. ¡Oh, personalidad humana! ¿Cómo puede ser que te hayas encogido bajo semejante sujección durante sesenta siglos? (Proudhon citado por Guerin, 1970: 15-16).

Todo Estado hace leyes, ejerce la autoridad e incorpora así a «grupos naturales» de personas en «unidades antinaturales». Para Proudhon, no hay otra alternativa más que la de eliminar el uso arbitrario del poder y sustituirlo por una forma de organización más sensata.

Las formas de organización humana más importantes, según Proudhon, eran de carácter económico. Consideraba el trabajo y el intercambio de bienes y servicios como el verdadero núcleo de la existencia individual y colectiva (Hoffman, 1972: 170-71, 175, 296, 299). La comunidad *no* se desarrolla a partir de unas estructuras políticas, sino a partir de vínculos sociales y económicos que la gente establece voluntariamente para los fines de la producción y del intercambio. Proudhon proponía como sustitutivo viable del gobierno una nueva forma de organización económica que sirviera a los intereses sociales comunes. Las comunidades se convertirían en asociaciones económicas y establecerían entre unas y otras unos acuerdos recíprocos para la provisión y el intercambio de las mercancías y los servicios esenciales: el mutualismo. Entonces se desarrollarían unas nuevas formas de organización social que serían grupos menores con necesidades e intereses semejantes, federados en grupos mayores para lograr los objetivos de formas más complejas de producción asociada y de intercambio mutuo (Hoffman, 1972: 300, 288-90).

Autogestión obrera

Proudhon insistía en el derecho que tenían los individuos a disfrutar de la totalidad del valor resultante de su propio trabajo. También creía que las mayores recompensas del trabajo eran de orden no material y dependían en gran medida de la relación entre los trabajadores y sus trabajos y sus productos. El trabajo era *creativo* si fluía libremente de las ideas de los trabajadores. Por tanto, el control obrero era necesa-

rio desde los niveles más altos de la producción, para asegurar una participación en los beneficios tangibles y en los intangibles (o educativos) derivados del trabajo. La asignación de las tareas laborales, la coordinación de las funciones y la distribución de la producción debían estar en manos de trabajadores elegidos como representantes, pero siempre con la estipulación de que estas tareas no implicarían una compensación especial y de que se ejercerían durante poco tiempo. Proudhon es así el primero en plantear realmente la idea de la autogestión obrera y en desarrollar un modelo práctico para su realización.

Según Proudhon, las empresas no deberían ser mayores de lo preciso para la «eficacia mediante la división del trabajo»; y cada trabajador, a ser posible, debería encargarse del trabajo más adaptado a sus capacidades y a sus preferencias (Hoffman 1972: 295). Además, la remuneración sería proporcional al número de horas trabajadas, aunque Proudhon, con el tiempo, revisó esta idea mostrándose partidario de una remuneración basada en la responsabilidad, el grado de cualificación, la duración y la intensidad (Hoffman, 1972: 298-99).[4]

Federaciones funcionales

El intercambio entre una asociación de trabajadores y otra había de producirse a través de *contratos* modificables basados en la cantidad de trabajo invertido en el bien o servicio objeto de comercio. El intercambio a amplia escala se produciría mediante alguna forma de *banco del pueblo* o asamblea regional que aceptaría los vales de trabajo de los individuos y les ofrecería créditos libres de interés. Para facilitar este intercambio de productos y de ideas, Proudhon sugirió la necesidad de una federación funcional de las «comunidades de intereses» similares. Por un lado, los consejos obreros se federarían de forma

4. Sobre este punto fue criticado por Kropotkin y por los posteriores anarcocomunistas.

vertical para abarcar toda la industria. Por otro lado, se formarían asociaciones de trabajadores con ocupaciones parecidas pero dentro de industrias y regiones diferentes con el objetivo de intercambiar nuevas ideas y talentos. Puesto que los servicios públicos solían ser nacionales en escala, estaba claro que no podrían ser dirigidos solo por asociaciones de trabajadores. La idea de Proudhon consistía en que el ferrocarril, la construcción y los suministros de agua estuvieran planificados y realizados por asociaciones de trabajadores, y por consejos municipales y de distritos (Guerin, 1970: 62).

Federación geográfica

Como complemento a esas federaciones basadas en una función económica, habría una federación geográfica de regiones. La primera unidad geográfica sería la llamada *comunidad natural* formada por grupos de individuos que buscaran satisfacer necesidades locales comunes y dotarse de los servicios locales necesarios. La unidad básica sería el consejo comunal. Después las unidades locales se federarían desde la comunidad hasta el cantón, a los niveles regional y nacional, con elecciones para contar con las personas encargadas de administrar cosas como la moneda y las medidas de intercambio. Según Proudhon, cada gobierno local, al tiempo que mantendría su absoluta soberanía, se federaría con otros gobiernos para la necesaria planificación conjunta. Esta asociación no constituiría ninguna forma de autoridad permanente; y las unidades locales solo actuarían a través de acuerdos mutuos que podrían cambiar según las necesidades y las capacidades regionales (Hoffman, 1972: 288).

La confederación tendría *menos* funciones y menos poder a medida que las unidades se incrementaran en tamaño y en envergadura. Más aún, cada actividad en común implicaría la combinación úni-

camente de las comunidades y de la superficie *mínimas* requeridas para realizar la tarea (Hoffman, 1972: 295).

El esquema de Proudhon era aplicable a sociedades de cualquier tamaño y su clave consistía en que no se estructuraría en torno a ninguna institución central. Se establecerían unas redes para sustituir a las pirámides políticas o económicas existentes; las asociaciones *mutualistas* evolucionarían y cambiarían según cambiaran las necesidades y los deseos de la gente.

PIOTR KROPOTKIN

Piotr Kropotkin (1842-1921), geógrafo y revolucionario ruso, fue el líder teórico del movimiento anarquista desde 1870 hasta su muerte (Avrich, 1972: 1). Kropotkin publicó prolijamente, expandió las doctrinas sociales anarquistas de Proudhon y desarrolló formas más explícitas de descentralización económica y social. También adoptó muchas de las primeras ideas de Bakunin. A partir del momento en que Kropotkin tomó la antorcha del anarquismo, este pareció arder «con una llama más suave» (Avrich, 1972: 15-16).

Ayuda mutua

El punto central de las ideas de Kropotkin era su *teoría de la ayuda mutua*. Según esta teoría (y contrariamente a la escuela darwiniana), en la sociedad los *mejores dotados* no eran los más competitivos. Parecía que se lograban mayores niveles de progreso económico y social por parte de los individuos más expertos en la cooperación y en el mutuo apoyo. Kropotkin argumentaba esta idea con la evidencia derivada de sus estudios de comunidades animales, tribales, medievales y contemporáneas (Kropotkin, 1904). Kropotkin creía que el capitalismo iba en contra de la corriente cooperativa observable en la historia de la humanidad, y quería volver a un sistema que reflejara una

cooperación humana —un desarrollo que haría superfluo el gobierno desde arriba—. Partiendo de esta ética social básica, intentó formular un programa científico para el cambio económico y político (Briggs, 1942: 31).

Trabajo social

Kropotkin creía que todo trabajo era *social* porque los trabajadores eran tan interdependientes que era imposible medir la contribución de cada uno de ellos (Guerin, 1970: 49-50). Cada invento, cada instrumento de producción era el resultado de inventos previos. Por consiguiente, cada persona, como heredera en la misma medida del pasado, era digna de reclamar en igual medida los bienes de la sociedad. Por eso, Kropotkin abogaba por la total abolición del sistema salarial y su sustitución por unas recompensas iguales para todo el mundo. A diferencia de Marx, Proudhon y Bakunin, Kropotkin consideraba *todo* sistema de recompensas basado en una capacidad individual para producir sencillamente como otra forma de esclavitud salarial.[5] Kropotkin sustituyó el principio de los salarios por el principio de las *necesidades*. Los bienes disponibles en abundancia se consumirían sin límites impuestos, en tanto que los productos escasos serían distribuidos por igual (o según las necesidades). Kropotkin aplicó este mismo principio a la vivienda (Kropotkin [ed. Schatz]: 214, 218-219).

Trabajo integrado

Kropotkin urgió la integración del trabajo manual y el intelectual en lugar de la división del trabajo y la superespecialización del capitalismo que tendían a destruir el espíritu humano. Una división como esa significaba la pérdida del interés intelectual por parte del trabajador y, como consecuencia, la pérdida de una gran fuente de inspiración crea-

5. Marx pretendía a la larga una abolición total del sistema de salarios, pero esto lo reservaba para la fase «superior» de la sociedad comunista (Marx 1938).

dora (Kropotkin, 1898: 363-409). Como una alternativa, Kropotkin proponía el *trabajo integrado*, consistente en que la gente repartiera su trabajo entre el campo y el taller (lo que era imposible mientras los dueños de la producción siguieran apropiándose del excedente). Para lograr esos fines, resaltaba la necesidad de un proceso educativo libre que intensificara las habilidades manuales y mentales y recalcara la idea de aprender haciendo y viendo.

Kropotkin preveía una sociedad caracterizada por las asociaciones libres en la que los medios de producción y los propios productos serían compartidos. Para Kropotkin, los obstáculos para una forma de producción como esa no eran de tipo climático o tecnológico, sino más bien las instituciones políticas y económicas existentes (Kropotkin, 1898: 354-56). Las empresas más pequeñas, propiedad de los trabajadores, podrían sustituir a las corporaciones y las ciudades serían sustituidas por metrópolis. La tecnología a gran escala se había desarrollado solo para servir a los intereses del capital, y los *rendimientos* eran estrechamente determinados según ese objetivo. Las empresas mayores organizaban el mercado, simplificaban la compra y venta de las materias primas y de los productos acabados, y acumulaban beneficios y maquinaria bajo un solo techo, estimulando así el monopolio. Pero semejante forma de organización no era necesariamente justificable por el *rendimiento* técnico conseguido (Kropotkin, 1898: 353-54). En opinión de Kropotkin, muchas industrias —como la textil, la carpintera, la imprenta— funcionaban mejor a unos niveles de actividad más reducidos. Las desventajas en la compra y en la venta podían superarse mediante asociaciones de empresas independientes. Entonces sería posible mantener el rendimiento y el progreso en los aspectos técnicos de la industria manteniendo al mismo tiempo la cone-

xión del trabajador con el producto y con las mejoras en las condiciones laborales (Kropotkin, 1898: 333-34).

Descentralización económica

La integración de la actividad económica a escala local era esencial, según Kropotkin. Las especializaciones de la industria y las unidades gigantescas constituían un riesgo bajo unas condiciones que exigían flexibilidad y facilidad de adaptación (Senex, 1966: 348-349). Otros factores que favorecían la descentralización económica incluían la posibilidad de una aplicación más sistemática del saber científico en la explotación de los recursos, la posible utilización de nuevas fuentes de energía y nuevos medios de rápida comunicación (Senex, 1966: 349). Las industrias, al estar en estrecho contacto unas con otras, proporcionarían un medio que ofrecería mayores posibilidades para la innovación. Las fábricas y las tierras proveerían primordialmente a sus propias poblaciones, con lo cual también estarían mejor armonizadas y adaptadas a las cambiantes necesidades locales y regionales. Kropotkin *no* abogaba por una vuelta a una economía solamente artesanal y agrícola, ni tampoco compartía las visiones pastoriles de Tolstoi y Gandhi (Avrich, 1972: 5). Era la auténtica *complejidad* de la vida social lo que exigía la descentralización. Tampoco se oponía al empleo de las máquinas, porque la mecanización podía liberar de gran parte del trabajo penoso y acelerar el logro de trabajos con sentido para todo el mundo (Avrich, 1972: 5).

Kropotkin ni siquiera se molestó en describir cada detalle de un futuro socioeconómico. Como otros tantos anarquistas, rehusó forzar la evolución natural de la sociedad dentro de un *molde preconcebido* (Avrich, 1972:2). Kropotkin, no obstante, desarrolló los rudimentos de un espacio económico objetivo para conceder el pleno desarrollo de lo individual dentro de una comunidad estructurada.

Autosuficiencia regional

Kropotkin era partidario de la autosuficiencia regional para evitar la dependencia regional. Las regiones geográficas no debían especializarse en la producción de un solo producto, y el uso de la tierra debía ser mixto, agrícola e industrial. Sobre este tema, Kropotkin se anticipó a las obras posteriores de Ebenezer Howard, Patrick Geddes, Lewis Mumford y Paul y Percival Goodman.[6]

El regionalismo de Kropotkin no implicaba un aislamiento económico y cultural ni una vuelta al ámbito reducido de la ciudad medieval. Kropotkin pensaba que unas federaciones de trabajadores y de áreas podían realizar tareas necesarias de una forma más interesada y responsable que unas organizaciones de masas. La región se convertiría en una *célula integrada* preparada para dedicarse a un intercambio equitativo de información, ideas y productos con otras regiones. Las áreas ricas en determinados recursos los intercambiarían libremente con otras áreas menos similarmente dotadas. La aplicación potencial de esas ideas estaba ilustrada con la referencia a ejemplos históricos y contemporáneos de formas de intercambio descentralizadas (Kropotkin, 1904: 181).

Asociaciones territoriales y comunas *sociales*

Un paisaje *a lo Kropotkin* sería absolutamente diferente a las divisiones territoriales políticas y administrativas impuestas que hoy nos son familiares. En un paisaje kropotkiniano se podría esperar encontrar trabajadores responsables en sus consejos de fábricas, asociaciones con los consejos locales responsables de los servicios y la provisión de las necesidades humanas básicas. Los representantes de los consejos locales probablemente se reunirían para formar consejos regionales y asambleas nacionales. La toma de decisiones, la recogida de datos sobre la

6. Todos esos escritores se refieren a la obra de Kropotkin cuando tratan de la descentralización (ver Mumford, 1961: 270, 334 y 514-15).

disponibilidad y la necesidad de provisiones diversas se haría al nivel más bajo de la federación. Solo las funciones básicas de administración y coordinación se dejarían para los niveles más altos.

Sin embargo, Kropotkin no consideraba las comunas como unas asociaciones meramente *territoriales*. Como Proudhon, preveía la necesidad de unas comunas *sociales:* una serie de vínculos extraterritoriales formados por asociaciones de gentes con intereses comunes que *no* estaban geográficamente limitados. Kropotkin sentía que la sociedad podía estar compuesta por una multitud de asociaciones federadas para todos aquellos objetivos que exigieran la federación:

> Federaciones comerciales para la producción de todo tipo [...] comunas para el consumo, que se hagan cargo de la provisión de viviendas, de fábricas de gas, de alimentos [...], federaciones de comunas entre sí y federaciones de comunas con organizaciones comerciales; y por último, grupos más amplios que abarquen todo el país, o varios países [...] que colaboren para satisfacer necesidades que, como las económicas, las intelectuales, las artísticas y las morales, no se dan solo en un territorio dado (Kropotkin citado por Egbert, 1970: 221).

Así pues, las ideas de Kropotkin proponen formas de organización que darían al individualismo y al comunalismo la oportunidad de complementarse mutuamente. Las federaciones descentralizadas, creadas para el apoyo mutuo en la producción y distribución, darían satisfacción a las necesidades básicas en cuanto a alimentación, abrigo y abastecimiento.

LOS PRINCIPIOS DE LOCALIZACIÓN BAJO LA ANARQUÍA

La tradicional *teoría de la localización*, basada en los supuestos de la economía política clásica, no es más que una justificación para los patrones de la actividad económica existente, que benefician a unos mientras perjudican a otros. Como señaló Kropotkin, los intere-

ses en cuanto a ganancias por parte de los empresarios son el único criterio para juzgar el acierto de las decisiones en cuanto a localización. En la teoría capitalista, estas se conocen como *principios* de localización.[7]

Los anarquistas ven la sociedad y la economía desde una perspectiva muy diferente. Las necesidades de consumo de los individuos y los medios con los que los individuos satisfacen esas necesidades se discuten *antes* de la producción, el intercambio y la localización.

Bajo la anarquía, algunos conceptos económicos tradicionales no existen, o existen bajo una forma muy diferente. Por ejemplo, el concepto de *beneficio* como el valor excedente expropiado de la fuerza de trabajo de otros está totalmente ausente. Este concepto es sustituido por los excedentes en la producción después de cubrir las necesidades de una región concreta. Esos *excedentes* se distribuyen entonces dentro de la comuna o se intercambian libremente por bienes y servicios de otras regiones. Esto contrasta tanto con el capitalismo como con el socialismo denominado *descentralizado*.[8] Bajo la anarquía, la tutela sustituye a la propiedad y las asociaciones de trabajadores a los dueños de la producción.

El *rendimiento* anarquista

La *economía política* anarquista sacrifica formas tradicionales de rendimiento económico en la producción en pro de objetivos sociales alternativos, como la equidad, la necesidad, y la provisión de un trabajo útil y creativo para los individuos. Anarquistas como Kropotkin

7. Kropotkin somete a una crítica similar a los economistas políticos tradicionales en *The Conquest of Bread* (Kropotkin, 1972: 197).

8. Los criterios de localización bajo un socialismo descentralizado son tratados en un ensayo introductorio de Stephen Feldman, «Towards a Comparative System Theory of Location Analysis: The Historical Equilibrium of Workers' Self-Management», escrito inédito presentado en junio de 1975 en la *Conferencia sobre el Control Obrero*, Comell University, Ithaca, Nueva York.

investigan nuevos *rendimientos* potenciales y nuevas aplicaciones de la tecnología *no* derivados de los dictados del crecimiento económico capitalista. Esos nuevos *rendimientos* implican unas combinaciones diferentes de las actividades económicas y unos métodos de producción variados. Por ejemplo, bajo los supuestos capitalistas, el rendimiento en la producción solo puede resultar de la centralización bajo el mismo techo de trabajadores que realizan pequeños trabajos. El concepto de Kropotkin del trabajo *asociado* con los trabajadores en diferentes edificios, pero con las compras y las ventas coordinadas daría como resultado una forma distinta de rendimiento: un rendimiento *cooperativo*. Además, se obtendrían ventajas adicionales derivadas del hecho de que los trabajadores podrían adquirir práctica en varias áreas de la producción y organizar sus propios ritmos de trabajo. Así, al tener unas preparaciones más universales, los trabajadores podrían cambiar de lugar de trabajo más fácilmente o pasar de una rama laboral a otra según las necesidades sociales o los deseos individuales. La empresa productiva anarquista estaría entregada a la satisfacción de las necesidades no solo del trabajador sino también de la comunidad, pero también recibiría la respuesta local respecto a factores de la oferta y la demanda. Por lo tanto, pondrían nuevos rendimientos a medida que disminuyera la distancia entre el lugar de producción y el de consumo. El objetivo no es producir el máximo posible, sino producir lo necesario de la forma más satisfactoria. El tiempo libre obtenido por una nueva aplicación de la tecnología a la producción podrían dedicarlo los trabajadores al ocio o a actividades creativas o artísticas.

Utilización de la tierra a una macroescala

En los escritos de los anarcocomunistas pueden encontrarse algunas ideas respecto a la economía macroespacial. La más evidente es la gradual desaparición de una dicotomía entre las utilizaciones de las tie-

rras rurales y las urbanas. Con la ejecución de los modos de producción anarquistas, las regiones serían cada vez más autosuficientes en la provisión del máximo de productos posible. Habría menos distinción entre áreas de extracción de recursos, áreas de manufacturación y áreas de consumo de recursos. Con el tiempo, cabría esperar que amplias zonas urbanas se redujeran en tamaño y que crecieran las ciudades más pequeñas —produciéndose así un espaciamiento más igual de zonas urbanas de tamaños más similares—. Más aún, a medida que disminuye la distinción entre tierra puramente urbana y tierra puramente agrícola, y a medida que las necesidades se convierten en el criterio que rige la organización de la producción y del consumo, podemos también esperar el consiguiente descenso en el nivel de las desigualdades socioeconómicas entre regiones. Esto puede tener el eventual efecto a largo plazo de estabilizar a las poblaciones en el espacio y de reducir la posibilidad de que se produzcan continuas corrientes migratorias masivas.

La economía espacial de regiones anarquistas se caracterizaría por un incremento simultáneo en la concentración de algunas funciones económicas y en la dispersión de otras. Algunas unidades industriales se consolidarían para acabar con los productores más pequeños y más ineficaces. Sin embargo, como las líneas maestras anarquistas no consideran como el *summum* el lograr el máximo incremento en los ingresos del trabajador o de la comuna, no deben producirse superconcentraciones. Industrias que una vez se ausentaron de los distritos rurales empezarían a aparecer en ellos, dispersadas de centros urbanos que en otro tiempo se extendieron.

Criterios de localización anarquista

El criterio principal para la localización bajo la anarquía lo constituyen las *necesidades* sentidas por la gente que vive en un medio (*milieu*) concreto. Estas necesidades se contrastan después con los

recursos y las técnicas disponibles en ese medio o que pueden conseguirse mediante el intercambio con otras áreas. Las decisiones respecto a la producción se toman confrontando las necesidades con los recursos. Las comunidades sustituyen expresiones alternativas de los usos potenciales de su propio trabajo por ocupaciones más necesarias y llenas de sentido que los indicadores precio y coste del capitalismo.

Circulación

Cada uno de estos cambios iría acompañado de un incremento en la circulación de información, de productos y de trabajo *dentro* de las regiones. A largo plazo, hay que esperar que decrezca la circulación *entre* regiones de los productos necesarios. No obstante, continuará el intercambio de artículos cuya producción sea abundante en unas áreas y escasa en otras. La información sobre las existencias y las necesidades se obtendría de las dos federaciones, la de áreas y la de productores (consumidores), de las que hemos tratado más arriba. Las jerarquías centralizadas, enfocadas hoy solo hacia unas pocas grandes ciudades, podrían entonces ser sustituidas por redes de gentes conectadas unas con otras más que con algún punto central en el espacio.

A medida que crecieran los vínculos verticales dentro de las regiones anarquistas, cabría también esperar que los puntos de distribución de bienes y servicios estuvieran más próximos a los de consumo. Los productos destinados a satisfacer necesidades locales permanecerían en un área, mientras que los excedentes podrían enviarse a puntos de distribución localizados en algún almacén de transporte céntrico, para el intercambio con otra área. Desde el punto de vista de la demanda, la localización no estaría determinada absolutamente por las necesidades de consumo locales, sino que también tendría en consideración la demanda de una zona más amplia. Los costes de transporte aún refle-

jarían la distancia, pero el intercambio regional podría ajustar hacia arriba o hacia abajo esos costes según la necesidad y la importancia otorgada a las mercancías objeto de comercio.

Utilización agrícola de la tierra

La utilización de la tierra agrícola bajo la anarquía vendría determinada, por un lado, por su idoneidad para unas utilizaciones concretas y, por el otro, por las necesidades locales o regionales. La tierra se utilizaría *no* solo con el objetivo de que rindiera la máxima renta posible, sino también para que ofreciera la máxima utilidad social. La noción de Von Thünen de incrementar la intensidad del cultivo más cerca de los centros de población se mantendría bajo el anarcocomunismo, no por los factores relacionados con un proceso de *oferta* económica competitiva, sino más bien, como sugiere Kropotkin, porque los lugares urbanos empezarían a alimentar a sus propias poblaciones y a desarrollar nuevos rendimientos técnicos y situaciones laborales más satisfactorias, combinando el trabajo en el campo con el trabajo en el taller. Esto requeriría el cultivo intensivo de la tierra, incluso dentro de los límites de las ciudades.

Una economía microespacial

La *microorganización* de la actividad económica según las directrices anarquistas también crearía un paisaje completamente distinto al actual. A medida que se extendieran las diversas oportunidades de empleo y de ingresos, el gradiente de densidad monocéntrico, ahora característico de los lugares urbanos, se aplanaría. Más aún, mediante un esfuerzo consciente para mezclar las utilizaciones urbanas de la tierra, se disolverían los círculos o sectores de utilización homogénea. El lugar de trabajo y el de residencia se acercarían y ello permitiría una mayor integración de espacio de vivienda, de trabajo y de recreo.

También es verosímil esperar la mezcla de la utilización de la tierra en el espacio *vertical*, combinando algunos barrios residenciales con otros laborales.[9]

Por último, en lo que se refiere a los servicios, puede esperarse que en un paisaje anarquista se produzcan algunos intercambios entre el rendimiento, en términos de tamaño y centralización, y la facilidad de acceso al pueblo necesitado. No obstante, los dos criterios pueden ser compatibles a menudo: por ejemplo, cuando las diversas necesidades de tipo sanitario son mejor atendidas por clínicas dispersas más pequeñas que por una única ayuda central.

CONCLUSIÓN

Las impresiones de un paisaje anarcocomunista, derivadas del examen de los escritos de Proudhon y Kropotkin, sugieren la posibilidad de formas muy diversas de utilización de la tierra. Los principios que determinan esas formas son completamente distintos de los seguidos por los economistas clásicos. No hay *leyes* de producción o *modelos* aplicados de localización que dicten la utilización de la tierra. Las *mejores utilizaciones* del espacio bajo la anarquía son aquellas que sirven a las necesidades y capacidades del pueblo en un medio *concreto*. Las decisiones concretas sobre localización relacionadas con esas necesidades y capacidades se toman a nivel local, y son mantenidas y ejecutadas a través de una federación cambiante de unidades territoriales y funcionales.

Los principios anarcocomunistas sugieren la necesidad de considerar el consumo, la producción y el intercambio como un *todo* al

9. Puede hallarse un ejemplo contemporáneo de esa mezcla vertical del espacio en el área Adams-Morgan de Washington D.C. Bajo la influencia del anarquista Karl Hess, los sótanos de los edificios se utilizaban para la producción de pescado (alimento), las plantas centrales como viviendas y los terrados como jardines. Karl Hess, conferencia en Clark University, feb. 1975. Ver también Morris, 1975.

determinar la utilización del suelo. El *valor* de la misma actividad varía, por tanto, y cambia en el espacio según la satisfacción que aporta a las necesidades reales de los habitantes de cada área. Estas ideas preliminares constituyen los rudimentos de una teoría de localización *del pueblo*. Pueden ser consideradas como el preludio de la construcción de paisajes basados en principios que beneficien a todo el mundo que viva en ellos.

Bibliografía

Avrich, P. (1972): «Introduction», en Kropotkin, P., *The Conquest of Bread*, París, 1892, reimpr. NYU Press, Nueva York (Trad. *La conquista del pan*, LaMalatesta Ed., Madrid, 2008).

Briggs, A. (1942): «Centennial Expressions on Peter Kropotkin 1842-1942», Rocker Publications Committee, Nueva York.

Cogniat, R. (1967): *The Century of the Impressionists*, Crown, Nueva York.

Egbert, D. (1970): *Social Radicalism and The Arts*, Knopf, Nueva York.

Kropotkin, P. (1927): *Kropotkin's revolutionary Pamphlets*, Vanguard, Nueva York (Trad. *Panfletos revolucionarios*, Ed. Ayuso, Madrid, 1977).

— (1904): *Mutual Aid: A Factor of Evolution*, Londres (Trad. *El apoyo mutuo. Un factor de evolución*, Madre Tierra ed., Móstoles, 1989).

— (1971): «Anarchist Communism», *The Essential Works of Anarchism*, ed. de Marshall Schatz, Bantam, Nueva York (Trad. *Anarcomunismo: sus fundamentos y principios*, LaMalatesta Ed., Madrid, 2010).

— (1898): *Fields, Factories and Workshops*, T. Nelson and Co., Londres (Trad. *Campos, fábricas y talleres*, Descontrol Ed., Barcelona, 2015).

Guerin, D. (1970): *Anarchism*, Monthly Review Press, Nueva York (Trad. *El anarquismo*, Utopía libertaria, Buenos Aires, 2004).

Hoffman, R. (1972): *Revolutionary Justice: The Social and Political Theory of P. J. Proudhon*, University of Illinois Press, Illinois.

Malatesta, E. (1974 [1891]): *Anarchy*, Londres (nueva trad.), Freedom Press, Londres (Trad. *La anarquía*, Ed. Imperdible, Madrid, 2012).

Marx. K. (1938): *Critique of the Gotha Programme*, International Publishers, Nueva York (Trad. *Crítica del programa de Gotha*, Ricardo Aguilera Editor, Madrid, 1968).

Morris, D. y Hess, K. (1975): *Neighborhood Power: The New Localism*, Beacon, Boston (Trad. *El poder del vecindario: el nuevo localismo*, Ed. Gustavo Gili, Barcelona, 1978).

Mumford, L. (1961): *The City in History*, Harcourt, Nueva York (Trad. *La ciudad en la historia*, Pepitas de calabaza Ed., Logroño, 2014).

Novak, D. (1966): «The Place of Anarchism in the History of Political Thought», *Patterns of Anarchy*, Leonard Krimerman y Lewis Perry, ed. Anchor, Nueva York.

Rocker, R. (1973 reimp.): *Anarchism and Anarcho-Syndicalism*, Freedom Press, Londres.

Senex (1966), «Decentralization and Socialism», *Patterns of Anarchy*, Leonard Krimerman y Lewis Perry, ed. Anchor, Nueva York.

Woodcock. G. (1966): «Railroads and Society», *Patterns of Anarchy*, Leonard Krimerman y Lewis Perry, ed. Anchor, Nueva York.

EN LOS ORÍGENES DE LA GEOGRAFÍA CRÍTICA

Espacialidades y relaciones de dominio en la obra de los geógrafos anarquistas Reclus, Kropotkin y Mechnikov

Federico Ferretti y Philippe Pelletier

(2014)

Introducción

El problema de la dominación está en el corazón de la reflexión y del proyecto anarquistas, que se basan en su antónimo: la libertad. La crítica anarquista de la dominación y su resolución pasan por una concepción de la libertad vista no como permisividad, anomia o *dejar hacer* individual, sino como un componente a la vez personal y social. «La libertad del otro extiende la mía hasta el infinito» proclama Bakunin (1873), tras Proudhon, para el que «la libertad de cada uno, encontrándose con la de los demás, no es una limitación sino una ayuda, el hombre más libre es el que tiene más relación con sus semejantes» (1858). La libertad, con la cuestión de sus límites, de su extensión, en su traducción concreta no solo en relación social, sino también en relación especial, reenvía lógicamente a la geografía (recursos, finitud, organización del territorio). No es sorprendente, por tanto, que tras la primera oleada de pioneros, más preocupados por la economía, la sociología o la politología (Godwin, Déjacque, Proudhon, Bakunin...), la segunda oleada de teóricos anarquistas, cuando el movimiento adopta ese nombre (Enckell, 2009: 39-44), lleve en su seno a geógrafos (Pelletier, 2012). No solo los más conocidos, como Élisée Reclus (1830-1905) y

Piotr Kropotkin (1842-1921), sino también Lev Mechnikov (1838-1888), Mijaíl Dragomanov (1841-1895) o Charles Perron (1837-1909). Estos geógrafos, que firman los textos con su nombre, trabajan coordinados y en red, poniendo sus conocimientos y reflexiones al servicio de todos (Ferreti, 2011).

El análisis original que hacen los geógrafos anarquistas de las relaciones espaciales de dominación que se instauran a lo largo de la segunda mitad del siglo XIX —de las que, por no extendernos, citaremos solo algunos ejemplos— se enfrenta a dos nuevas teorías: el darwinismo y el marxismo, que conmocionan más al tiempo que al espacio. Porque una cuestiona la idea de la Creación, teorizando sobre la evolución, y la otra postula una sucesión de modos de producción así como una teleología histórica.

Los geógrafos anarquistas contra el socialdarwinismo, por el apoyo mutuo y la mesología

El darwinismo afecta también a la Geografía en cuanto a la diferenciación espacial de la evolución en función del medio (Stoddart, 1966: 683-698). Pero los geógrafos anarquistas no se concentran en ese aspecto. Se interesan más en rebatir el socialdarwinismo que justifica la desigualdad entre los individuos y los pueblos de la especie humana, y en desarrollar el apoyo mutuo como factor complementario de «la lucha por la existencia». Esta teoría del apoyo mutuo es considerada pertinente y legítima por muchos investigadores hasta nuestros días: Georges Romanes, el ejecutor testamentario de Darwin, W. C. Allee, Ashley Montagu, Imanishi Kinji, Stephen Jay Gould... (Angaut, 2009).

Su elaboración revela igualmente una de las estructuraciones más claras entre el trabajo científico de los geógrafos anarquistas y su concepción política. Kropotkin es conocido como su inventor, pero los

archivos demuestran que la teoría del apoyo mutuo es fruto de una elaboración común, compartida con Reclus y Mechnikov durante los años en que trabajaron juntos en las orillas del lago Leman.

Mechnikov anticipa en 1886 la idea de apoyo mutuo (1886: 415). Reclus pasa el manuscrito a Kropotkin para que este pueda trabajar sobre ello durante su estancia en la cárcel de Clairvaux (1882-1886) (Ferreti, 2011: 216-222). Mechnikov trata de dar una interpretación solidaria del darwinismo planteando, como motor de la evolución, la cooperación más que la competición. «La ciencia natural nos enseña que la asociación es la ley de toda existencia. Lo que llamamos *sociedad* en lenguaje corriente es solo un caso más de la ley general» (Mechnikov, 1886: 415).

Más tarde, prosigue su análisis afirmando que el nivel más alto de la evolución social será una sociedad en la que la cooperación no será impuesta, sino libremente aceptada y practicada a todos los niveles de la vida social: es decir, la anarquía. «El progreso sociológico está por tanto en razón inversa a la coerción, a la restricción o a la autoridad, y en relación directa con el papel de la voluntad, la libertad, la anarquía; Proudhon lo había demostrado» (Mechnikov, 1889: 415).

Durante sus años de viajes y de estudios en Siberia (1862-1867), Kropotkin observó sobre el terreno diversas formas de solidaridad y cooperación entre comunidades de vegetales, de animales y de humanos, así como entre individuos de especies diferentes. Para él, el anarquismo se sitúa en el seno del evolucionismo y de las *ciencias positivas*, cuya principal baza es poner fuera de juego a todos los sistemas religiosos y metafísicos.

El socialdarwinismo fue ferozmente adoptado y propagado por el sabio alemán Ernst Haeckel (1834-1919), creador de la ecología (1866). Esa es una de las razones por las que Reclus no adopta la ecología,

ni el término ni su contenido (al igual que Mechnikov o Kropotkin) (Pelletier, 2012). Prefiere la mesología, que se inserta en lo que él llama la *geografía social*.

Medio es además una de las nociones clave de la geografía reclusiana. Es un término antiguo en Francia, pues ya lo encontramos en Pascal o en Diderot en su dimensión física («espacio material a través del cual pasa un cuerpo en movimiento»), pero el positivismo lo popularizó en un sentido nuevo. Auguste Comte, en efecto, esboza al principio de su reflexión una *mesología* o *estudio teórico del medio*, al que vuelve en su *Sistema de política positiva* (1851-54).

Louis-Adolphe Bertillon (1821-1883), socialista proudhoniano, médico, antropólogo y demógrafo, retoma esta idea bajo el ángulo de la etología humana (o adaptación de la especie humana a los medios). Reclus, lector también de Comte, expone la mesología de Bertillon en las primeras páginas de *El hombre y la Tierra* (1905), ampliándola. Porque, según él, hay que combinar el tiempo largo (como se diría en nuestros días) y el tiempo corto, en todos los niveles.

Así, «la historia de la humanidad en su conjunto y en sus partes no puede explicarse sino por la adición de medios con intereses compuestos durante la sucesión de los siglos; pero para comprender bien la evolución que ha tenido lugar, hay que apreciar también en qué medida han evolucionado los propios medios, debido a la transformación general, modificando, en consecuencia, su acción» (Reclus, 1905: 119). Reclus emplea los ejemplos de las heladas que avanzan y retroceden, de los ríos más o menos dominados, los *finisterres* que pueden transformarse en punto de partida, o las llanuras forestales que se hacen más ricas cuando se desbrozan.

El «medio general se descompone en elementos innumerables», entre los que Reclus distingue el *medio-espacio* o *medio por excelen-*

cia, «perteneciente a la naturaleza exterior» (concepto transmitido por Bakunin), o incluso *ambiente* o *medio estático primitivo*. Se añade a ello el *medio dinámico*, combinación compleja de *fenómenos activos*, en los que la «marcha de las sociedades» está compuesta de «empujones progresivos o regresivos» (noción empleada por Proudhon a partir de Vico). En suma, se trata de «fuerzas primeras o segundas, puramente geográficas o ya históricas, que varían según los pueblos y los siglos» (Reclus, 1905: 117). La *dinámica* reclusiana está muy cercana a lo que Proudhon llama el *movimiento*, una noción central en su obra, aunque ha resultado insuficientemente explorada por los analistas.

Es esta *dinámica* del *medio-espacio* y del *medio-tiempo* la que constituye la *civilización*, como insiste en ello Reclus: el conjunto de las «necesidades de la existencia» acciona y reacciona «sobre el modo de pensar y de sentir», «creando así, para una gran parte, lo que llamamos civilización, estado incesantemente cambiante con nuevas adquisiciones, mezcladas con supervivencias más o menos tenaces. Además, el género de vida, combinado con el medio, se complica» (1905: 116). Es incluso, más exactamente, la «media civilización porque no beneficia a todos» (Reclus, 1907: 533).

Una de las aplicaciones geográficas de la teoría del apoyo mutuo concierne a las ciudades. Según los geógrafos anarquistas, el municipio de la Edad Media es una de las expresiones históricas más importantes de este principio aplicado a las sociedades humanas. Este fenómeno reviste una gran importancia en Reclus, porque la ciudad es un objeto geográfico de primer orden tanto en la *Nueva Geografía Universal* como en *El hombre y la Tierra*, hasta el punto de que Reclus es considerado como uno de los precursores de la geografía urbana en una época en que este campo disciplinar no existía (Robic, 2003: 107-138). Si Reclus denuncia los problemas higiénicos y sociales de la ciudad con-

temporánea, no cae sin embargo en la urbanofobia que caracteriza a algunos autores de su época, porque él ve la ciudad como indispensable centro de los saberes, y también de las revueltas (Pelletier, 2007). El ejemplo de todo ello es la Comuna de París.

Los geógrafos anarquistas contra el malthusianismo

Para Reclus, Kropotkin o Mechnikov, la ocupación del medio no está en función del número de hombres, sino de la calidad de su alojamiento. Son, por tanto, lógicamente hostiles a cualquier posición estrictamente malthusiana. Siguiendo a Godwin, Proudhon y Bakunin, así como a Marx y Engels, consideran además que el malthusianismo es un falso pretexto utilizado por la clase dirigente para evitar compartir igualitariamente las riquezas. Como escribe Kropotkin (1910: 143), «podemos decir que la teoría de Malthus, revistiendo de una forma pseudocientífica los secretos deseos de las clases poseedoras, se ha convertido en el fundamento de todo un sistema de filosofía práctica».

Para Lev Mechnikov,

> la ley de Malthus, que estima que el número de competidores supera siempre a los medios de subsistencia, es verdadera para los animales, y podemos lógicamente ver que no lo es para las sociedades humanas. Porque los animales, mucho más prolíficos que los hombres, consumen solo el alimento que encuentran en la naturaleza, mientras que las tribus humanas más pequeñas —que se benefician de ser una organización social— producen generalmente una gran parte de lo que consumen. La esclavitud, aparecida en el grado más bajo de la evolución social, nos da pruebas suficientes de que, incluso en esas condiciones indignantes, los hombres organizados como sociedad producen más alimento del que es estrictamente necesario para todos (Mechnikov, 1886: 431).

En un largo pasaje de *La evolución, la revolución y el ideal anárquico* (1880, 1887), Élisée Reclus desarrolla una severa requisitoria contra

Malthus y su *terrible ley*. Considera que «la tierra es lo suficientemente vasta para acogernos a todos en su seno, es lo suficientemente rica para poder vivir a gusto». Después estigmatiza «todo el arte actual del reparto, tal y como se basa en el capricho individual y en la competencia desenfrenada de los especuladores».

El argumento de Reclus se basa doblemente en una preocupación moral y social (la alegría de tener hijos, la hipocresía y la mezquindad de los ricos), y en una demostración científica (es materialmente posible, por tanto socialmente realizable). Dos artículos publicados a mediados de los años ochenta del siglo XIX en *La Révolté* (revista dirigida por Jean Grave y apoyada por Reclus y Kropotkin), que se convirtieron enseguida en folletos (1884: 20, 1885: 26 y 1887: 45-49), trataban de demostrar sobre bases científicas que el crecimiento de los recursos planetarios mediante la utilización de las nuevas técnicas agrícolas y la racionalización del sistema de producción y de consumo, seguiría permitiendo crecer a la población del planeta. Resumiendo: el problema no está en la cantidad limitada de los recursos, sino en su distribución inicua.

Con la ayuda de su secretario, Henri Sensine (1854-1937), Reclus lleva a cabo un cálculo sobre las superficies, las tierras y las riquezas, y en *El hombre y la Tierra* expondrá sus razonamientos con gran rigor.

> Diversos estadísticos han aventurado la evaluación del número de hombres que podrían alimentarse en nuestro globo planetario. Esa cifra depende en primer lugar del género de vida que se le supone a un habitante medio, porque una población cazadora de unos 500 millones podía vivir con estrecheces en un planeta en el que viven hoy el triple de hombres. Por otra parte, si se trata de basarse en la alimentación media del europeo, ¡cuántos puntos sujetos a controversia suscita un estudio de este tipo! La productividad de los diferentes suelos depende de factores todavía muy poco conocidos,

> la *ración necesaria* varía todavía mucho, si seguimos a los autores especialistas, por lo que no habrá que sorprenderse de la divergencia de los resultados (1907: 331).

Dicho de otro modo, Reclus desconfía de las medias estadísticas y de las situaciones consideradas como intermedias. Hay que razonar en función de los hábitos alimentarios y de las posibilidades que se ofrecen. Luego, la edafología y la agronomía han hecho progresos (que no deben ocultar el exceso de abonos químicos), como también los ha hecho la dietética. En función de esas variaciones posibles, Reclus evoca cálculos concretos. Así, el de Alexandr Ivánovich Voeikov (1842-1916), fundador de la climatología en Rusia, que reflexiona sobre la adaptación óptima de los cultivos a los climas, estima «que una población de dieciséis mil millones de hombres en la franja ecuatorial comprendida entre los 15 grados Norte y los 15 grados Sur, no tendría nada de raro» (Reclus, 1907: 331-332).

Enumerando un cierto número de espacios posibles (cuenca del Indo, llanura oriental de México, valles fluviales de Colombia o de Brasil...), Reclus (1907: 332) piensa que «se encontrarían sin dificultad territorios diez o veinte veces más grandes que los 22 500 kilómetros cuadrados necesarios para asegurar su subsistencia a la humanidad entera que, proporcionalmente, podría alcanzar sin peligro los quince, veinte o treinta mil millones de individuos».

Ese razonamiento le permite concluir:

> Queremos extender la solidaridad a todos los hombres, sabiendo de manera positiva, gracias a la geografía y a la estadística, que los recursos de la Tierra son ampliamente suficientes para que todo el mundo pueda comer. Esa pretendida ley, según la cual los hombres deben comerse entre ellos, no está justificada por la observación. En nombre de la ciencia podemos decir al sabio Malthus que se

> ha equivocado. Nuestro trabajo de cada día multiplica los panes y todos estaremos saciados (Reclus, 1884).

Desarrolla también este asunto en un largo pasaje de *El hombre y la Tierra* sobre el poblamiento (Reclus, 1907).

Sin duda, Élisée Reclus no ha imaginado concretamente las consecuencias de la formidable explosión demográfica del siglo XX. Sin embargo, ha calculado la cifra posible, y sus premisas políticas o científicas siguen siendo válidas. Prevé incluso una fuerte extensión urbana, destacando ya que los medios más densos del globo no son forzosamente los más pobres (Europa renana, Asia de los monzones, altas llanuras africanas), incluso para las regiones rurales. Reclus (1907, 332) da la cifra de una isla agrícola china poblada por 1475 habitantes por kilómetro cuadrado.

Argumenta su razonamiento en un artículo publicado en 1889 en el *Bulletin de la Société Neuchâteloise de Géographie*, que había contribuido a fundar en 1885 con Mechnikov (Ferreti, 2011: 111-116). El mapa que comenta, y que encarga dibujar a Perron, representa un círculo teórico que contiene a toda la humanidad reunida en una asamblea fraternal como en un ágora griego (cuatro personas de pie por metro cuadrado), y superpuesto a la ciudad de París (Reclus, 1889: 122-124). Simboliza así la idea de la unidad humana y de la finitud del mundo, subrayando la desigualdad a la vez espacial pero también socioeconómica del reparto humano. En función de las condiciones del medio y de una utilización más racional de este, la geografía permite confirmar que el ideal de justicia socioespacial es posible. Si se considera que el planeta aloja alrededor de mil quinientos millones de seres humanos en su época, y al menos siete mil millones en la actualidad, se puede considerar que son los geógrafos anarquistas los que tienen razón. El problema no viene de un error de las técnicas o de la ciencia,

sino de una mala utilización de estas por el capitalismo y de un despilfarro del que no se excluye una pérdida del sentido moral y cívico. Para Reclus, «no existen ya las buenas tierras de antaño: todas han sido creadas por el hombre, cuyo poder creador lejos de disminuir se ha acrecentado en enormes proporciones». Uno de los grandes errores, según Kropotkin (1910: 144), que ha hecho de él su caballo de batalla teórico y societario, reside en el hecho de que la economía política no puede pasar por alto la hipótesis según la cual las cosas necesarias para la vida no pueden ser producidas en cantidades limitadas e insuficientes», y deplora que «casi todas las teorías socialistas acepten igualmente ese postulado».

Sin embargo, a partir de ejemplos concretos sacados de todo el mundo, Kropotkin muestra ampliamente en su libro cuáles son «los recientes progresos de la agricultura y la horticultura» aplicables casi por todas partes si existe voluntad y organización, es decir, otro reparto y apropiación de las tierras, otra concepción y gestión del trabajo. Dicho de otro modo, según él «sabemos al fin que, contrariamente a la teoría del pontífice de la ciencia burguesa (Malthus), el hombre acrecienta su fuerza de producción más rápidamente de lo que se multiplica» (Kropotkin, 1890).

Aunque esto ha sido ignorado y olvidado, se puede decir que los geógrafos anarquistas se cuentan entre los que han sentado las bases de la «geografía de la población».

Concentración del capital y dispersión industrial

Contrariamente a la profecía del esquema histórico marxista, la concentración del capital, que se ha llevado efectivamente a escala planetaria con el dominio de grandes firmas transnacionales, no se traduce, sin embargo, en una desaparición de la pequeña industria o el

pequeño comercio, ni en la desaparición absoluta del campesinado, ni en un retroceso de las clases medias.

Menos de cincuenta años antes de la publicación del *Manifiesto comunista* (1848) o de la *Crítica de la economía política* (1859), Élisée Reclus destaca sin dificultad que la pequeña industria y la pequeña agricultura no han desaparecido, mientras que se intensifica a escala mundial la *división socioespacial del trabajo*, por tomar una terminología actual. Critica explícitamente a Marx a este respecto. Sin duda, constata que «la industria, como las demás formas de riqueza, se concentra gradualmente en un número de manos cada vez más pequeño» en Europa y, sobre todo, en Estados Unidos (Reclus, 1907: 336). Pero añade que «sin embargo, la pequeña industria no está muerta, tampoco el pequeño comercio» (Reclus, 1907: 337).

Casi en el mismo momento, Kropotkin expone una constatación similar, denunciando «las frases estereotipadas, declarando que la pequeña industria está en decadencia y que cuanto antes desaparezca, mejor será porque dejará sitio a la concentración capitalista que, según el credo demócrata-socialista, acarreará pronto su propia ruina» (Kropotkin, 1910: 304). Para Kropotkin, «la base de esta creencia se encuentra en uno de los últimos capítulos de *El Capital* de Marx (el penúltimo), en el que su autor habla de la concentración del capital y ve la fatalidad de una ley natural». Recuerda que «hacia 1848 todos los socialistas, o casi, compartían esta idea». Y concede crédito a Marx en cuanto a un cambio posible de teoría si hubiera podido ver la evolución de las cosas, porque habría «advertido muy probablemente la extrema lentitud con la que se lleva a cabo la desaparición de la pequeña industria», permitida por «las facilidades del transporte (...), la demanda cada vez mayor y más variada, y el buen precio actual de la fuerza de trabajo tomada en pequeña cantidad» (Kropotkin, 1910: 304).

Existe, así, una industria «diseminada que responde a unas necesidades y no teme la concentración de capital, que desdeña» (Reclus, 1907: 337). Por otra parte, Reclus señala con qué habilidad los «grandes industriales» se manejan para «evitar las fronteras» (1907: 362). Un siglo antes de la glosa sobre los *países emergentes* y otros *nuevos países industrializados asiáticos*, anuncia la dinámica espacial de la expansión del capitalismo:

> El periodo histórico en el que va a entrar la humanidad, por la unión definitiva de Asia oriental al mundo europeo, está lleno de acontecimientos. Del mismo modo que la superficie del agua, por el efecto de la gravedad, trata de nivelarse, también las condiciones tienden a igualarse en los mercados de trabajo. Considerado como simple poseedor de sus brazos, el hombre es en sí mismo una mercancía, igual, ni más ni menos, que los productos de su trabajo. Las industrias de todos los países, entrenadas cada vez más en la lucha por la competencia vital, quieren producir barato comprando al precio más bajo la materia prima y los brazos que la transforman. Pero ¿dónde encontrarán las poderosas manufacturas, como las de Nueva Inglaterra, a los trabajadores a la vez más hábiles y más sobrios, es decir, menos costosos, que en el Extremo Oriente? (Reclus, 1894: 15).

La distancia entre las fortunas se hace mayor, «pero la clase intermedia no se ha atrofiado. La burguesía —la pequeña y la gran burguesía— no ha desaparecido. Todo lo contrario» (Reclus, 1907: 337). Lógicamente, Reclus (1907: 337) concluye: «Esperando la elaboración de una teoría que tenga en cuenta esos hechos, hay que afirmar que esos fenómenos son más complejos de lo que se hubiera podido creer en 1840, e incluso en 1870». No se puede, por tanto, sino constatar la lucidez de Élisée Reclus en cuanto a la evolución del capital, y a la traducción ideológica que ello implica en la evolución misma del análisis socialista.

Élisée Reclus ofrece, no obstante, algunos elementos de explicación en sus obras, en los que percibe las características geográficas de lo que se llama en nuestros días *globalización*. Así, anuncia que «el escenario se amplía, pues abarca ahora al conjunto de tierras y mares, pero las fuerzas que están en liza en cada Estado particular son las mismas que combaten por toda la Tierra» (1907: 287).

Dicho de otro modo, la lógica de la construcción del capital en cada país se aplica a partir de ahora a todo el planeta. Pesa sobre los productores y sobre los consumidores:

> En cada país, el capital trata de dominar a los trabajadores; incluso, en el mayor mercado del mundo, el capital, desmesuradamente aumentado, ignorando todas las antiguas fronteras, trata de abrir para su beneficio la masa de los productores, y de asegurarse a todos los consumidores del globo, tanto a los salvajes y bárbaros como a los civilizados (Reclus, 1907: 287).

La teoría anarquista del *desarrollo desigual*

Élisée Reclus (1907: 12) toca a la vez la dinámica del capital, como hace Marx, pero también el papel de los Estados, una combinación siempre actual que los partidarios del liberalismo y también los de la socialdemocracia o del *tercermundismo* tratan de edulcorar. Esboza un análisis del *desarrollo desigual*: incluso utiliza la expresión en el prefacio de *El hombre y la Tierra*, subrayando que «la lucha de la competencia vital» que pone en marcha las «industrias de todos los países» lleva a una voluntad de producir barato comprando a los precios más bajos la materia prima y los brazos que la transformarán.

Este proceso provoca no solo el flujo de mano de obra en los países industrializados, sino también una difusión de la industria allá donde se encuentre esa mano de obra, de ahí la competencia terrible entre países y clases obreras. Según él, «no es necesario que los emi-

grantes chinos encuentren un puesto en las manufacturas de Europa y de América para que hagan bajar las remuneraciones de los obreros blancos: basta con que se funden industrias similares a las del mundo europeo, las de las lanas y los algodones por ejemplo, en todo el Extremo Oriente, y que los productos chinos o japoneses se vendan en Europa incluso a mejor precio que los productos locales» (Reclus, 1907: 13).

Es tentador insistir en el carácter destacable de este análisis, escrito muy al principio del siglo XX, premonitorio del plan no solo económico (la búsqueda de los menores costes salariales, la competencia económica, el tipo de ramos de la industria afectados...), sino también geográfico (los países de Asia oriental como nuevos países industrializados). Pero el razonamiento *reclusiano* no se detiene ahí.

En efecto, paralelamente al *escalonamiento* de las opresiones que se observan en cada país, y que permiten mantener una dominación general o colonial, Élisée Reclus reflexiona igualmente sobre la nueva jerarquía que se dibuja entre las diferentes naciones y potencias. No puede, desde luego, imaginar la aparición de la Unión Soviética, y sus consecuencias geopolíticas con la instauración de un nuevo desorden mundial en el marco de una *guerra llamada fría*, en realidad muy caliente en algunas partes del mundo (Corea, Indochina, Etiopía, Angola...). Pero prevé el debilitamiento de Inglaterra, esa «nación iniciadora de la gran industria [que] se ha dejado hundir por la rutina y ha sido superada ahora por sus rivales», la preponderancia del Nuevo Mundo, especialmente Estados Unidos, incluida en América del Sur, porque «las repúblicas iberoamericanas (...) no pueden impedir que, por la fuerza de las cosas, los Estados Unidos ganen constantemente en preponderancia» (Reclus, 1907: 80-81). Anuncia también el auge de Japón o de China.

La presión colonial o imperialista de las grandes potencias sobre los países repercute invariablemente en los pueblos, y en el interior de

los países, enmascarando así las verdaderas responsabilidades o causas en la cascada de dominaciones: «No es una plaga comparable a la de una nación oprimida que hace caer la opresión como un furor de venganza sobre los pueblos a los que somete a su vez. La tiranía y el aplastamiento se escalonan, se jerarquizan» (Reclus, 1905: 281). El Estado, político-militar, dicta las nuevas órdenes: «La superioridad pertenece al que, en un momento dado, disponga de una nueva aplicación naval, submarina, aérea y flotante» (Reclus, 1907: 13). Llevada a cabo por un anarquista, la evocación de ese factor no resulta sorprendente. Y vemos también esa anticipación extraordinaria en el papel actual que juegan la flota submarina y la flota aérea en un mismo plano de relevancia que las fuerzas denominadas convencionales.

Hacia la época de los escritos de Reclus, Piotr Kropotkin muestra una capacidad de análisis superior al describir la difusión espacial de la industria, incluso su desmembramiento hasta en el campo, que evoca en los últimos capítulos de *La conquista del pan* (1892). Diez años después de la primera versión inglesa (1898) de su libro *Campos, fábricas y talleres*, precisará en la edición francesa (1910) que «revisando el capítulo de las pequeñas industrias, he podido constatar que su desarrollo, al lado de las grandes industrias centralizadas, no se ha ralentizado en absoluto. Al contrario, la distribución de la fuerza a domicilio le ha dado un nuevo impulso» (Kropotkin, 1910: 10). Aporta un factor tecnológico, la difusión de la energía no humana, que se añade a las condiciones clásicas de explotación de la fuerza de trabajo.

Paralelamente a ese factor técnico, Kropotkin (1910: 9) añade la competencia internacional que empuja a pesar de todo a cada país a «liberarse de la explotación por otras naciones, más avanzadas en su desarrollo técnico». Dicho de otro modo, analiza la división internacional del trabajo, socioespacial. Propone una combinación de varias

dinámicas espaciales en la difusión de la industria: la economía de la energía necesaria, la innovación tecnológica, la competición de las grandes firmas, la dinámica nacional propia del capitalismo de Estado, pero también la recomposición de la división del trabajo donde el exceso encuentra sus límites en una nueva síntesis (agricultura-industria, manual-intelectual...), así como en las iniciativas del pueblo («los sindicatos de cultivadores, las cooperativas de producción», etc.).

Kropotkin se muestra profético en su prefiguración del capitalismo flexible, pero su desarrollo resulta a veces curioso porque nos preguntamos si se conforma con observar esa posible evolución, o bien se congratula de ella. En efecto, en su concepción, todo lo que está descentralizado se opone al *Leviatán estatista* y, por tanto, se aproxima a la anarquía, incluso en la economía capitalista actual. Podemos ver en ello una fuerte tendencia a un evolucionismo positivo, optimista dirán sus detractores o incluso las críticas procedentes de anarquistas.

La división socioespacial del trabajo está vinculada no solo a la economía, sino también a la sociología, porque se corresponde con la división de la sociedad en clases. El anarquismo y, posteriormente, el anarcosindicalismo no han dado jamás una definición restrictiva del proletariado. Lejos de limitarlo únicamente a los obreros de la industria, tienen también en cuenta a los empleados, los técnicos, los enseñantes, los campesinos sin tierras, los aparceros y los granjeros.

Según Proudhon, el proletario es «el que busca trabajo», y opone siempre al trabajador y al capitalista. Marx y Engels no hicieron sino retomar esta oposición, sistematizándola, por ejemplo, en el *Manifiesto comunista* (1848). Pero, a diferencia del marxismo, el anarquismo no considera que esos dos grandes bloques, burguesía y proletariado, sean homogéneos y, por tanto, sus intereses no son mecánicamente comunes. Ese fue uno de los debates teóricos y políticos del Congreso Anarquista

Internacional de Amsterdam en 1907. Errico Malatesta (1855-1932) responde así a Pierre Monatte (1881-1960) a propósito de la cuestión: «El error fundamental de todos los sindicalistas revolucionarios proviene de una concepción demasiado simplista de la lucha de clases. Es la concepción según la cual los intereses económicos (...) de la clase obrera serían solidarios» (Miéville y Antonioli, 1997). La competencia generalizada, ley fundamental del capitalismo, se opone, en efecto, a esa situación. Las corporaciones o grupos profesionales pueden entrar en conflictos de intereses, y duramente.

En el plano sociológico, el anarquismo tiene en cuenta la existencia de una nueva clase media en el seno del capitalismo, y el papel de los socialistas o del movimiento sindicalista en el auge de esta clase. La evolución del capitalismo ve, en efecto, la emergencia de una clase media que se disocia subjetivamente de la clase obrera, y que ocupa un puesto cada vez más importante. Es lo que Proudhon previó muy pronto, al contrario que Marx, pues en 1852, poco después de la publicación del *Manifiesto comunista*, da al término *clase media* (en singular) una base conceptual que será retomada por Max Weber o Jean Jaurès, por ejemplo, pero que también tiene una evidente dimensión política (Wey, 1989: 17-23).

Territorio, principio federativo y crítica de las *fronteras naturales*

La propuesta federalista de los geógrafos anarquistas, que se traduce en su rechazo de las fronteras y su crítica al principio de nacionalidad, no se basa en una abstracción teórica ni está guiada por un vago sentimiento humanista de fraternidad universal. Está basada en una constatación empírica, en una observación claramente geográfica. Como indica Georges Navet (2004: 159-189), la forma federativa

supone sociedades ya presentes y constituidas, «en las que no hay necesidad de elaborar la génesis ideal a partir de individuos como hizo Hobbes, por ejemplo». Así, Bakunin (1865) subraya que «la división de un país en regiones, provincias, distritos y municipios o departamentos como en Francia, dependerá naturalmente de la disposición de los hábitos históricos, de las necesidades actuales y de la naturaleza particular de cada país».

Preocupado por no ceder a una forma de conservadurismo que heredarían naturalmente esos organismos, Bakunin (1865) añade:

> No puede haber aquí más que dos principios comunes y obligatorios para cada país que quiera organizar seriamente su libertad. El primero: toda organización debe proceder de abajo a arriba, del municipio a la unidad central del país, al Estado, por medio de la federación. El segundo: debe haber entre el municipio y el Estado al menos un intermediario autónomo, el departamento, la región o la provincia. Sin eso, el municipio, atrapado en la acepción restringida de este término, será siempre demasiado débil para resistir a la presión uniforme y despóticamente centralizadora del Estado.

Kropotkin no aborda la cuestión de la apropiación territorial bajo el ángulo socialdarwiniano de una lucha por el espacio. Para él, el territorio es un elemento fundamental de la creación de municipios para, a la vez, su constitución, su gestión y su protección (defensa). Incluso aunque no desarrolle su argumento de otro modo —no evoca, por ejemplo, los obstáculos físicos u otros de la delimitación— trata de demostrar que la fuerza de ese territorio descansa en la existencia de una propiedad común del suelo y de una gestión colectiva (de ese suelo, de la recolección, de los trabajos correspondientes, de las decisiones generales).

Escribe así:

> El municipio urbano de los bárbaros se ha desarrollado de la tribu salvaje; y un nuevo ciclo, más largo que el anterior, de costumbres,

> hábitos e instituciones sociales, muchos de los cuales aún permanecen entre nosotros, se ha formado desde entonces, tomando como base el principio de la posesión en común de un territorio determinado y su defensa en común, bajo la jurisdicción de los pueblos que pertenecían a una misma rama o se les suponía. Y cuando las nuevas necesidades llevaran a los hombres a dar un nuevo paso adelante, lo harían constituyendo las ciudades, que representaban una doble red de unidades territoriales (municipios urbanos) combinadas con los gremios, formados estos por ejercer en común un arte o industria cualquiera, o bien para el socorro y la defensa mutuos (Kropotkin, 1902: 320).

Uno de los principales ejes de la argumentación consiste en insistir en el hecho de que encontremos este principio en todo momento y lugar, ya se trate de un proceso histórico inherente a la sociedad humana y perdure más o menos a pesar de las vicisitudes históricas o geográficas (los diferentes medios que evoca: llanuras, montañas, desiertos, taigas...). Entre esas vicisitudes que conducen al desmembramiento o a la regresión del municipio se encuentran, como sabemos, analizados por Kropotkin y otros, la emergencia de una aristocracia guerrera y religiosa, la transformación de una burguesía mercantil en una burguesía industrial todavía más rapaz, todo ello bajo la protección del Estado, no solo autoridad política sino también poder de centralización. «El Estado centralizador» o la «centralización del Estado» son fórmulas que acuden con regularidad a la pluma de Kropotkin, hasta el punto de que ambos términos aparecen como pleonasmos.

La combinación del municipio y el gremio o, dicho de otro modo, de política y economía, no es más que uno de los principios fundamentales del anarquismo, tanto de análisis histórico como de proyecto social, sea cual sea otro nombre que se le pueda dar al gremio (sindicato, consejo, agrupación de productores-consumidores...). Ya fue esbozado

por William Godwin (1756-1836), al que Kropotkin calificó de «primer teórico anarquista».

El corolario de esta concepción del territorio y de la federación es, entre los geógrafos anarquistas, la crítica de la teoría de las «fronteras naturales», a la que se refirió ya Proudhon. En contra de sus promotores, Proudhon demuestra que un curso de agua no constituye una barrera sino un vínculo para todos los que habitan en su cuenca. Para Italia, evoca regularmente cómo la Historia ha marcado de modo diferente a cada región y a cada ciudad del país. Subraya que la unidad lingüística de los grandes Estados es un dato artificial y tardío, y que está lejos de ser sistemático. Cita la Confederación Helvética o Bélgica. Según él,

> los límites de los Estados son una creación de la política, no una previsión de la naturaleza; son... lo que pueden. En todos los casos (...), la delimitación entre dos Estados implica, por una y otra parte, el consentimiento de poblaciones limítrofes, a menos que lo decida de otro modo un interés superior al de los dos Estados (Proudhon, 1864).

Élisée Reclus remacha el clavo contra la teoría de las *fronteras naturales*. Pone al servicio de su razonamiento todo su conocimiento de la geografía, que le permite confrontar la ideología con la realidad del terreno y las sociedades. El conjunto de su obra bulle de explicaciones en cuanto a lo absurdo de las fronteras, incluidas aquellas *denominadas naturales* porque «dejando al margen el caso de las islas, los límites planteados entre las naciones son obra del hombre» (Reclus, 1907: 308). Aborda la cuestión de las *fronteras naturales*, y les dirige una feroz requisitoria en *El hombre y la Tierra*. Su razonamiento es tan preciso, tan perspicaz y tan actual todavía que merece ser citado con un poco más de minuciosidad:

> Las patrias que cada hombre de Estado tiene como deber exaltar por encima de otras naciones, no dan lugar sino a razonamientos falsos y a complicaciones funestas. Y en primer lugar, lo que los diplomáticos repiten constantemente acerca de las fronteras naturales, que separan los Estados en virtud de una especie de predestinación geográfica, está desprovisto de razón. No hay fronteras naturales, en el sentido que le dan los patriotas (...). Sin duda, hay grados en lo absurdo, y tal frontera, como esa línea discontinua que han trazado los plenipotenciarios, tras discusiones, protocolos y rectificaciones, entre Francia y Bélgica, con una longitud de casi trescientos kilómetros a vuelo de pájaro, es una fantasía hilarante para el contrabandista, aunque muy molesta para el viajero apacible; pero las líneas de reparto político llevadas a las cumbres alpinas y las crestas de los Pirineos no son menos arbitrarias y no respetan más las afinidades naturales. Sin duda, el límite franco-belga separa a Flandes de Flandes, a Henao del Henao y a las Ardenas de las Ardenas; pero la línea de demarcación señalada de piedra en piedra sobre los grandes Alpes ¿no corta en dos unos territorios en los que los habitantes hablan la misma lengua y practican las mismas costumbres, habiendo formado parte antaño de la misma confederación? ¿No ha rechazado violentamente, de un lado hacia Italia, de otro hacia Francia, los *escarts* de Briançon, unidos anteriormente en república? Y en los Pirineos ¿no desune la frontera a vascos y vascos, aragoneses y aragoneses, catalanes y catalanes? En todas partes, y muy a su pesar, los pastores y leñadores respetan esa línea ficticia que les puede costar, por parte de los Estados soberanos, amenazas, multas y cárcel (Reclus, 1907).

Según él,

> todas esas fronteras no son sino líneas artificiales impuestas por la violencia, la guerra, la astucia de reyes, sancionadas por la cobardía de los pueblos (...). En cuanto a las fronteras llamadas *naturales*,

> las que descansan en el relieve del suelo, las comprendemos si no hay más remedio: pero incluso ellas carecen, como las anteriores, del derecho a crear obstáculos entre las poblaciones, y no tienen derecho a servir de base para la organización de la sociedad. No hay frontera natural; ni el Océano separa ya a los países (Reclus, 1868).

La geografía de los anarquistas y la cuestión de las nacionalidades

Coherentes consigo mismos, los anarquistas que se oponen a la teoría de las *fronteras naturales* critican también el nacionalismo que se deduce, o que se articula en ellas. Cuestionan la presuposición naturalista que está en su base. Cuando califica la teoría de las *fronteras naturales* como «principio turbio», Proudhon (1863) le añade el principio de las nacionalidades, que está «en el fondo indeterminable». Según él, no hay pertenencia natural a una nacionalidad determinada, idea que resulta abstracta, producida más por la política que por la naturaleza. Recusa, pues, el principio de la concepción natural de la nacionalidad, tal como se formalizará, especialmente, en Alemania.

Sin embargo, no se adhiere al principio de la nacionalidad electiva desarrollado en Francia, por ejemplo. Para ser coherente con esto, habría que consultar a todas las poblaciones de una región, con el fin de saber a qué Estado querrían pertenecer. Esta solución no le disgustaría y, efectivamente, en muchos casos, ha subrayado que el territorio de un Estado debe depender del consentimiento de sus habitantes, independientemente de cualquier configuración geográfica o etnográfica. «Pero, profundizando en el problema, siente los graves abusos que podrían surgir de ese principio de libre disposición», como indica Georges Goriely (1967: 151-168).

En efecto, contrariamente a Rousseau, que postula un contrato social de finalidad unitaria y lo más racional posible, Proudhon estima que la voluntad y, por tanto, la libertad no son producto de una racionalidad plena, que son siempre plurales, por tanto potencialmente antagónicos. Siempre de antemano están en tensión con las demás, pero también consigo mismas. Deben transigir a todos los niveles de pertenencia y de necesidades.

A partir de ahí, y contrariamente a Montesquieu o a Tocqueville, el poder debe ser distribuido al máximo, y sin ser dominado por el sufragio universal, no porque conceda un peso equivalente a todos los ciudadanos, sino porque pretendería dar un fundamento único a una voluntad única. Por eso una región no puede de una vez por todas, al albur de una pasión, comprometer su destino estatista. Como consecuencia de ello, el territorio del individuo es todo: «Ya no hay nacionalidad, ni patria en el sentido político de la palabra, no hay más que lugares de nacimiento. El hombre, de cualquier raza y color que sea, es realmente indígena del universo. El derecho de ciudadanía lo ha adquirido en todas partes» (Proudhon, 1861). *Indígena del universo*, bello hallazgo que resume la idea geográfica anarquista.

Élisée Reclus desarrolla una concepción amplia del término *nación*, asimilada a un agrupamiento humano. Además de los conflictos entre naciones fuertes y naciones débiles, le preocupan las manipulaciones, que se podrían calificar anacrónicamente de geopolíticas:

> Para justificar la existencia de fronteras, cuyo absurdo salta a los ojos, se emplea el argumento de las nacionalidades, como si los agrupamientos políticos tuvieran todos una constitución normal y hubiera una superposición real entre el territorio delimitado y el conjunto de la población consciente de su vida colectiva (Reclus, 1907: 318).

Reclus (1907: 318) añade también una definición del hecho natural, que atempera resolviendo toda tentación fundamentada por la constatación geográfica de la movilidad de los pueblos y los individuos.

> Sin duda, cada individuo tiene derecho a agruparse, a asociarse con otros siguiendo sus afinidades, entre las que la comunidad de costumbres, de lenguaje, de historia es la primera de todas en importancia, pero esta misma libertad de agrupamiento individual implica la movilidad de la frontera: ¿cuán poco en realidad está de acuerdo el deseo franco de los habitantes con las convenciones oficiales?

En la continuación de su carta dirigida a Henry Seymour, Reclus (1885) añade:

> No reconocemos tampoco lo que se denomina *patria* y que, en su acepción habitual, representa la solidaridad con los crímenes de nuestros ancestros contra otros países, así como iniquidades de las que nuestros gobernantes respectivos son responsables. Para fundar una sociedad nueva, primero hay que renegar de toda acción sangrienta.

El trabajo científico y el trabajo político de los geógrafos anarquistas, separados formalmente, evolucionan de forma paralela. Un buen ejemplo nos lo da la revista internacionalista *Le Travailleur*, que tiene el mismo consejo de redacción que la *Nouvelle Géographie Universelle*. Este periódico, publicado entre 1877 y 1878 en Ginebra, en la imprenta de los exiliados rusos Robotnik, fue dirigido por Reclus y Perron, y sus colaboradores fueron Mechnikov, Dragomanov y Lefrançais. Aborda cuestiones de actualidad que encuentran eco puntual en la *Nouvelle Géographie Universelle*, en la que los estudios de Mechnikov sobre Japón sugieren, por primera vez en los medios geográficos anarquistas,

la idea del redimensionamiento de Europa frente al escenario emergente del Pacífico.

Pero, en esa época, se trata sobre todo de la cuestión de la Europa oriental y la Península balcánica, que focaliza la atención de los medios progresistas europeos. Los artículos de Dragomanov, fuente de información para la *Nouvelle Géographie Universelle*, muestran cómo los geógrafos anarquistas volvieron a trabajar el concepto proudhoniano de federalismo para aplicarlo a los retos del fin de los imperios de Europa del Este, percibido por entonces como algo cercano. La propuesta federalista está ligada explícitamente a la geografía de algunas de sus regiones de Europa del Este, así como a una naturalización implícita de su mosaico étnico. Aunque eso no sea considerado una ley rígida, las regiones naturales formadas por las cuencas hidrográficas y las cadenas montañosas son consideradas como influyentes en la formación de las nacionalidades, y se cuenta con su revuelta para aplastar a la *vieja Europa*. Según Dragomanov (1877: 14), considerado hoy como uno de los padres espirituales de la independencia ucraniana encargada de borrar su visión claramente socialista y libertaria,

> nuestro cosmopolitismo no se dedicará a la tarea imposible de destruir las nacionalidades, lo que, en la práctica, solo conduciría al sometimiento de las nacionalidades conquistadas por las nacionalidades conquistadoras, y a la constitución de clases privilegiadas y clases sometidas. Al contrario, mediante el levantamiento de las masas populares es como nuestro cosmopolitismo atraerá hacia sí a las nacionalidades diversas —producto de la naturaleza— en una federación internacional libre e igualitaria basada en la autonomía del individuo y en la federación de municipios libres.

El sentimiento de que el estallido de la cuestión nacional favorecería el desencadenamiento de la cuestión social estaba bastante extendido

entre los anarquistas y los socialistas en general, pero no hay que olvidar la crítica reclusiana de las fronteras, a la vez estatistas y administrativas, «trazadas a menudo al azar o precisamente con la intención de contrariar las afinidades nacionales» (Reclus, 1880: 437). En la *Nouvelle Géographie Universelle*, Rusia es vista como el país en el se da la reacción más encarnizada contra los revolucionarios más audaces: «En Rusia se encuentran las formas de poder absoluto más antiguas: es también donde los avanzados se lanzan con mayor audacia a las teorías de reconstitución social y política» (Reclus, 1880, 892). Las naciones balcánicas, sometidas a los imperios otomano y austriaco, son igualmente consideradas como futuros protagonistas de «la libre federación de los pueblos del Danubio», premisas del ideal yugoslavo (Reclus, 1878: 268). Se comprende, por tanto, por qué el *Bulletin de la Fédération Jurassiene* se congratula de la aparición de la *Nouvelle Géographie Universelle*, en la que oficialmente no se debe hablar de política, como una expresión del

> sentimiento de internacionalidad, de cosmopolitismo que, conocido en siglos anteriores solo por las inteligencias más elevadas, se ha hecho hoy predominante entre el proletariado de los dos mundos, y el estudio bien comprendido de la geografía contribuye a fortalecerlo (...), un libro de vulgarización científica que podrá rendir grandes servicios a la instrucción popular. Así, todas las sociedades obreras que posean una biblioteca deberán imponerse el ligero sacrificio de un gasto semanal de 50 céntimos con el fin de procurarse esta obra (Guillaume, 1875: 4).

Bibliografía

Angaut, J.-C. (2009): «L'Entraide de Kropotkine: un socialisme darwinien?», *Congreso Nature et socialisme*, Besançon.

— (2009): «L'entraide, un facteur de révolutions»: *Réfractions, recherches et expressions anarchistes* 23.

Bakunin, M. (1865): *Catéchisme révolutionnaire* (Trad. *El catecismo revolucionario. El libro maldito de la anarquía*, La Felguera ed., Madrid, 2014).

Dragomanov, M. (1877): «Les paysans Russo-ukrainiens sous les libéraux Hongrois», *Le Travailleur* 1, p. 14.

Enckell, M. (2009): «Élisée Reclus, inventeur de l'anarchisme», en Ronald Creagh (ed.), *Élisée Reclus - Paul Vidal de la Blache: Le Géographe, la cité et le monde, hier et aujourd'hui*. Autour de 1905, L'Harmattan, París, pp. 39-44.

Ferretti, F. (2011): *Anarchici ed editori, reti scientifiche, editoria e lotte culturali attorno alla Nuova Geografia Universale di Élisée Reclus (1876-1894)*, Zero in condotta, Milán.

— (2011), «Comment nourrir la planète: à propos d'une carte statistique», en Patrick Rérat, Etienne Piguet (ed.): *La pensée du monde: une société de géographie au tournant du XXème siècle*, Presses Universitaires Suisses, Neuchâtel, pp. 111-116.

— (2011), «The correspondence between Élisée Reclus and Pëtr Kropotkin as a source for the history of geography»: *Journal of Historical Geography* 37, 2011, p. 216-222.

Goriély, G. (1967): «Proudhon et les nationalités», en *L'actualité de Proudhon*, Coloquio de noviembre de 1965, Université Libre de Bruxelles, Bruselas, pp. 151-168.

Guillaume, J. (1875): «Variétés»: *Bulletin de la Fédération Jurassienne*, 13 junio, p. 4.

Kropotkin, P. (1902): *Mutual Aid: a factor in evolution*, Heinemann, Londres (Trad. *El apoyo mutuo. Un factor de evolución*, Madre Tierra ed., Móstoles, 1989).
— (1910): *Champs, usines et ateliers*, Stock, París (Trad. *Campos, fábricas y talleres*, Descontrol Ed., Barcelona, 2015).
Mechnikov, Lev (1886): «Révolution et évolution»: *The Contemporary Review* 50, pp. 412-437.
Miéville Ariane y Maurizio Antonioli (ed. 1997): «Anarchie & syndicalisme», le *Congrès Anarchiste International d'Amsterdam* (1907), Nautilus - Éditions du Monde libertaire, París. La polémica entre Monatte y Malatesta se puede leer en *Tierra y Libertad* 274, mayo 2011.
Navet, G. (2004): «Proudhon, le fédéralisme et la question italienne»: *Corpus, revue de philosophie* 47, pp. 159-189.
Pelletier, P. (2012): «Pourquoi Élisée Reclus a choisi la géographie et non l'écologie», *Congreso Internacional Géographie, écologie, politique: un climat de changement*, Orleans, 5-8 septiembre.
— (2007): «La grande ville entre barbarie et civilisation chez Élisée Reclus (1830-1905)», *Congreso Ville mal aimée, ville à aimer*, Cerisy-la-Salle, junio.
Proudohn, P.-J. (1861): *La Guerre et la Paix*.
— (1862): *La Fédération et l'unité en Italie*.
— (1863): *Si les traités de 1815 ont cessé d'exister*.
— (1863): *Du Principe fédératif* (Trad. *El principio federativo*, Aguilar, Madrid, 1971).
— (1864): *Nouvelles observations sur l'unité italienne*.
Reclus, Élisée (1868): «Intervención en el Congreso de la Paz».
— (1880): *Nouvelle Géographie Universelle V, Scandinavie et Russie d'Europe*, Librairie Hachette, Paris, p.437.
— (1882): *Nouvelle Géographie Universelle VII, L'Asie Oreintale*, Librairie Hachette, Paris.
— (1884): *Carta a Piotr Kopotkin*, en Ferretti, Federico (2001): «The correspondence between Élisée Reclus and Pëtr Kropotkin as a source for

the history of geography»: *Journal of Historical Geography* 37, pp. 216-222.
— (1884): *Carta a Richard Heath*.
— (1884-1885): «Les produits de la terre»: *Le Révolté* 20 y 26.
— (1885): *Carta a Henry Seimour*. 1 marzo.
— (1887): «Les produits de l'industrie»: *Le Révolté* 45-49.
— (1889-1890): «À propos d'une carte statistique»: *Bulletin de la Société Neuchâteloise de Géographie* 4-5, pp. 122-124.
— (1905-1908): *L'Homme et la Terre* (traducido al español: *El hombre y la Tierra*, Doncel, Madrid, 1975).
Robic, M.-C. (2003): «La ville, objet ou problème? La géographie urbaine en France (1890-1960)»: *Sociétés contemporaines* 49-50, pp. 107-138.
Stoddart, D. (1966): «Darwin's impact on geography», *Annals of the Association of American Geographers* 56-4, pp. 683-698.
Wey, C. (1989): «Des classes moyennes»: *Forum* 116, Luxemburgo, diciembre, pp. 17-23.

PARA UNA LECTURA ESPACIALMENTE SITUADA DEL ANARQUISMO EN EL CONTEXTO DE LA DESTERRITORIALIZACIÓN

Pablo Mansilla

(2013)

Cuando reflexionamos sobre el espacio geográfico, comúnmente nuestra imaginación se traslada a aquellas clases de la escuela, en las que la profesora nos enseñaba una geografía que se esmeraba en explicar la dimensión territorial del Estado-Nación, destacando para ello las regiones político-administrativas en las que se dividía el territorio nacional, las características geomorfológicas y climáticas de un lugar. Este extenso compendio de datos no tenía mayor significancia, ni conexión con las prácticas de quienes habitábamos en regiones alejadas de las grandes aglomeraciones urbanas.

Detrás de esta cortina de humo levantada por el Estado y el sistema educacional (Lacoste, 1976), existe una clara intención de imponer un discurso hegemónico, que define las formas en las cuales la sociedad debe vincularse con el territorio. Cualquier otra forma de organización territorial alternativa o previa a la territorialidad que impone el Estado resulta improcedente y, por lo tanto, debe ser intervenida.

Durante las últimas décadas se ha venido ampliando considerablemente la discusión al interior del pensamiento geográfico, respecto de la condición espacial de la sociedad, por medio del concepto de *territorio*, como una categoría de análisis, que permite observar cómo el espacio

geográfico es resultado y, a la vez, condición de los procesos de apropiación material y simbólica por parte de los actores que confluyen en un lugar (Haesbaert y Porto-Goncalvez, 2006). Esta relación espacial entre actores comúnmente se encuentra sujeta a conflicto, tensionada por el poder debido a que la racionalidad que se encuentra detrás de sus acciones impulsa formas antagónicas de apropiación, siendo posible leer a través de ellas diversas estrategias y tácticas de poder (Raffestin, 1993). En este contexto, el presente ensayo busca abrir una discusión sobre la condición territorial del anarquismo, para lo cual se plantean tres provocaciones al lector que parecen centrales para aproximarnos a tal objetivo:

La primera provocación es que la autoridad y el poder de subordinar se despliegan por medio del control del espacio y del tiempo, tanto en su dimensión física como simbólica. Por lo tanto, la idea de autoridad ejercida por el Estado, y por las diferentes formas de agenciamiento que adquiere el poder, son implementadas mediante una estrategia espacial que permite mantener el control sobre los sujetos y sus cuerpos, así como de los recursos que se encuentran en ellos (Raffestin, 1993; Foucault, 1988).

La segunda provocación es que el anarquismo, tanto en su análisis como elaboración de propuestas alternativas, ha sido predominantemente una teoría de carácter espacio-temporal. Ideas tales como la autonomía, la descentralización, el federalismo libertario, la abolición de la propiedad privada, encierran una profunda propuesta de un proyecto transformador de carácter territorial. Este hallazgo nos llama la atención, sin embargo, abre la emergencia de repensar las coordenadas del anarquismo con base en las transformaciones territoriales que ha experimentado el mundo durante las últimas décadas. Estas aluden a un creciente proceso de desterritorialización, que surge a partir de las

reformas político económicas y de las innovaciones técnicas que han influido sobre las formas tradicionales en las cuales se constituía la relación espacio-temporal de la humanidad.

En tercer lugar, el pensamiento geográfico nos invita a situar las ideas en términos espaciales y temporales, por lo tanto, debemos cuestionarnos el modo en que las propuestas del anarquismo, que ha surgido en el contexto de la modernidad eurocéntrica, se sitúan a nivel latinoamericano. Cuando analizamos la realidad latinoamericana, encontramos una serie de prácticas territoriales desplegadas por las comunidades urbanas, rurales y campesinas, que si bien no adscriben al anarquismo, dan cuenta de la práctica libertaria como realidad ontológica.

Estas tres provocaciones invitan a pensar el territorio lejos de ser una categoría fija, se encuentra en constante proceso de producción en el devenir de la historia. De esta forma, el anarquismo requiere abrir de manera urgente una discusión respecto al lugar que ocupa el territorio en sus discursos, tácticas y estrategias para la deconstrucción de la estructura en la que se sostiene del poder del sistema actual.

En este contexto es necesario retomar la discusión espacio-temporal del anarquismo, y particularmente la dimensión territorial, que surge a partir de las prácticas grupales e individuales de la sociedad.

El ensayo expone primero la proximidad entre el anarquismo y el pensamiento geográfico, posteriormente se expone por qué es importante para el anarquismo en términos territoriales, en la tercera sección se mencionan brevemente algunos de los principales procesos de transformación territorial que han ocurrido en el marco de la desterritorialización, finalmente se describen brevemente algunas de las propuestas que desde el anarquismo se han desarrollado para la construcción de una propuesta territorial anarquista.

Los Anarquistas y el pensamiento geográfico

La discusión sobre espacio geográfico se ha ampliado considerablemente durante las últimas décadas. En este transcurso se identifica el traspaso de una idea de espacio absoluto, de carácter físico-material, que sirve de soporte de las prácticas sociales, a la concepción del *espacio social*, que surge como producto histórico y a la vez como condición de las relaciones sociales, políticas, económicas, culturales y ambientales.

El primero en resaltar explícitamente el espacio como producción histórica de la sociedad, fue el geógrafo anarquista Élisée Reclus (1903), quien formuló las bases de la *geografía social* en su libro *El hombre y la tierra*, texto que inicia con la ya famosa reflexión: «La Geografía es la Historia en el espacio, lo mismo que la Historia es la Geografía en el tiempo». Élisée Reclus busca dar a conocer cómo el ritmo de la historia, con sus quiebres y continuidades, se encuentra plasmada en el espacio, tal como él mismo lo declara al inicio de su obra: «La observación de la tierra nos explica los acontecimientos de la historia, y esta nos hace volver a su vez hacia un estudio más profundo del planeta, hacia una solidaridad más consciente de nuestro individuo, tan pequeño y tan grande a la vez, con el inmenso universo» (Reclus, 1903: 1). Al mismo tiempo, Reclus destaca la importancia de la naturaleza y las relaciones que el ser humano establece con ella. Sin caer en el determinismo, describe el modo en que «el ser humano es la naturaleza formando conciencia de sí misma», de esta forma, Reclus resalta su motivación principal al concentrar su reflexión en el campo de la geografía:

> Trazaba yo el plan de un nuevo libro en que se expondrían las condiciones del suelo, del clima, de todo el ambiente en que se han cumplido los acontecimientos de la historia, donde se mostrase la concordancia de los hombres y de la tierra, donde todas las mane-

> ras de obrar de los pueblos se explicasen, de causa a efecto, por su armonía con la evolución del planeta (Reclus, 1903: 1).

Para Élisée Reclus, la geografía social se fundamenta sobre tres ejes de análisis: «la lucha de clases, la búsqueda del equilibrio y el arbitraje soberano del individuo son los tres órdenes de hechos que nos revela el estudio de la geografía social y que, en el caos de las cosas, se muestran bastante constantes para que pueda dárseles el nombre de leyes». Al referirse a la lucha de clases, el autor destaca que, a escala mundial, el desarrollo desigual de las sociedades ha tendido a la formación de clases y castas. La imposición de esta estructura social jerárquica ha motivado el constante enfrentamiento. El segundo aspecto al que Reclus se refiere como la «búsqueda de equilibrio», se desprende a partir de la lucha de clases. Para él, el desequilibrio que surge a partir de la desigualdad social, da paso al conflicto y a la resistencia de los grupos subalternizados contra el poder: «la violación de la justicia clama siempre venganza», el sistema autoritario se encuentra sujeto a oposición, lo cual puede significar la derrota y la extinción de los grupos subalternizados, o por el contrario, alcanzar una victoria que implique romper con las formas en las que se establece el poder. Finalmente, Reclus, se refiere al arbitraje del individuo, idea con la cual busca dar cuenta de la necesidad de construir procesos libertarios que surjan a escala de individuos, según el autor

> la sociedad libre no puede establecerse sino por la libertad absoluta suministrada en su desarrollo completo a cada hombre, primera célula fundamental, que se agrega enseguida y se asocia como le place a las otras células de la cambiante humanidad. En proporción directa de esa libertad y de ese desarrollo inicial del individuo, las sociedades ganan en valor y nobleza: del hombre nace la voluntad creadora que construye y reconstruye el mundo (Reclus, 1903: 3).

Sin embargo, la geografía social propuesta por Reclus no tan solo plantea la construcción de un marco teórico-epistemológico para el análisis de la condición espacial de la sociedad, sino que se propone movilizar sus formulaciones, categorías de análisis y resultados como herramientas que aporten a la transformación social y a la eliminación de los problemas que afectan a la sociedad (Hiernaux, 2003). De este modo, la geografía social propuesta rompe con la posición pasiva y contemplativa del científico, y propone ante todo disponer de una geografía transformadora de la realidad social.

Del mismo modo, para Piotr Kropotkin, la geografía debe ser ante todo un instrumento científico, que permita, por ejemplo, en el campo de la educación

> Interesar a los niños en los principales fenómenos de la naturaleza, despertarles el deseo y aclararlos. Enseñar desde nuestra más tierna infancia que todos somos hermanos, sea cual sea nuestra nacionalidad. En una época como la nuestra, de guerra de autopresunción nacional, la geografía debe ser un medio para disipar esos prejuicios y para crear otros sentimientos más dignos de la humanidad. [...] Tiene que imponer en las mentes de estos niños la idea de que todas las nacionalidades son estimables; de que cuales fueran las guerras que hubieran hecho, solo un egoísmo miope estaba en el fondo de ellas. [...] Tercero, la misión de acabar con los prejuicios sobre los cuales nos erigimos con respecto a las llamadas 'razas inferiores' (Kropotkin, 1989: 62).

A pesar de que de forma general se reconoce en Reclus y Kropotkin el inicio de la discusión social en la geografía, por una amplia gama de autores que desarrollaron durante la década de 1970 la renovación crítica del pensamiento geográfico (las geografías radicales), el rescate de las obras de estos dos anarquistas por parte de los geógrafos no ha pasado más allá de un saludo leve, sin necesariamente profundizar

ni dar continuidad a sus ideas (Hiernaux, 2003). Un claro ejemplo se encuentra en uno de los principales geógrafos críticos latinoamericanos, Milton Santos (2006),[10] quien indica que «Es cierto que Élisée Reclus, había escrito, hace un siglo, que la geografía es la historia en el espacio, y la historia la geografía en el tiempo, sin embargo esa frase milenariamente repetida, jamás pretendió el desarrollo de un método de guía».

Otros autores, en una interpretación apresurada, han acusado a los autores de estar vinculados al determinismo darwiniano o el evolucionismo, cuando por el contrario existe en sus escritos una profunda crítica al determinismo social que se está generando al interior del pensamiento científico de la época. Tal como lo destacan Ferretti y Pelletier (2013: 7), los geógrafos anarquistas «se preocuparon más en contestar al darwinismo social, que justificaría la desigualdad entre los individuos y los pueblos de la especie humana, y en desarrollar la cooperación al interior y exterior de la especie como factor de la evolución, frecuentemente más importante que la competición en la lucha por la existencia».

Sin duda no deja de ser interesante que el anarquismo se haya posicionado fuertemente como un saber de carácter espacial, asunto claramente destacado cuando se reconoce la relevancia de sus principales intelectuales en el campo de la discusión geográfica, así como también por el intenso debate que estos desarrollaron sobre la naturaleza y su vinculación con el ser humano. La pregunta que se abre de inmediato, es ¿por qué estos autores ven en el pensamiento geográfico una llave para la compresión y transformación del mundo desde el anarquismo?, asimismo, ¿por qué hoy los anarquistas deberían volver a pensar la dimensión espacial del anarquismo?

10. Para algunos entendida también como *anarquismo primitivo*, denominación con la que personalmente no concuerdo, ya que retrata de cierta forma una linealidad en la construcción de las sociedades y de sus ideas, creando una subordinación temporal y evolutiva.

¿Por qué los anarquistas deben revisitar el territorio? ¡El territorio es el lugar donde se funda el poder! Los anarquistas se han opuesto a la autoridad y a las formas de poder sobre las cuales se instaura la dominación y subalternización del otro, reconociendo al Estado como institucionalización y centralización del poder de una clase hegemónica que intenta acumular y defender la propiedad privada, tal como lo menciona Cappelletti (2010: 14): «Se le puede definir [al Estado], como la organización jerárquica y coactiva de la sociedad. Supone siempre una división permanente y rígida entre gobernantes y gobernados. Esta división que se relaciona obviamente con la división de clases implica el nacimiento de la propiedad privada». En efecto, para el caso de América Latina, la conformación de todos los Estados Naciones, con excepción de Haití, fue motivado por los intereses de una clase oligarca que buscaba mantener el control de los recursos naturales y de la propiedad de la tierra para su beneficio.

Un claro ejemplo de la vinculación entre espacio geográfico, territorio y Estado se encuentra cuando analizamos el modo en que diversos gobiernos dictatoriales de América Latina asumieron como directriz principal de acción el pensamiento geopolítico unido a la doctrina de la seguridad nacional, que venía siendo ampliamente discutida al interior de las academias militares desde inicio del siglo XIX, tal como lo expresa Chiavenato (1981), la «geopolítica es el arma del fascismo». En la perspectiva geopolítica del Estado prevalece una mirada organicista, que analiza al Estado como un ser vivo que depende del territorio para su subsistencia. Es a través de él que toma cuerpo. Cada vez que el Estado crece, requiere expandir su territorio. Para el general alemán Haushofer «la geopolítica es la conciencia geográfica del Estado. Ella proporciona la materia prima con la que el hombre del Estado, de espíritu creador, obtiene su obra de arte»; del mismo modo para Napoleón

Bonaparte, «la política de un Estado está en su geografía». De ahí la cercana vinculación entre la idea de soberanía nacional y la reafirmación territorial y fronteriza que los Estados llevan a cabo.

Sin embargo, tal como lo ha expresado Foucault, el Estado no es la única forma de institucionalización del poder, existen diversas formas de gobierno.

> Las formas y las situaciones especificadas de gobierno de los hombres por otros en una sociedad dada son múltiples: ellas están superimpuestas, se cruzan, imponen sus propios límites, algunas veces se cancelan entre ellas, otras veces se refuerzan entre sí. Es cierto que las formas o situación específica del ejercicio del poder (incluso aunque este es una de las formas más importantes), en un cierto sentido todas las demás formas de relaciones de poder, deben referirse a él. Esto no es porque las demás deriven de él, sino porque las demás relaciones de poder han quedado cada vez más bajo su control (Foucault, 1988: 17).

El anarquismo ha venido debatiendo al respecto a lo largo de su desarrollo. La evidencia de ello es posible encontrarla en las formulaciones anarcofeministas que denunciaban las formas de subalternización del género, la oposición férrea a las ideas de superioridad racial impuestas por el darwinismo social, la práctica del anarcoindigenismo, la discusión sobre la sociedad adultocéntrica y la invisibilización de los niños. Cada una de estas formas de gobierno, se encuentran fundamentadas sobre el control territorial de las prácticas de los sujetos. Tal como lo menciona Foucault cuando analiza la institución educativa, el poder se expresa en

> la disposición de su espacio, las regulaciones meticulosas que gobiernan su vida interna, las diferentes actividades que se organizan ahí, las diversas personas que viven o se encuentran, cada una con su función, su carácter bien definido, todas estas cosas

> constituyen un entramado de capacidad, comunicación, de poder (Foucault, 1988: 19).

Al respecto de esta idea, son bastante clarificadoras las palabras de Raffestin, quien dialoga teóricamente con Foucault, definiendo que

> El territorio se forma a partir del espacio, es el resultado de una acción conducida por un actor sintagmático (actor que realiza un programa) en cualquier nivel. Al apropiarse de un espacio, concreta o abstractamente (por ejemplo por la representación), el actor territorializa el espacio (Raffestin, 1993: 143).

Tal como lo menciona, el territorio surge a partir de la apropiación material o simbólica de un espacio, por lo tanto comprende la implementación de una estrategia de poder que permita gobernar y subordinar a los otros frente a la visión que se desea imponer. El carácter simbólico, en la definición de Raffestin, llama la atención, pues alerta sobre el modo en que los signos y símbolos, con los cuales nos encontramos a diario, tienden a condicionar nuestras prácticas sociales. El control físico, según Raffestin, se ejerce por medio del control de áreas definiendo límites y fronteras, y también mediante el control de los flujos que transgreden los territorios, mediante la accesibilidad, por ejemplo, implementando diversas estrategias para intentar controlar los flujos de migrantes ilegales que buscan entrar dentro del territorio nacional de un país. En este mismo sentido, el Comité Invisible, hace referencia al control espacial en el contexto de la sociedad de seguridad, donde la policía y la represión destruyen el territorio para abrir paso a la empresa capitalista desterritorializando a las clases populares y confinándolos a espacios controlados:

> El territorio actual es el producto de varios siglos de operaciones policiales. Se ha expulsado a la gente fuera de sus campos, después de las calles, después fuera de sus barrios y finalmente fuera de los

> patios de sus edificios, con la loca esperanza de contener cualquier vida entre las cuatro pringosas paredes de la privacidad (Comité Invisible, 2007: 48).

Sin embargo, es necesario destacar, que el territorio no surge tan solo como resultado de la subordinación ejercida mediante las estrategias de poder. Las formas de apropiación se encuentran constantemente sujetas al conflicto y a la lucha política por parte de los grupos sociales que han sido subalternizados, los cuales mediante la disputa por el territorio, intentan proponer otros horizontes de uso y significación del espacio contradictorios con el modelo de discurso hegemónico promueve. El territorio tiene la capacidad de ser resignificado a partir de las múltiples formas en las que la sociedad subvierte el orden impuesto territorial, construyendo proyectos autónomos de organización socioespacial.

No es necesario ir demasiado lejos para encontrar estas territorialidades alternativas. Si observamos en detalle al interior de nuestras ciudades y en las zonas rurales, encontramos múltiples territorialidades que surgen a partir de las prácticas libertarias de la sociedad, en las cuales la propiedad es colectiva, donde se desenvuelven procesos autogestionados y se practica el apoyo mutuo, todos ellos hoy constituyen espacios de autonomía, donde la autoridad ha sido destruida y donde se alcanza, al menos en un fragmento espacio-temporal, la libertad. Existe de esta forma, una necesidad apremiante, de poder identificar cómo se componen tales estrategias espaciales antiautoritarias y autónomas a nivel latinoamericano.

El territorio, por lo tanto, se debate en una serie de significaciones antagónicas, que van desde la apropiación física, política, jurídica y militar del Estado y sus instituciones, su apropiación económica por parte del capitalismo, quien lo valoriza como un recurso, y la significación que le dan las comunidades a partir de apropiaciones sociales y

culturales. Estas diversas formas de apropiación del territorio, representan racionalidades diametralmente opuestas entre sí, abriendo constantemente las posibilidades de conflicto y lucha por la superposición de una sobre otra.

Un proyecto realmente transformador de la realidad social, que implique romper con las formas jerárquicas en las que se establece la autoridad, que elimine las formas de dominación y subalternidad, que tenga por objetivo alcanzar la libertad individual y de la comunidad, requerirá necesariamente el repensar la dimensión espacial de tal proyecto, tanto en las propuestas de organización territorial, como en las resignificación simbólica que las prácticas autoritarias durante siglos le han asignado al territorio. Tal proyecto requiere que podamos comprender cómo las estrategias de poder actúan en el territorio en el actual periodo, siendo la desterritorialización una de las acciones interesantes en las cuales es necesario profundizar.

La desterritorialización y la emergencia de reterritorializar las prácticas del anarquismo

Como se ha destacado anteriormente los territorios no representan objetos estáticos, por el contrario, son el resultado de diversas formas de apropiación y producción que van mudando en el devenir del tiempo. Si aceptamos la idea propuesta por este ensayo en que el anarquismo debe ser leído en clave espacial, entonces debemos intentar aproximarnos a algunas de las principales transformaciones a las que los territorios se ven expuestos.

La desterritorialización es uno de los procesos más importantes que se desprende a partir del desarrollo de la globalización capitalista.

Mediante su análisis se intenta reconocer el modo en que la sociedad ha tendido a romper los anclajes espaciales sobre los cuales se fundaban gran parte de sus actividades, dando paso a una sociedad

cada vez más móvil y estructurada en redes. Estas transformaciones, cuestionan el pensamiento geográfico tradicional, que tendía a pensar el territorio como un área fija y bien delimitada. Tal como lo menciona Saquet, nos enfrentamos frente a una crisis de la representación topológica del espacio:

> El territorio es entendido (comúnmente), como enraizamiento, localización, área con fronteras, Estado-Nación, punto de referencia, y la desterritorialización como flujo, ruptura de las fronteras, relaciones, deslocalización, movimiento (Saquet, 2010: 132).

La desterritorialización comprende un amplio proceso, que abarca diferentes dimensiones de la realidad. Tal como lo menciona Haesbaert, existe una multiplicidad de abordajes e interpretaciones posibles, dependiendo del lugar donde se encuentre posicionado el investigador:

> Para algunos, la problemática que se coloca es la movilidad creciente del capital y de las empresas, la desterritorialización (en esta perspectiva), sería un fenómeno por sobre todo de naturaleza económica; para otros el gran tema es la permeabilidad de las fronteras nacionales, la desterritorialización seria así un proceso primordialmente de naturaleza política; en fin, para los más *culturalistas*, la desterritorialización estaría ligada, por encima de todo, a la diseminación de una hibridización de culturas, disolviendo los enlaces entre un determinado territorio y una identidad cultural que le sería correspondiente (Haesbaert, 2004: 172).

La globalización capitalista, posee un carácter profundamente desterritorializador de las relaciones políticas, económicas, culturales y ambientales, las que hoy tienden a rescalarse y reterritorializarse en una compleja trama de redes esparcidas a lo largo del mundo. Este proceso, ha sido acompañado particularmente por el avance de las tecnologías asociadas al transporte y a las comunicaciones, que han permitido una

compresión del tiempo-espacio y un aceleramiento de los flujos, que proporcionan instantaneidad y ubicuidad en cualquier lugar del planeta a los grupos sociales que logran insertarse dentro esta red. Asimismo, las reformas político económicas de carácter neoliberal implementadas en diversos países del mundo, han terminado por reestructurar las funciones del Estado-Nación y el modo en que se plantea su territorialidad, la cual hoy es cada vez más difusa.

El capitalismo, en su proyecto de desarrollo desenfrenado hacia una acumulación sin límites, ha compuesto múltiples estrategias espaciales para ejercer el dominio y el control de los recursos naturales y humanos. La efectividad del proyecto capitalista se ha fundamentado sobre la acumulación por despojo, es decir, por medio de la desposesión de los medios de producción y del territorio de las comunidades. Y ha sido implementado mediante estrategias territoriales, como la descomposición del espacio en fragmentos de propiedad privada.

Podemos argumentar que el proceso de desterritorialización de la sociedad, se inicia de forma paralela al proyecto de la modernidad, que al estar fundado en la idea de desarrollo y progreso humano, ha pretendido, mediante el desarrollo de las ciencias y de las técnicas, superar las limitaciones naturales que el ser humano posee. En esta perspectiva el espacio geográfico entendido como naturaleza representa la prisión original del ser humano de la cual es necesario liberarse. El proyecto de la modernidad cooptado por el capitalismo, con su amplio desarrollo técnico y científico, ha demostrado cada vez más el fracaso de una humanidad, que en su afán de superación, ha avanzado hacia el progreso, entendido como acumulación material y crecimiento económico, fundamentando sus acciones sobre un modelo extractivista que opera por medio de la desposesión de los recursos naturales y culturales de las comunidades, y que los obliga a asumir las externalidades. En

el contexto de este debate, existe la posibilidad de generar un juicio crítico también al pensamiento anarquista clásico, que se ha fundado en la modernidad, lo cual queda claramente expresado en la noción de *progreso*, en la promulgación del cientificismo como herramienta para la libertad y, por lo tanto, ligado al pensamiento eurocéntrico y colonial. Aspectos que necesariamente deben ser discutidos y repensados, situando sus ideas en el contexto histórico y espacial en el que nos encontramos a nivel latinoamericano.

Es importante destacar que, a pesar de las profundas transformaciones que los territorios experimentan en la actualidad, la *desterritorialización* no representa la muerte del espacio y de las vinculaciones del ser humano con ella. Por el contrario, la desterritorialización supone al mismo tiempo la *reterritorialización* en nuevas formas espaciales, que vienen a complejizar las formas en las cuales podemos leer las relaciones de poder expresadas territorialmente (Haesbaert, 2004).

Frente a la desterritorialización y la reterritorialiazación del mundo contemporáneo, el anarquismo debe explorar cómo estos cambios territoriales llaman a repensar las formas en las que es posible construir una propuesta de carácter territorial. En este sentido, algunos de los aspectos importantes a considerar, son la estructuración de redes territoriales de apoyo mutuo que conectan las resistencias locales, así como también, el modo en que son pensadas múltiples escalas de organización política (Mansilla, 2011).

Territorios anarquistas, ampliando las posibilidades del concepto

Tal como lo menciona Cappelletti, «los anarquistas aspiran a una sociedad no dividida entre gobernantes y gobernados, a una sociedad sin autoridad fija y predeterminada, a una sociedad donde el poder no sea trascendente al saber y a la capacidad moral e intelectual de cada individuo» (Cappelletti 2010: 14). Tal proyecto, requiere de un

esfuerzo intelectual que nos permita pensar territorialidades alternativas al ordenamiento territorial hegemónico por medio del cual gobiernan las instituciones de poder.

En este sentido, diversos autores se han enfocado al rescate de la propuesta territorial del anarquismo. Myrna Breitbart (1989) ha destacado los principios de localización bajo la anarquía, mientras que Richard Peet (1989) ha profundizado sobre la idea de descentralización en la propuesta territorial del anarquismo, al mismo tiempo, en el ámbito urbano, Colin Ward, ha explorado la ciudad anárquica y Murray Bookchin (2006), la idea del municipalismo libertario.

Asimismo, durante los últimos años vienen desarrollándose una serie de propuestas interesantes como la creación de territorios y la multiplicación de zonas de opacidad por el Comité Invisible. Tal como ellos comentan

> la cuestión del territorio no se plantea para el Estado como para nosotros. No se trata de poseerle. De lo que se trata es densificar localmente las comunas, las circulaciones y las solidaridades hasta el punto de que el territorio se vuelva ilegible, opaco a cualquier autoridad. El territorio no es un asunto a ocupar sino de ser (Comité Invisible, 2007: 48).

Otro aporte interesante, ha sido desarrollado por Hakim Bey, quien ha propuesto la construcción de *Zonas Temporalmente Autónomas*, la cual es descrita por el autor como la búsqueda de

> espacios —geográficos, sociales, culturales, imaginarios— con fuerza potencial para florecer como *zonas autónomas*, y buscamos tiempos en los que estos espacios se encuentren relativamente abiertos, bien por desinterés del Estado en ellos, bien porque hayan pasado desapercibidos a los cartógrafos, o por la razón que sea.

Redimensionar el territorio para un proyecto emancipatorio requiere deconstruir la idea de territorio tal como ha sido apropiada hasta ahora como un dominio del Estado. Repensar la idea de territorio requiere, por lo menos, que podamos desnaturalizar y descolonizar la mirada hacia la cual se nos ha conducido en el discurso estatal, que evoca el territorio, la región y los paisajes como formas espaciales que permiten delimitaciones sobre las cuales se sustenta su poder físico y simbólico. Asimismo, requiere reconocer como otras formas de institucionalización de poder operan a través del control territorial.

Desnaturalizar la mirada requiere que cuestionemos las formas de representación y significación que se nos ha impuesto por parte del pensamiento hegemónico y que hemos asumido como dogmas sin mayor cuestionamiento. Descolonizar el pensamiento demanda deshacernos de las representaciones coloniales fundadas en el pensamiento eurocéntrico y/o norteamericano, buscar en nuestros espacios y en su memoria los saberes propios que surgen desde lo local. Esto significa construir un conocimiento situado.

Es por esto que, más allá de constituir un modelo único para una propuesta territorial anarquista, es posible proponer la construcción de múltiples experiencias situadas espacio-temporalmente, acordes a los contextos en los cuales estamos insertos. Lejos de la representación espacial única, hegemónica, cerrada, existe la posibilidad de plantear que existen tantas formas de representaciones del espacio y del tiempo, como personas en el mundo hay. Los discursos no son únicos, ni cerrados, los conceptos no son neutros, sino por el contrario, estos surgen a partir de su apropiación y significación por parte de los grupos sociales hacen de ellos. En este sentido, es posible plantear también el desarrollo de una epistemología geográfica anarquista que nos permita criticar los conceptos fijos con los cuales abordamos la realidad, para redimensio-

nar el significado de las palabras, deconstruyendo toda posibilidad de discurso hegemónico y autoritario que coarte las posibilidades de un proyecto emancipatorio que implique alcanzar la libertad plena de la sociedad.

Ante tal horizonte, el anarquismo, a lo largo de su historia, ha fundamentado gran parte de su apreciación teórica, sin embargo, existe en la práctica misma de las comunidades una realidad ontológica que nos relata el modo en que se desenvuelve una realidad libertaria.

Conclusiones

Las ideas hasta aquí expuestas permiten afirmar la pregunta que se realizaba al inicio: hoy es fundamental repensar el anarquismo en clave territorial. El territorio es resultado y a la vez condición de procesos políticos impulsados por actores que despliegan múltiples estrategias de poder, por lo tanto, mediante su análisis es posible develar el modo en que las prácticas autoritarias se han acumulado en él a lo largo del tiempo. Explorar esta dimensión nos enfrenta a un gran desafío en el contexto de un mundo desterritoralizado por el progreso geotecnológico del capitalismo, y que ha tendido reterritorializarse en nuevas y múltiples formas de poder.

Frente a este desafío, es posible argumentar algunos aspectos que pueden ser interesantes para repensar el anarquismo en términos territoriales.

Primero, cuando revisitamos los autores clásicos que vincularon el anarquismo y el pensamiento geográfico, debemos tomar algunas precauciones al leer sus obras, debemos explorar en ellas las categorías epistemológicas centrales que forman parte de su pensamiento, y a partir de las cuales podemos poner en práctica el análisis de la realidad social y territorial actual.

Segundo, no solo es necesario volver a leer a los clásicos, sino que situarlos y situarnos espacio-temporalmente, en nuestro caso en la experiencia de América Latina, para renovar nuestras lecturas. En este sentido, es necesario no solo rescatar la tradición del pensamiento geográfico anarquista, sino ir mucho más allá de las ideas que estos autores nos han legado. Esto será posible solo en la medida en que nos lancemos a la búsqueda de las formas ontológicas en las cuales el anarquismo se ha desplegado en América latina, como una práctica socioespacial, en las zonas rurales por pueblos originarios y por campesinos, así como también en las zonas urbanas por los proyectos que intentan generar espacios autónomos. Desde aquellos lugares, podremos nutrir las experiencias y encontrar posibilidades de actualización de las categorías de análisis espacial del anarquismo, con conceptos vivos, que hoy forman parte de las luchas de los movimientos sociales, como autonomía, territorio y libertad.

El llamado es nuevamente a explorar en el cotidiano de los lugares en los que vivimos, observar y analizar el modo en que existen prácticas libertarias y espacios de autonomía, para a partir de esta realidad ontológica construir las bases para un nuevo anarquismo.

Bibliografía

Bookchin, M. (2006): *Seis tesis sobre municipalismo libertario*, Tierra de Fuego, Islas Canarias.

Breitbart, M. (1989): «Impresiones de un paisaje anarquista», en *Anarquismo y Geografía*, (pp. 29-50), Oikos-tau, Barcelona.

Comité Invisible (2007): *La insurrección que llega*, La fabrique editions, París.

Chávez, V. A. (visto el 1/08/2013): *Principios de geopolítica y su aplicación al caso peruano*, en http://www.oocities.org/ espanol/andresavelinocaceres/paginas/13punto_ de_vista/PDF/13punto001.pdf

Haesbaert, R. (2004): *O mito da desterritorialização: do fim dos territorío à multiterritorialidade*, Bertand Brasil, Río de Janeiro.

— (2002): *Territórios Alternativos*, Contexto/EdUFF, Sao Paulo.

Haesbaert, R. y Porto-Goncalvez, C. W. (2006): *A nova des-ordem mundial*, Editora UNESP, Sao Paulo.

Hiernaux, D. (2003): «Eliseo Reclus y la formación del pensamiento geográfico decimonónico», en Vincent Berdoulay y Héctor Mendoza Vargas (eds.): *Unidad y diversidad del pensamiento geográfico en el mundo. Retos y perspectivas* (pp. 271-287), Universidad Nacional de México, México D.F.

Ferretti, F. y Pelletier, P. (2013): «Indígenas do universo: espaço, dominação e práticas de libertação social na obra dos geógrafos anarquistas Elisée Reclus, Piotr Kropotkin e Léon Metchnikoff», *Revista Territorio Autonomo/ReKro*, (2): 5-17.

Foucault, M. (1988): «El Sujeto y el poder», *Revista Mexicana de Sociología*, 50 (3): pp. 3-20.

Kropotkin, P. (1989): «Lo que debe ser la geografía», en *Anarquismo y Geografía*, (pp. 51-76), Oikos-tau, Barcelona.

Lacoste, Y. (1990): *La geografía un arma para la guerra* (3.ª ed.), Anagrama, Barcelona.

Mansilla, P. (2011): «De la racionalidad cartográfica de la escala a las políticas de escala en el proceso de restructuración metropolitano», *Revista Espacios*, (1): 53-65.

Peet, R. (1989): «La geografía de la liberación humana», en *Anarquismo y Geografía*, (pp. 329-372), Oikos-tau, Barcelona.
Raffestin, C. (1993): *Por uma geografia do poder*, Editorial Ática, Sao Paulo.
Reclus, E. (1905): *El hombre y la tierra*, Tomo I, Casa editorial Maucci, Barcelona.
Saquet, M. A. (2010): *Abordagens e concepções de territorio* (2.ª ed.), Expressão Popular, Sao Paulo.
Santos, M. (2006): *A Natureza do Espaço: Técnica e Tempo, Razão e Emoção* (4a ed.), Editora da Universidade de São Paulo, Sao Paulo.
Ward, C. (2009 [visto el 5/08/2013]): *La ciudad anárquica*, en http://grupodeestudiosgomezrojas.files.wordpress. com/2009/10/la-ciudad-anc3a11rquica-por-colin-

LA NATURALEZA DOMINANTE DE LOS ESPACIOS ECONÓMICOS HETERODOXOS EN LOS TIEMPOS DE LA CRISIS NEOLIBERAL

Hacia un Futuro «Postneoliberal» Anarquista

Richard J. White y Colin C. Williams

(2012)

Es evidente que las instituciones económicas cuyo control de la producción y del intercambio está lejos de dar a la sociedad la prosperidad que supuestamente han de garantizar, consiguen precisamente el resultado contrario. En lugar de orden, dan lugar al caos; en lugar de prosperidad, pobreza e inseguridad; en lugar de conciliar intereses, traen guerra; una guerra perpetua del explotador contra el trabajador y de explotadores y trabajadores entre ellos mismos. Cansada de estas guerras, cansada de las miserias que causan, la sociedad se apresura en la búsqueda de una nueva organización (Piotr Kropotkin, 2002 [1880]: 36).

Una sociedad anarquista, una sociedad que se organiza a sí misma sin autoridad, existe siempre, como una semilla bajo la nieve (Colin Ward, 1982: 14).

Introducción

Una vez más nos encontramos siendo testigos de otra crisis del liberalismo (Castree, 2010; Hart, 2010; Wade, 2010). Una crisis que, como mínimo, apunta a que «el proyecto del libre mercado está contra las cuerdas» (Peck, Theodore y Brenner, 2010: 94) y, quizás incluso, a que «el sistema capitalista global se aproxima a un apocalíptico punto cero» (Žižek, 2011: x). A pesar de ello, la tesis de la mercantilización, la cual afirma que «el mercado se va haciendo más poderoso, expansivo, hegemónico y totalizador según va penetrando más profundamente en todos y cada uno de los rincones de la vida económica» (Williams, 2005: 1), continúa ejerciendo una poderosa y popular influencia en el pensamiento y práctica económicos dominantes (Cahill, 1989; Shiva, 2005).

El argumento central de este trabajo es que para avanzar con determinación hacia un futuro (anarquista) *postneoliberal*, es necesario criticar radicalmente la fe ciega otorgada al modelo económico neoliberal. Como observó Fournier (2008: 534), «liberarse de la economía es cuestión tanto de descolonizar la imaginación como de adoptar nuevas prácticas». Las estrategias para el cambio económico, para tener éxito,

deben dirigirse simultáneamente tanto a la práctica económica como a la imaginación económica. Poner el foco en una, pero no en la otra, sería irracional dada su relación complementaria. Así lo argumentan Hardt y Negri (2001: 386-387):

> El absurdo carácter natural del capitalismo es una pura y simple mistificación y debemos desengañarnos de ello de inmediato. La ilusión sobre el carácter natural del capitalismo y la radicalidad de los límites mantienen, en realidad, una relación de complementariedad. Su complicidad se expresa en una agotadora impotencia.

Para comprobarlo, este estudio se identifica estrechamente con el conjunto de trabajos de geografía económica y campos afines, que poniendo su atención en el espacio, el lugar y la diferencia, rechaza la tendencia al formalismo y a la homogeneidad, inherentes a la economía ortodoxa, y ha comenzado a teorizar sobre la prolífica naturaleza de la vida económica (Leyshon, 2005: 860). Durante los últimos 20 años, esta revisión ha conseguido una influencia significativa tanto en geografía como en otros enfoques radicales de *lo económico* mediante la conceptualización, la recogida de datos y la comprensión de los ricos, complejos, múltiples y *heterogéneos* panoramas económicos de la sociedad contemporánea (Burns, Williams y Windebank, 2004; Leyshon, Lee y Williams, 2003; Samers, 2005; Williams, 2005, 2007, 2011). Una de las iniciativas más admirables para descentrar el capitalismo y desarrollar proyectos transformadores de desarrollo no capitalista ha sido el trabajo de Gibson-Graham (1996, 2006a, 2006b). A ello hay que añadir: la realización de campañas complementarias ecofeministas para reconocer el valor del trabajo no pagado (por ejemplo, Benston, 1969; England, 1996; Katz y Monk, 1993; McDowell, 1983; McMahaon, 1996); desentrañar la naturaleza del intercambio económico para replantear la naturaleza social de la economía (por ejemplo Crang, 1996; Crewe

y Gregson, 1998; White, 2009); los esfuerzos para poner de relieve los espacios de consumo no tradicionales ignorados, como comercios minoristas alternativos (Crewe, Gregson y Brooks, 2003); mercadillos (Soiffer y Hermann, 1987) y rastrillos caseros (Gregson y Crewe, 2002, 2003), tiendas de beneficencia (Williams y Paddock, 2003); y monedas locales (Cahn 2000; Lee 1996; North 1996). Este compromiso radical para replantear los enfoques ortodoxos neoliberales de *lo económico* ha desembocado en la identificación y representación de múltiples y heterogéneas vías de conceptualización, representación, significación y materialización económicas. Ello, a su vez, se ha traducido en panoramas económicos contemporáneos emergentes mucho más enriquecedores, en los que el modo de producción capitalista se ve como altamente desigual e incompleto.

Este trabajo, además, al abordar críticamente la tesis de la mercantilización, revela las representaciones engañosas de la economía por parte de las interpretaciones económicas ortodoxas (neoliberales). Basándose en la evidencia empírica de una selección de economías occidentales (las centrales de la mercantilización), trae a primer plano una serie de prácticas de nuestros panoramas económicos contemporáneos dinámicas, creativas, heterodoxas y desmercantilizadas. Fundamentalmente, sostiene que muchas de estas prácticas están orientadas ideológicamente a visiones de base anarquista del trabajo y de la organización y analiza las implicaciones de este reconocimiento del pensamiento y práctica anarquistas. Con ello, su intención es reconsiderar posibilidades futuras de trabajo y organización.

En un momento en el que la praxis anarquista está una vez más aumentando su importancia como movilizador sociopolítico, tanto en la academia como fuera de ella, este trabajo plantea que muchas prácticas económicas desmercantilizadas que ocupan roles dominantes en

la producción, el intercambio y el consumo, son las mismas formas de relaciones económicas no capitalistas propuestas desde hace tiempo por las perspectivas anarquistas clásicas del trabajo y la organización. Una de las implicaciones importantes para el anarquismo es mostrar que las visiones postneoliberales basadas en el pensamiento y praxis anarquistas están lejos de ser utópicas; de hecho, están profundamente enraizadas en la sociedad contemporánea. La meta del anarquismo de construir una utopía concreta e integrar las posibilidades futuras en la praxis actual es crucial, y fue sin duda central en la obra de Piotr Kropotkin, uno de los anarquistas más destacables e influyentes del pasado siglo.

> «En cuanto al método seguido por el pensador anarquista», escribía Kropotkin en 1887, «es completamente diferente al seguido por los utopistas... Estudia la sociedad humana tal cual es ahora y era en el pasado... Intenta descubrir sus tendencias, pasadas y presentes, sus necesidades crecientes, intelectuales y económicas, y, según su ideal, simplemente apunta en qué dirección evoluciona» (Cleaver 1994: 120).

La sección inicial del estudio se centrará en el conjunto de literatura económica crítica que ha tratado de establecer el mapa de los límites del capitalismo y promover una lectura heterodoxa de *lo económico*. Continuará con un análisis de cómo la conclusión clave resultante de dicha lectura crítica de la economía está en consonancia con las perspectivas de inspiración anarquista del compromiso humano, el trabajo y la organización. Tras ello, se proporcionará evidencia empírica de la pluralidad de prácticas económicas reales en las sociedades occidentales. Lo cual se logrará tanto en lo que se refiere al ámbito internacional (usando estudios de distribución del tiempo) como al intranacional (mediante una encuesta sobre prácticas de trabajo doméstico llevada

a cabo en una selección de poblaciones británicas) con el fin de comprobar a escala humana la omnipresencia actual de la diversidad y la diferencia en los hábitos de subsistencia para abrir el futuro a una alternativa a la hegemonía neoliberal. Tras evaluar las razones de la generalización de estos espacios económicos desmercantilizados en el mundo occidental contemporáneo, surgirán algunas propuestas provisionales de prácticas económicas y de imaginación económica sobre cómo desarrollar un futuro anarquista del trabajo y la organización. Cabe destacar que dichas propuestas participan tanto de las prácticas como de la imaginación económicas. La esperanza es que esto promueva seguir debatiendo sobre (y la búsqueda de) la mejor manera de colaborar en la construcción visible de un futuro anarquista desmercantilizado basado en el mutualismo, el pluralismo y formas autónomas de organización y representación.

La economía anarquista y la generalización de los espacios económicos heterodoxos en la sociedad occidental contemporánea

La naturaleza y significado del anarquismo

A pesar de su peculiar, larga y notable historia, el anarquismo ha sido víctima de una maliciosa caracterización y distorsión en los círculos populares (ver Amster *et al.*, 2009). Emma Goldman (1979: 48), por ejemplo, consideraba que había dos objeciones básicas (y equivocadas) al anarquismo:

> Primera, el Anarquismo es impracticable, aunque sea un ideal hermoso. Segunda, el Anarquismo es sinónimo de violencia y destrucción; por lo tanto ha de ser rechazado por vil y peligroso. Tanto el hombre inteligente como la masa ignorante juzgan no por el conocimiento riguroso sobre el tema, sino por rumores y falsas interpretaciones.

Sin embargo, interpretar la *verdadera* naturaleza y significado del anarquismo es tan complicado como lo es definir e identificar una versión *auténtica* del marxismo. Castoriadis planteaba que «hablar de marxismo se ha convertido en una de las tareas más difíciles imaginables... ¿De qué marxismo, de hecho, deberíamos estar hablando?». Con el objeto de conseguir un progreso constructivo, el recurso a las naturalezas y significados (plurales) del anarquismo, habrá que interpretarlo en primer lugar como el compromiso con las raíces históricas del anarquismo clásico y la comprensión del amplio contexto en el que adquirió relevancia.

El surgimiento del anarquismo clásico se sitúa durante finales del siglo XIX y principios del siglo XX. Considerado en este contexto, el ascenso de las ideas y pensamiento *anarquistas* sería visto como la respuesta directa al crecimiento y expansión febril del Estado moderno y del capitalismo industrial (Goodway, 1989). Cabe señalar que la incipiente contribución y el papel del anarquismo a menudo se ha enmarcado con una mención crítica a su relación con el marxismo (ver Guérin, 1989). Por ejemplo, Carter (1989: 177) planteaba que:

> Desde mediados del siglo XIX, el anarquismo y el marxismo han rivalizado sin descanso por las mentes de la izquierda. La mayor fortaleza de la teoría anarquista ha correspondido con la más obvia debilidad del marxismo, especialmente la predicción (acertada en el caso del anarquismo y desafortunada en el caso del marxismo) sobre la naturaleza de la sociedad postcapitalista puesta en marcha por un partido revolucionario al tomar el control del Estado.

A muchos niveles, el germen de la(s) naturaleza(s) controvertidas del anarquismo y el marxismo, se pueden encontrar tras las difíciles relaciones que tuvieron lugar entre Pierrre-Joseph Proudhon (el primero en invocar la palabra *an-arquía*), Mijail Bakunin y Karl Marx. Como Kenafick (1990: 10) observó:

> Bakunin tuvo muchas discusiones con Marx... y aunque muy impresionado por la real genialidad, erudición y celo revolucionario del pensador alemán, le repelían su arrogancia, egotismo y celos. Pero en el periodo de los primeros años de la década de 1840, sus diferencias todavía no habían madurado y, sin duda, Bakunin aprendió bastante de la doctrina del materialismo histórico de Marx, elemento muy importante en la obra de ambos pensadores socialistas.

Lo ocurrido en el Congreso Internacional de la Haya de 1872 a menudo se cita como el momento decisivo en la enconada escisión que ha inspirado las, a menudo, (amargas) relaciones entre el anarquismo y el marxismo, ya que fue allí que:

> El encuentro... fue *preparado* por los marxistas de una manera que se hizo posteriormente muy habitual en las tácticas *comunistas*. Las también habituales tácticas de la difamación fueron aplicadas por Marx, para su eterno descrédito, y Bakunin y su más estrecho amigo y colaborador, James Guillaume, fueron expulsados de la Internacional (Kenafick, 1990: 14).

El posterior impulso y desarrollo del pensamiento anarquista al pensamiento y acción, es en muchos sentidos un testimonio de su atractivo proteo y plural. Tal y como afirma Marshall (1993: 3):

> Sería engañoso ofrecer una definición única de anarquismo, ya que por su propia naturaleza es antidogmático. No ofrece un cuerpo determinado de doctrina basado en una única visión del mundo. Es una filosofía compleja y sutil que abraza muchas y diferentes corrientes de pensamiento y estrategia. En realidad, el anarquismo es como un río con muchas corrientes y remolinos, constantemente cambiando y refrescado por nuevos oleajes, pero moviéndose siempre hacia el amplío océano de la libertad.

McKay (2008:18) hace otra observación crucial al sostener que el anarquismo es:

> Una teoría socioeconómica y política, pero no una ideología. La diferencia es muy importante. Básicamente, una teoría significa que tienes ideas; una ideología implica que las ideas te tienen a ti. El anarquismo es un conjunto de ideas, pero estas son flexibles y en un estado de evolución y flujo constante, y abiertas a ser modificadas a la luz de nuevos datos. Al cambiar y desarrollarse la sociedad, el anarquismo cambia.

Es importante que cualquier comprensión sobre el anarquismo no ponga demasiado énfasis en la creencia (general) de que el anarquismo es simplemente *antigobierno*. Al recurrir a sus raíces etimológicas para obtener una definición, el desajuste es aquí evidente:

> Lo que nos preocupa, en términos de definición, es un grupo de obras que a su vez representa un cúmulo de doctrinas y actitudes cuyo principal rasgo de unión es la creencia de que el gobierno es perjudicial e innecesario. Hay una doble raíz griega implicada: la palabra *archon*, que significa *gobernante*, y el prefijo *an*, que indica *sin*; por tanto, *anarquía* significa *el estado de estar sin gobernante*. Por derivación, el anarquismo es la doctrina que defiende que el gobierno es la fuente de la mayoría de nuestros problemas sociales y que hay formas alternativas y viables de organización voluntaria. Y, siguiendo con las definiciones, anarquista sería el hombre (sic) que pretende crear una sociedad sin gobierno (Woodcock, 1986: 11).

Un conocimiento más matizado y crítico del anarquismo reconocería adecuadamente que el pensamiento anarquista se ha movilizado no solo en torno a la oposición al Estado y al capitalismo, sino en oposición a toda forma de autoridad y, en consecuencia, a toda forma de dominación. Este planteamiento aparece bien recogido aquí por Goodway (1989: 2):

> Los anarquistas han identificado tradicionalmente los principales problemas sociales, económicos y políticos como integrados por el capitalismo, la desigualdad (incluida la dominación de los hombres sobre las mujeres), la represión sexual, el militarismo, la guerra, la autoridad y el Estado. Se han opuesto al parlamentarismo, es decir, a la democracia liberal o burguesa, y a la participación en instituciones representativas, como vías para rectificar dichas lacras.

Solo a través del reconocimiento de tales diversidad e intersecciones críticas se puede comenzar a apreciar la riqueza y diversidad de los movimientos considerados *anarquistas*, incluyendo el anarcocomunismo, el anarquismo individualista, el anarquismo colectivista, el anarcosindicalismo, el anarquismo pacifista y el anarquismo cristiano. Tal y como plantea Goodway (1989: 2), esto contribuye a explicar «el surgimiento de variedades más recientes de propaganda anarquista, (como) el anarquismo verde o el anarcofeminismo. Al igual que aquellos que creen que la liberación animal es un factor de la liberación humana, ellos defienden que la única ideología coherente con sus objetivos es el anarquismo».

Sin embargo, y a pesar de las muchas ventajas de mantener un enfoque inclusivo del anarquismo, ello ha tenido imprevistas e indeseadas consecuencias. Por ejemplo, al incluir cualquier forma de antiautoritarismo como manifiestamente *anarquista*, lo que ha llevado a la apropiación indebida del ideal anarquista, como es evidente en los debates en torno a noción oximorónica de *anarco*capitalismo, entre otros (ver McKay, 2008: sección F). Los intentos de abordar cualquier interpretación extremadamente inclusiva han de tener cuidado de no ir demasiado lejos. Esa es la acusación desarrollada contra Walt y Schmidt (2009), quienes al plantear que el anarquismo de lucha de clases (sindicalismo) es la única expresión coherente del anarquismo, como consecuencia,

excluían a figuras luminarias como Godwin, Stirner, Proudhon, Tucker y Tolstoi de la tradición anarquista.

Para comprender mejor la naturaleza del anarquismo, ha de hacerse un esfuerzo por determinar también aquello que apoya y no solo a lo que se opone. Goodway (1989: 2-3), por ejemplo, afirma que:

> Lo que los anarquistas defienden es el igualitarismo, la cooperación (apoyo mutuo), el control por los trabajadores (autogestión), el individualismo, la libertad y la descentralización completa (organización de abajo a arriba). Como medios, proponen la acción directa (espontaneidad) y la democracia directa (donde sea posible, ya que son ultrademocráticos, apoyando la delegación frente a la representación).

Centrándose en la economía anarquista, Cahill (1989: 244) sostiene que «la economía del anarquismo debe ser (1) descentralizada, (2) igualitaria, (3) autogestionada y emancipadora, (4) basada en necesidades locales y (5) apoyada por otras unidades autónomas de forma no jerárquica».

Finalmente, McKay (2008: 21) pone acertadamente la atención en el hecho de que el anarquismo es y siempre ha sido:

> Algo más que un simple método de análisis o una perspectiva de una sociedad mejor. Además, se ha basado en la lucha, la lucha de los oprimidos por su libertad. En otras palabras, provee de medios para construir un nuevo sistema basado en las necesidades de las personas, no en el poder, y que antepone el planeta al lucro.

Asimismo, Bookchin (1989: 274) considera que «en sus mejores momentos, el anarquismo fue siempre un movimiento popular, además de un conjunto de ideas y perspectivas».

En definitiva, al abordar la naturaleza y significado del anarquismo, es imperativo no reducir el anarquismo

> Al simple uso de la palabra *anarquismo*, sino que debería más bien destacar y plantear las relaciones sociales basadas en la cooperación, la autodeterminación y la negación de roles jerárquicos. Desde esa perspectiva, se puede encontrar una tradición de pensamiento y organización sociales y políticos que, aunque no levante una bandera negra en el aire, es muy útil para expandir el ámbito de las posibilidades humanas en una dirección liberadora (Shukaitis 2009: 170).

Si bien es difícil conseguir definiciones completas, podemos estar seguros de que muchos de los logros que surgen del enfoque de las *economías heterogéneas* tienen mucho que ofrecer a las críticas de orientación anarquista de la economía y la sociedad. Ello incluye la defensa del abandono del discurso económico *capitalocéntrico* (Gibson-Graham, 2006a), de ligeras a profundas lecturas del intercambio económico (White y Williams, 2010; Zelizer, 1997), haciendo hincapié en la cooperación voluntaria y el mutualismo (Burns, Williams y Windebank, 2004; Williams y Windebank, 2001), y comprometiéndose con las geografías económicas complejas presentes en *lo local* (White, 2009). Por otro lado, el deseo de explorar prácticas económicas alternativas no capitalistas en la sociedad contemporánea tiene un importante precedente en el anarquismo y es, sin duda, evidente en todo el amplio conjunto de la obra de Piotr Kropotkin. Como observa Cleaver (1994: 122):

> La obra de Kropotkin fascina no porque nos dé fórmulas para el futuro, sino porque nos muestra cómo descubrir tendencias en el presente que nos proveen de salidas alternativas de la actual crisis y del sistema capitalista. Al haberse desarrollado dicho sistema con el paso de los años desde sus escritos, algunas de las alternativas encontradas por él han sido absorbidas y han dejado de suponer posibles vías de avance. Otras han sobrevivido. Otras,

> inevitablemente, han aparecido. Nuestro problema es reconocerlas, evaluarlas y, allí donde lo encontremos adecuado, apoyar su desarrollo.

Ward (1982: 5), igualmente, afirma que:

> Muchos años intentando ser un propagandista anarquista me han convencido de que nos ganamos a nuestros conciudadanos para las ideas anarquistas, precisamente basándonos en la experiencia compartida de redes de relaciones informales, temporales y autoorganizadas, más que por el rechazo de la sociedad actual en su conjunto y a favor de una sociedad futura en la que un tipo diferente de humanidad vivirá en perfecta armonía.

El estudio se centrará ahora en sacar a la luz estas redes de relaciones informales y autoorganizadas a lo largo del panorama económico contemporáneo.

Antes de ello, es necesario precisar algo. La base central de la evidencia, a continuación, tiene su foco en las economías occidentales, el así llamado *corazón* de nuestro mundo mercantilizado. Al analizarlo desde una perspectiva económica global, este foco geográfico resulta obviamente parcial e incompleto. Sin embargo, tal foco desafía la opinión general sobre la trayectoria natural e inevitable del desarrollo económico. La premisa popular imagina que los panoramas económicos de las economías avanzadas están altamente mercantilizados, y que los espacios desmercantilizados importantes se encuentran principalmente en economías *subdesarrolladas* o en transición del *mundo mayoritario*. Esto es, sin duda, evidente en los enfoques políticos del desarrollo económico global. Por ejemplo la Organización Internacional del Trabajo (OIT, 2008, 2010) bajo el programa de *trabajo digno* ha incluido una exhaustiva investigación sobre el sector informal en América Latina (OIT, 2002a), América Central (OIT, 2002b) y otros países no occi-

dentales para ayudar a activar una transición económica a la *normalización* (OIT, 2007). Sin embargo, el foco sobre las economías occidentales ilustra cómo los espacios desmercantilizados se encuentran todavía en el núcleo (más que en los márgenes) incluso de las economías *avanzadas* y *mercantilizadas*. La conclusión clara es que los espacios desmercantilizados no pueden ser caracterizados como «el simple vestigio de un pasado en desaparición [o como] transitorio o provisional» (Latouche, 1993: 49), situado en la considerada periferia o márgenes del panorama económico global, sino que persiste en el mismo corazón de nuestro mundo mercantilizado.

Tipologías Económicas

Dada la riqueza y complejidad del intercambio económico en la sociedad, parte del cual ha sido captado memorablemente en el modelo de *economía iceberg* de Gibson-Graham (2006b: 70), cualquier intento de conceptualizar la(s) relación(es) entre los diferentes tipos de espacios económicos será inevitablemente burdo en su desempeño.[11] Reconocido esto, las representaciones económicas se han hecho cada vez más matizadas con la esperanza de recoger la diversidad de la práctica económica vital. Uno de los más prometedores es el uso del enfoque de la organización social total del trabajo (TSOL, por sus siglas en inglés), diseñado para recoger la multiplicidad de prácticas laborales existentes en un espectro horizontal, que va de las prácticas de trabajo formales a las informales, combinadas con un espectro vertical que se desplaza de las prácticas completamente monetizadas a las completamente no monetizadas (ver Williams, 2011). Esta representación de

11. Un aspecto relacionado es el importante vacío en la literatura económica heterodoxa concerniente a la falta de intervención de un anarquismo postestructuralista. Este sería otra tarea potencialmente motivadora y valiosa, y que ya ha empezado a tener influencia en otros ámbitos.

diferentes (pero interconectadas) esferas del trabajo (ver la Figura 1)[12] ha tenido gran influencia.

En una lectura ortodoxa (neoliberal) del desarrollo económico, la premisa es que el mundo se está mercantilizando progresivamente (Polanyi, 1944; Scott, 2001) y el trabajo está cada vez más concentrado en empleos formales asalariados en el sector privado. La tesis es que esta esfera se expande a costa del resto de esferas. Sin embargo, cuando se busca la evidencia que corrobore esta gran narrativa de la mercantilización, el «resultado más preocupante y perturbador... es que apenas se pone de manifiesto ninguna prueba por sus partidarios, ni para demostrar que está teniendo lugar un proceso de mercantilización ni al mostrar la amplitud, rapidez o disparidad de su difusión» (Williams 2005: 23). En su lugar, lo que se ha encontrado es lo contrario (ver Tablas 1 y 2).

La persistencia internacional de las prácticas laborales desmercantilizadas

A nivel internacional, los resultados generados por los estudios sobre distribución del tiempo han sido particularmente influyentes (Gershuny, 2000). Como indica la Tabla 1, en el marco de veinte países, se emplea una media del 43,6 % de la jornada laboral en trabajo doméstico no pagado (por ejemplo, trabajo sin contraprestación), lo que pone seriamente en cuestión el alcance de la mercantilización en las economías occidentales llamadas *avanzadas*.

No existen evidencias de que haya habido una transición definida en el tiempo hacia el trabajo mercantilizado ni siquiera hacia transacciones económicas (ver Tabla 2). En realidad, el trabajo asalariado, considerado como porcentaje del tiempo total de trabajo en estos veinte países, está decreciendo con el tiempo.

12. (N. del Ed.) Las figuras y las tablas de datos mencionadas a continuación se pueden encontrar en las pp. 128-134.

Evaluación de la persistencia intranacional de las prácticas laborales desmercantilizadas

Para evaluar la persistencia intranacional de las prácticas laborales desmercantilizadas, se han obtenido datos a partir de 861 entrevistas personales realizadas a lo largo de una serie de localidades inglesas urbanas y rurales, pobres y ricas (ver Williams, 2011). El término *carencia*, tal y como se entiende aquí, está basado en una serie índices (que incluyen niveles de ingresos, empleo, salud, educación, capacitación, vivienda, crimen y medio ambiente) usados por el gobierno británico para elaborar su Índice de Pobreza para clasificar los distritos de Inglaterra en relación unos con otros. Aunque no hay una definición estándar de *vecindario*, se considera generalmente como una escala adecuada para ayudar a centrar la atención en aquellas zonas en que destaca la comparativa pobreza/prosperidad. Estudiando los datos generados por el Índice de Pobreza Múltiple del gobierno británico (ODPM, 2000), se utilizó una muestra de variación máxima para seleccionar localidades entre las clasificadas más alto y más bajo en términos de pobreza múltiple (ver Tabla 3). Las localidades rurales estudiadas, por ejemplo Gimethorpe, St. Blazey y Wigton, tienen mayor proporción de hogares con bajos ingresos, de desempleo y menores niveles de rendimiento escolar que Fulbourn y Chalford.

Las entrevistas realizadas en estas localidades eran semiestructuradas. Tras recopilar los necesarios datos sociodemográficos básicos (edad, género, renta familiar, estatus de empleo, vida laboral), la entrevista se centraba en el tipo de trabajo que un hogar exige para realizar hasta cuarenta y cuatro tareas domésticas.[13] Sobre cada tarea, el entre-

13. Las tareas incluían aspectos del mantenimiento doméstico (pintura exterior, pintura interior, empapelado, enyesado, reparar una ventana rota y reparación de electrodomésticos), reformas en la casa (poner dobles ventanas, fontanería, electricidad, aislamiento, instalación de calefacción central y carpintería), tareas domésticas (tareas

vistado era preguntado si se había llevado a cabo, en ese caso quién la había realizado (y por qué), y si se realizaba pagando o no (y por qué). Posteriormente, sobre las mismas tareas se preguntaba al entrevistado si ellos (u otros miembros de su hogar) las habían realizado para otros hogares y, en ese caso, bajo qué premisas.

La conclusión es que los niveles de participación del trabajo monetizado no son elevados (ver Tabla 4). En la práctica real, menos de una quinta parte de los encuestados en localidades marginadas habían participado en empleos formales pagados durante los doce meses anteriores. En las localidades ricas, esta cifra era mayor, pero aún situada por debajo del 50 % de los encuestados. Es más, cuando estos resultados se combinan con el trabajo sin contraprestación y los intercambios comunitarios informales no monetizados, lo que surge es una realidad económica en la que el trabajo formal en el sector privado es marginal y solo es significativo para una pequeña minoría de la población.

Al centrarnos en las prácticas laborales empleadas en los hogares para completar las tareas investigadas, la Tabla 5 de nuevo sugiere solo una penetración superficial e irregular del mercado laboral formal. Por tanto, en dichas localidades inglesas solo ha tenido lugar una mercantilización limitada. En realidad, únicamente el 16 % de las tareas llevadas a cabo hicieron uso del mercado laboral formal.

Los resultados indican también una permeabilidad irregular del mercado laboral formal y la existencia de culturas de trabajo opuestas

rutinarias, limpieza exterior de ventanas, limpieza general, limpieza interior de ventanas, hacer la compra, lavar ropa y sábanas, planchar, cocinar, fregar los platos, peluquería, administración de la casa), crear y reparar bienes (confeccionar ropa, arreglar ropa, tejer, hacer o reparar muebles, hacer o reparar equipo de jardinería, confeccionar cortinas), mantenimiento del coche (lavado, reparación y mantenimiento del coche), jardinería (cuidado de plantas de interior, parterres exteriores, plantas de exterior, cortar el césped) y cuidados (cuidar niños de día, cuidar niños de noche, actividades educativas, cuidado de mascotas).

entre la población. Por ejemplo, la población con más bajos ingresos está menos monetizada que la de más altos ingresos. Las prácticas laborales en los hogares de poblaciones con más altos ingresos son menos dependientes del intercambio comunitario entre relaciones sociales cercanas (monetizadas y no monetizadas). La autoayuda (la autosuficiencia) es todavía muy predominante y muy poco trabajo se ve provisto en el ámbito del mercado.

Cuando se toman en consideración las variopintas prácticas laborales junto a la evidencia generada por las encuestas sobre empleo del tiempo, la argumentación empírica de la tesis de la mercantilización es débil.

Esta interpretación —que la tesis de la mercantilización es un mito popular— debería servir de inspiración a aquellos que anticipan y abogan por un futuro económico *postneoliberal*. Las implicaciones son considerables y transformadoras. Parafraseando a Community Collective (2001: 3-4):

> Si ya no entendemos el capitalismo como necesariamente expansivo y naturalmente dominante, conservaremos el espacio imaginativo para las alternativas y el fundamento para adoptarlas. Al reconceptualizar la economía de manera diferente, podemos adoptar una economía diferente. Más específicamente, desnaturalizando el dominio capitalista, representamos formas de economía no capitalistas (incluyendo las que podamos valorar y desear) como existentes y emergentes, y como posibles de desarrollar.

Si este debate fomenta algo, será reevaluar las lecturas tradicionales de la economía desde una perspectiva anarquista. El panorama económico en el mundo occidental debería interpretarse más correctamente como un panorama en gran medida no capitalista compuesto de una pluralidad económica, en el que las relaciones están a menudo integradas en

prácticas no mercantilizadas como el apoyo mutuo, la reciprocidad, la cooperación y la inclusión.

Esto suscita una pregunta importante: «¿Por qué son tan omnipresentes los espacios no mercantilizados?». Y esta es la cuestión que las lecturas anarquistas (clásicas) sobre la naturaleza de los humanos y su relación con otros están particularmente bien desarrolladas para contestar. El escaso volumen de investigación que ha explorado explícitamente esta cuestión menciona varias razones clave para su persistencia. Por ejemplo, Williams y Windebank (2001), cree que las principales motivaciones para el desarrollo de prácticas no mercantilizadas son la necesidad económica, facilidad, preferencia y comodidad.

Al comparar los vecindarios de Sheffield y Southampton con las rentas más altas y más bajas en un estudio británico, Burns, Williams y Windebank (2004: capítulo 3) concluyeron que la necesidad económica era la razón primordial por la que los vecindarios urbanos con rentas más bajas participaban en dicha forma de actividad, citada por el 44 % de los encuestados. En el caso de los hogares con las rentas más altas suponía solo el 10 % de las tareas no mercantillizadas, siendo otras razones no económicas como facilidad, preferencia y comodidad las situadas en primer plano. El 37 % de los vecindarios de renta más alta y el 18 % de los vecindarios de renta más baja utilizaban prácticas desmercantilizadas por ser estas más fáciles que contactar y emplear trabajo formal del sector privado.

Por otra parte, las familias preferían utilizar prácticas desmercantilizadas porque las tareas serían realizadas con mayor calidad y/o serían más personalizadas que si recurrieran al trabajo mercantilizado. Esta preferencia estaba muy unida al hecho de preferir las prácticas desmercantilizadas por suponer una experiencia más agradable (la justificación para el 32 % de las tareas no mercantilizadas en vecindarios

ricos y el 14 % en vecindarios pobres) (Burns, Williams y Windebank, 2004: 57-58). Participar en proyectos de bricolaje (como decoración u otras tareas de mejora de la casa) era algo particularmente valorado y gratificante. Por supuesto este sencillo placer de llevar a cabo tareas no rutinarias, en oposición al trabajo formal, ha sido señalado en numerosos escritos anarquistas. Así Ward (1982: 95) apuntaba:

> (Un hombre o una mujer) disfruta yendo a casa a cavar en el jardín porque está libre de capataces, directores y jefes. Está libre de la monotonía y la esclavitud de hacer lo mismo cada día, y tiene el control de todo el trabajo de principio a fin. Es libre de decidir por sí mismo cómo y cuándo llevarlo a cabo. Es responsable ante sí mismo y ante nadie más. Trabaja porque quiere y no porque debe. Va a su ritmo. Él es su propio amo.

El espíritu de este argumento también ha sido reflejado por Berkmann (1986 [1929]: 336):

> La necesidad de actividad es uno de los deseos más básicos del hombre. Observa a un niño y mira lo fuerte que es su instinto de acción, de movimiento, de hacer algo. Fuerte y continuo. Lo mismo ocurre con el hombre saludable. Su energía y vitalidad exigen expresarse. Permitidle realizar un trabajo de su elección, aquello que le gusta, y su dedicación no conocerá ni fatiga ni vagancia. Esto se puede observar en la fábrica cuando tiene la suerte de disponer de un jardín o un pedazo de tierra para cultivar flores o verduras.

Ante este conjunto de pruebas, ¿qué se puede impulsar de manera significativa y constructiva para ayudar a informar las discusiones y el debate interesados en aprovechar un futuro postneoliberal anarquista?

Hacia un futuro postneoliberal Anarquista

¿Y si nuestro futuro recayera, en realidad, no en un puñado de tecnócratas apretando botones para apoyarnos al resto de

nosotros, si no en una multitud de pequeñas actividades realizadas por individuos o grupos, cada uno a su ritmo? ¿Y si la única recuperación económica plausible consistiera en gente recogiéndose a sí misma de los deshechos industriales, o rechazando su hueco en el sistema microtecnológico, y construyendo su propio lugar en el mundo de necesidades normales y su propia satisfacción? ¿No tendría eso algo que ver con el anarquismo? (Ward, 1982: 13).

El análisis arriba descrito ha reafirmado la centralidad de los espacios desmercantilizados en una época de crisis económica neoliberal. Muchas formas alternativas de cooperación social y maneras de ser no solo perduran en el mundo contemporáneo, sino que ocupan un lugar central en muchas prácticas de subsistencia de familias y comunidades. Además, muchas de estas prácticas son capacitadoras y deseables, ya que son utilizadas por elección y no por necesidad económica. Cabe esperar que esto alentará las perspectivas de base anarquista de futuros *postneoliberales* a imponerse con seguridad desde el interior de estos panoramas económicos vigentes, y ayudará a establecer un puente firme entre el mundo contemporáneo y el mundo futuro (*postneoliberal*). Esta conexión entre «lo que es» y «lo que podría ser» es de gran importancia por muchas razones, pero especialmente porque: «El problema de trascender el capitalismo es la búsqueda del futuro en el presente, la identificación de actividades ya existentes que encarnan nuevas formas alternativas de cooperación social y maneras de ser» (Cleaver, 1994: 129).

Esto nos lleva a una importante consideración: «¿Cómo sería vivir en un mundo dominado cada vez más por las economías doméstica y sumergida, y menos por la economía formal?» (Ward, 1982: 13). ¿Qué posibles nuevos o alternativos espacios *criptoeconómico-anarquistas* podrían surgir de modos diferentes de compromiso, intercambio y par-

ticipación? Tomando esta pregunta como punto de partida, nos ponemos manos a la obra.

Posibilitar que surjan y prosperen los espacios *criptoeconómicos*

Al buscar desvelar la pluralidad económica, este estudio ha comenzado a socavar gravemente la tesis de la mercantilización. Existen amplias extensiones de espacios desmercantilizados de producción, intercambio y consumo, tanto en comunidades con rentas altas como con rentas bajas. Esto abre vías económicas alternativas para caminar con determinación hacia una sociedad *postcapitalista*.

Resulta crucial, sin embargo, que los intentos de esbozar qué espacios criptoeconómicos son posibles, o deseables, eviten conscientemente la tentación de imponer, innecesariamente, una interpretación demasiado limitada, única o *la mejor*, de cómo debería ser el futuro económico. En realidad, los enfoques plurales, diversos y heterodoxos del futuro deberían ser alentados y adoptados sin dudarlo. Tal y como Baldelli (1972: 82) afirma:

> En una sociedad anarquista habría libertad real, libertad como poder, pero solo en asociación con otros, y no sobre o contra ellos. Solo hay un camino para dejar sin poder a un individuo contra la sociedad, y es una pluralidad de sociedades dentro de la sociedad y una pluralidad de poderes dentro o como complemento a cada sociedad. Esta doble pluralidad debería facilitar un amplio espacio a cada individuo para elegir entre una considerable variedad de destinos posibles.

Con este fin, y enmarcado claramente en la tradición anarquista, nos gustaría indicar un doble enfoque complementario que permitirá surgir y prosperar espacios *criptoeconómicos*. El primero hace referencia al papel de la educación y el segundo se centra en las barreras sociales y estructurales a la participación en prácticas desmercantilizadas.

Liberando la educación

Desde la polémica de William Godwin (1986 [1793]) sobre los males de la educación nacional hasta hoy, los anarquistas y otros pensadores disidentes, de entre los cuales podríamos destacar a Freire (1972) y a Illich (1971), han dedicado mucha atención al rol de las escuelas (controladas por el Estado) y la educación. Tal y como Ward (1982: 79) afirma: «La función de la educación, en última instancia, es perpetuar la sociedad: es la función social. La sociedad garantiza su futuro criando a sus niños a su propia imagen». En un nivel básico, fomentar el reconocimiento y desarrollo de espacios *criptoeconómicos* depende de la habilidad de la sociedad contemporánea de liberarse a sí misma de la camisa de fuerza actual del pensamiento y del discurso económicos neoliberales, y en su lugar buscar la inspiración que le posibilite prever múltiples posibilidades para un futuro *postneoliberal*. La educación, se convierte así —como siempre— en una clave fundamental, no solo para inspirar un mayor pensamiento crítico y compromiso, sino para colaborar con la economía heterodoxa, pero también introduciendo esta en marcos políticos más amplios. Sin duda, la educación, tanto la obligatoria como la superior, debe prestar gran consideración a cómo incorporar mejor estos más amplios marcos políticos y económicos de referencia e interpretación.

Sostenemos fuertemente que el elemento central de la geografía debe, a todos los niveles, volver a sus raíces anarquistas una vez más, dedicar recursos no solo a desmitificar la tradición anarquista, pero también, cuando sea pertinente y posible, comprometerse directamente con los (nuevos) retos y críticas que el anarquismo ensalza como una ideología política y social. Los estudios anarquistas deben procurar ser, en palabras de Shukaitis (2009: 169), «algo más que el estudio del anarquismo y los anarquistas por anarquistas, que va tejiendo una red de

autorreferencialidad y recordando las hazañas e ideas de machos barbudos europeos del s. XIX».

Pepper (1988: 339-340) sugiere dos caminos para introducir el tema del anarquismo en las clases de Geografía:

> Primero, se podría informar a los alumnos de algunos de los principios que subyacen a varias formas del anarquismo (por ejemplo: descentralización, autosuficiencia, antiespecialización, antiurbano/prorural, igualitarismo).

De hecho, la crisis, tanto de la economía como del Estado neoliberales, exige que se asuma la necesidad de radicalizar y de repensar los enfoques en dichos ámbitos, y que se critiquen, expongan y rechacen firmemente la moda actual del «aquí no ha pasado nada» o la petición oximorónica del *capitalismo sostenible*. Como Pepper (1988: 350) sostiene, para conseguir que los niños consideren críticamente el panorama contemporáneo (económico, social, político) debería:

> Destetar a los estudiantes del *ahistoricismo*, es decir, de la preocupante tendencia a ver el futuro como inevitable —es decir, *ultracondicionado* por el presente— y solo imaginable en términos de extrapolación de hipótesis actuales (sobre gigantismo, capitalismo, determinismo tecnológico, etc.).

Es importante señalar, respecto a la economía, que la base de pruebas presentada aquí —elaborada constructivamente sobre intervenciones e interpretaciones críticas de otros economistas disidentes/heterodoxos— sirve como otro excelente punto de debate y desviación del dogma económico neoliberal tradicional.

Obstáculos a la participación en prácticas no mercantilizadas

Además de influir en los corazones y las mentes mediante la intervención pedagógica como estrategia para garantizar el surgi-

miento y desarrollo espacios *criptoeconómicos*, se ha de poner también mucha atención en abordar las barreras estructurales y sociales a la participación en prácticas laborales desmercantilizadas.

Para construir un mundo *postcapitalista*, se requiere una mayor concienciación sobre las barreras estructurales y sociales que dificultan una mayor participación en prácticas no mercantilizadas. En líneas generales, y basándose de nuevo en una previa investigación en Reino Unido (Burns, Williams y Windebank, 2004; White, 2009; Williams y Windebank, 2001), la naturaleza de dichos obstáculos es irregular y no solo refleja (una combinación de) las carencias de dinero, tiempo, habilidades y de redes sociales de un hogar, sino también varios tabúes sociales como «ser una carga para otros», «falsas esperanzas», «estar aprovechándose de uno» y «ser incapaz de decir *no* a los demás». Es necesario, por tanto, un mayor conocimiento a través de la investigación empírica sobre cómo los individuos pueden existir mejor fuera de la economía monetaria capitalista. Para afrontar con éxito las barreras en el nivel doméstico y de comunidades es deseable un acercamiento sutil y creciente para su comprensión.

Sin duda, debe ponerse en marcha una aproximación holística, delicada y reflexiva, comprometida en encontrar las intersecciones críticas que operan en la sociedad. La mirada anarquista debería seguir centrándose en los centros de producción y reproducción a escala humana (Sale, 1980), incluyendo los principales espacios de la educación, la vivienda, el empleo y la familia en particular. Respecto a la familia, cualquier intervención podría adquirir formas nuevas e impredecibles. Como Ward (1982: 129) dice:

> La vida familiar, basada en la comunidad original, ha desaparecido. Una nueva familia, basada en la comunidad de aspiraciones, tomará su lugar. En esta familia, las personas estarán obligadas a

> conocerse mutuamente, ayudarse mutuamente y a darse la una a la otra apoyo moral en todas las ocasiones.

También es importante poner lo local, la comunidad y el individuo, en el corazón del cambio, un punto señalado por Norberg-Hodge (1992: 181) en su estudio de la sociedad ladakhi:

> El tejido de la sociedad industrial está en amplia medida determinado por la interacción de ciencia, tecnología y un paradigma económico reduccionista, interacción que lleva a una cada vez mayor centralización y especialización. Desde la Revolución industrial, la perspectiva del individuo se ha visto limitada, mientras crecían los centros económicos y políticos. He acabado por convencerme de que es necesario descentralizar nuestras estructuras políticas y económicas y ampliar nuestra aproximación al conocimiento, si queremos encontrar nuestro camino hacia una sociedad más equilibrada y sana. En Ladakh, he visto cómo las estructuras de escala humana nutren lazos íntimos con la tierra y una democracia activa y participativa, a la vez que dan apoyo a comunidades fuertes y vitales, a familias saludables, y un mayor equilibrio entre hombre y mujer. Estas estructuras, a su vez, proporcionan la seguridad necesaria para el bienestar individual y, paradójicamente, el sentimiento de libertad.

Una última reflexión

> El anarquista ve la cuestión del cambio como algo inmediato, no algo que ha de ser pospuesto hasta que se afronten de manera efectiva, pero amoral, las problemas prácticos urgentes (Cahill, 1989: 235).

Que estos numerosos obstáculos aparentemente arraigados pueden ser superados gracias a la acción directa —de gente normal que se hace responsable de cambiar su propia situación— puede ser comprobado en diversos niveles y en muchos lugares. Ciertamente, se ha constatado un gran número de evidencias del crecimiento de buenas

prácticas (de base anarquista) gracias al trabajo desarrollado por geógrafos (radicales), especialmente aquellos centrados en la participación en comunidades autónomas (por ejemplo Pickerill y Chatterton, 2006). No hay ninguna duda de que aún quedan por explorar, o por conocer adecuadamente, nuevas y emocionantes estrategias de resistencia, y no solo del mundo occidental. Este fue un aspecto sobre el que reflexionó a fondo Chatterton (2010: 898), mientras trabajaba con la municipalidad autónoma zapatista de Morelia:

> Comencé a pensar en las luchas y personas inspiradoras que había conocido en el Reino Unido los años anteriores. Gente arrancando cultivos modificados genéticamente, ocupando almacenes para organizar fiestas o bases militares para desmantelar cazas de combate, bloqueando la construcción de carreteras o celebrando fiestas en medio de autopistas. Un ejército silencioso de gente organizando clases de idiomas gratis para migrantes o actos solidarios contra la subida de impuestos, desarrollando *software* de código abierto, *hacklabs* y medios de comunicación alternativos. Bajo las brillantes e inspiradoras luces de la lucha zapatista, yo había comenzado a olvidar toda la gente que continúa la resistencia al neoliberalismo, al punto muerto del fundamentalismo del mercado de consumo y al paternalista peso muerto de la democracia representativa, en un sinfín de incontables formas; a menudo, poniendo en peligro su propia libertad luchando por una sociedad mejor y más igualitaria en la que todos tengan voz sobre cómo construirla.

Los académicos y activistas críticos, por igual, deberían poner todo su corazón e inspiración para que podamos conocer espacios y métodos libres (anarquistas) de organización social y económica desarrollados y *redesarrollados* continuamente en el mundo contemporáneo. Por ello, parecería lógico que cualquier enfoque que parezca buscar futuros económicos *postneoliberales* debería intentar, donde sea posible, ubicar

prácticas desmercantilizadas en estos *nuevos* mundos. Como Burns, Williams y Windebank (2004: 28) observan: «La autoayuda comunitaria no debería ser vista como una disparatada filosofía radical. En gran medida, es lo que ya hacemos ahora». Y aquí es donde reside el problema para los anarquistas, ya que deben comenzar a construir el mundo que como anarquistas querrían, pero han de hacerlo en el mundo tal y como es en la realidad» (Cahill, 1989: 243).

Aparte de las perspectivas anarquistas, es también importante reflexionar y considerar qué estrategias y tácticas usar para promover con éxito una praxis de inspiración anarquista. Este podría suponer el mayor reto. Como Goldman (1979: 48) destacaba: «al ser el innovador más revolucionario e inflexible, el anarquismo debe afrontar las necesidades con la combinación de ignorancia y malicia del mundo que pretende reconstruir». Un avance significativo sería una más amplia reintegración de un revitalizado y reactivado anarquismo en el marco de la teoría y praxis contemporánea de la geografía humana y económica. Resulta decepcionante reflexionar sobre el hecho de que, durante la mayoría del s. XX, el compromiso directo con las ideas y la práctica anarquistas en geografía ha sido desatendido, o ignorado, en favor de otras geografías radicales (críticas, marxistas y feministas, por ejemplo). Como Blunt y Willis (2000: 2) señalan: «Las ideas anarquistas han inspirado un enorme cambio en la disciplina, pero hasta ahora, solo han generado el esbozo de una tradición de conocimiento geográfico y queda mucho margen para seguir trabajando». Si este estudio contribuye de alguna manera a una vuelta a la geografía anarquista, abre nuevas oportunidades y posibilidades para liberar nuestra imaginación económica, ayuda a sugerir vías para ir más allá de los métodos autoritarios de organización social, y a avanzar hacia un futuro *postneoliberal*, entonces habrá conseguido su propósito.

Figura 1
Tipología de prácticas laborales

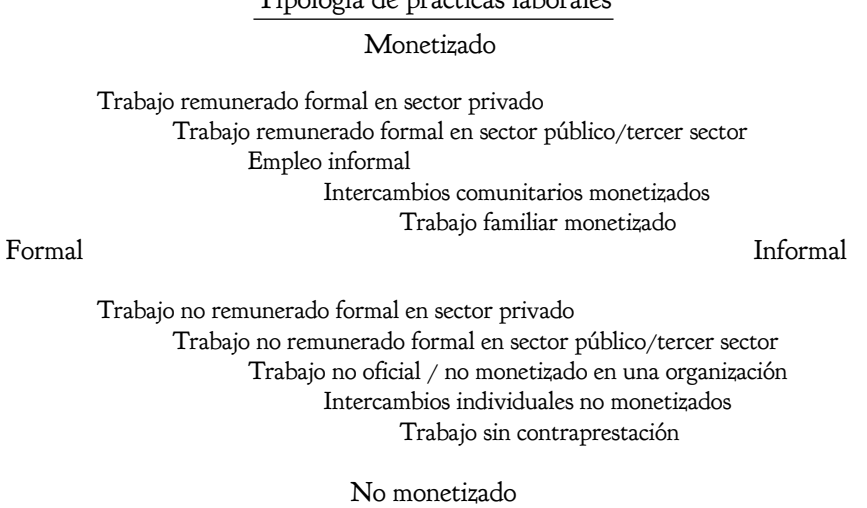


Tabla 1
Distribución del tiempo de trabajo las economías occidentales

País	Trabajo remunerado (minutos al día)	Trabajo sin contraprestación (minutos al día)	Tiempo dedicado al trabajo sin contraprestación en % del total de trabajo
Canadá	293	204	41,0
Dinamarca	283	155	35,3
Francia	297	246	45,3
Holanda	265	209	44,1
Noruega	265	232	46,7
Reino Unido	282	206	42,2
EE. UU.	304	231	43,2
Finlandia	268	216	44,6
20 países	297	230	43,6

Fuente: extraído de Gershuny (2000: Tabla 7.1)

Tabla 2
Trabajo no remunerado y remunerado en % del total de tiempo de trabajo en 20 países, de 1960 a la actualidad

	1960-1973		1974-1984		1985-2000	
País	Minutos/día	Minutos/día % del trabajo total	Minutos/día	Minutos/día % del trabajo total	Minutos/día	Minutos/día % del trabajo total
Trabajo remunerado	309	56,6	285	57,3	293	55,4
Trabajo de subsistencia	237	43,4	212	42,7	235	44,6
	546	100,00	497	100,00	528	100,00

Fuente: extraído de Gershuny (2000: Tabla 7.1)

Tabla 3
Localidades británicas estudiadas

Tipo de localidad	Zona	Número de entrevistas
Rural rica	Fulbourn, Cambridgeshire	70
Rural rica	Chalford, Gloucestershire	70
Rural pobre	Grimethorpe, South Yorkshire	70
Rural pobre	Wigston, Cumbria	70
Rural pobre	St Blazey, Cornwall	70
Zona residencial rica	Fulwood, Sheffield	50
Zona residencial rica	Basset/Chilworth, Southampton	61
Urbana pobre	Manor, Sheffield	100
Urbana pobre	Pitsmoor, Sheffield	100
Urbana pobre	St. Mary's, Southampton	100
Urbana pobre	Hightown, Southampton	100

Tabla 4
Cuotas de participación en prácticas laborales diferentes

% Entrevistados participaron en los últimos 12 meses en:	Urbana pobre	Urbana rica	Rural pobre	Rural rica
Trabajo monetizado				
Trabajo remunerado formal en sector privado	16	48	19	49
Trabajo remunerado formal en sector público/tercer sector	20	27	18	25
Empleo informal	5	7	6	8
Intercambio comunitario monetizado	60	21	63	30
Trabajo familiar monetizado	3	6	2	4
Trabajo no monetizado				
Trabajo no remunerado formal en sector privado	1	2	1	2
Trabajo no remunerado formal en sector público/tercer sector	19	28	21	30
Trabajo no oficial / no monetizado en una organización	2	0	2	1
Intercambios individuales no monetizados	52	70	54	73
Trabajo sin contraprestación	99	100	100	100

Fuente: Encuesta de Colin Williams en localidades inglesas.

Tabla 5
Tipo de prácticas laborales utilizadas para realizar 44 tareas domésticas por tipo de localidad

% Tareas realizadas utilizando:	Urbana pobre	Urbana rica	Rural pobre	Rural rica	Todas las zonas
Trabajo monetizado					
Trabajo remunerado formal en sector privado	12	15	18	22	16
Trabajo remunerado formal en sector público/tercer sector	2	2	2	2	2
Empleo informal	2	8	<1	4	2
Intercambio comunitario monetizado	3	1	4	1	3
Trabajo familiar monetizado	1	<1	1	1	1
Trabajo no monetizado					
Trabajo no remunerado formal en sector privado	<1	0	<1	<1	<1
Trabajo no remunerado formal en sector público/tercer sector	<1	0	<1	0	<1
Trabajo no oficial / no monetizado en una organización	<1	0	<1	0	0
Intercambios individuales no monetizados	4	2	8	7	6
Trabajo sin contraprestación	76	72	67	63	70
Total	100	100	100	100	100
X_2	102,89	29,87	89,76	28,88	-

Nota: $X_2 > 12\,838$ en todos los casos, llevándonos a rechazar H_0 en un intervalo de confianza del 99,5 % ya que no hay variaciones espaciales en las fuentes de trabajo usadas para completar los 44 servicios domésticos.

Fuente: Encuesta de Colin Williams en localidades inglesas.

Bibliografía

Amster, R., Deleon, A., Fernández, L. A., Nocella II, A. J. y Shannon, D. (eds. 2009): *Contemporary Anarchist Studies: An Introductory Anthology of Anarchy in the Academy*, Routledge, Londres.

Baldelli, G. (1972): *Social Anarchism*, Penguin, Harmondsworth.

Benston, M. (1969): «The political economy of women's liberation», *Monthly Review* 21 (4): pp. 13-27.

Berkman, A. (1986 [1929]): «Lazy men and dirty work», en Woodcock G. (ed.): *The Anarchist Reader* (pp. 334-338), Fontana Press, Glasgow.

Blunt, A. y Willis, J. (2000): *Dissident Geographies*, Pearson, Harlow.

Bookchin, M. (1989): «New social movements: the anarchic dimension», en Goodway D. (ed.): *For Anarchism: History, Theory and Practice* (pp. 259-274), Routledge, Londres.

Burns, D., Williams, C. C. y Windebank, J. (2004): *Community Self-Help*, Palgrave, Basingstoke.

Cahill, T. (1989): «Co-operatives and anarchism: A contemporary perspective», en Goodway D. (ed.): *For Anarchism: History, Theory and Practice* (pp. 235-258), Routledge, Londres.

Cahn, E. (2000): *No More Throw-Away People: The Co-operative Imperative*, Essential Books, Washington D.C.

Carter, A. (1989): «Outline of an anarchist theory of history», en Goodway, D. (ed.): *For Anarchism: History, Theory and Practice* (pp. 176-197), Routledge, Londres.

Castoriadis, C. (1987): *The Imaginary Institution of Society*, Polity, Londres (Trad. *La institución imaginaria de la sociedad*, Tusquets Editores, Barcelona, 1983).

Castree, N. (2010): «Crisis, continuity and change: Neoliberalism, the left and the future of capitalism», *Antipode* 41 (s1): pp. 185-213.

Chatterton, P. (2010): «Autonomy: The struggle for survival, self-management and the common», *Antipode* 42 (4): pp. 897-908.

Cleaver, H. (1994): «Kropotkin, self-valorisation y the crisis of Marxism», *Anarchist Studies* 2 (2): pp. 119-135.

Crang, P. (1996): «Displacement, consumption and identity», *Environment and Planning* A 28 (1): pp. 47-67.
Crewe, L. y Gregson N. (1998): «Tales of the unexpected: Exploring car boot sales as marginal spaces of contemporary consumption», *Transactions of the Institute of British Geographers* 23 (1): pp. 39-53.
Crewe, L., Gregson N. y Brooks K. (2003): «Alternative retail spaces», en Leyshon, A., Lee, R. y Williams C. C. (eds.): *Alternative Economic Spaces* (pp. 74-106), Sage, Londres.
England, K. (ed. 1996): *Who Will Mind Baby? Geographies of Child Care and Working Mothers*, Routledge, Londres.
Fournier, V. (2008): «Escaping from the economy», *International Journal of Sociology and Social Policy* 28 (11/12): pp. 528-554.
Freire, P. (1972): *Pedagogy of the Oppressed*, Penguin, Harmondsworth (Trad. *Pedagogía del oprimido*, Siglo XXI de España Editores, Madrid, 2012).
Gershuny, J. (2000): *Changing Times: Work and Leisure in Post-Industrial Society*, Oxford University Press, Oxford.
Gibson-Graham, J-K. (1996): *The End of Capitalism (As We Knew It): A Feminist Critique of Political Economy*, Blackwell , Oxford.
— (2006a): *The End of Capitalism (As We Knew It): A Feminist Critique of Political Economy* (new edition), University of Minnesota Press, Minneapolis.
— (2006b): *A Postcapitalist Politics*, University of Minnesota Press, Minneapolis (Trad. *Una política poscapitalista*, Siglo del Hombre Editores, Santa Fe de Bogotá, 2011).
Godwin, W. (1986 [1793]): «The evils of national education», en Woodcock, G. (ed.): *The Anarchist Reader* (pp. 267-270), Fontana Press, Glasgow.
Goldman, E. (1979): «Anarchism: What it really stands for», en Shulman, A. K. (ed.): *Red Emma Speaks* (pp. 47-63), Wildwood House, Londres (Trad. *Recopilatorio de escritos*, Editorial Descontrol, Barcelona, 2015).
Goodway, D. (1989): «Introduction», en Goodway, D. (ed.): *For Anarchism: History, Theory and Practice* (pp. 1-22), Routledge, Londres.

Gregson, N. y Crewe L. (2002): *Second-Hand Worlds*, Routledge, Londres.
— (2003): Second-Hand Cultures, Berg, Oxford.
Guerin, D. (1989): «Marxism and anarchism», en Goodway, D. (ed.): *For Anarchism: History, Theory and Practice* (pp. 109-126), Routledge, Londres.
Hardt, M. y Negri, A. (2000): *Empire*, Harvard University Press, Harvard (Trad. *Imperio*, Ediciones Paidós Ibérica, Barcelona, 2005).
Hart, G. (2010): «D/developments after the meltdown», *Antipode* 41 (s1): pp. 117-141.
Illich, I. (1971): *Deschooling Society*, Harper and Row, Nueva York (Trad. *La sociedad desescolarizada*, Ed. Brulot, A Coruña, 2011).
ILO (2002a): «Decent Work in the Informal Sector: Latin America», *International Labour Office*, Génova.
— (2002b): «Decent Work and the Informal Economy in Central America», *International Labour Office*, Génova.
— (2007): «The Informal Economy: Enabling Transition to Formalization», *International Labour Office*, Génova.
— (2008): «Bringing Focus to ILO Country-level Contributions: A Guidebook for Developing and Implementing Decent Work Country Programmes» Version 2, *International Labour Office*, Génova.
— (2010): «World of Work Report 2010: From one crisis to the next?», *International Labour Office*, Génova.
Jeppesen, S. (2011): «Things to do with poststructualism in a life of anarchy: Relocating the outpost of post-anarchism», en Rousselle, D. y Evren, S. (eds.): *Post-Anarchism: A Reader* (pp. 151-159), Pluto, Londres.
Katz, C. y Monk, J. (1993): *Full Circles: Geographies of Women over the Life Course*, Routledge, Londres.
Kenafick, K. J. (1990): *Bakunin: Marx, Freedom and the State*, Freedom Press, Londres.
Koch, A. M. (2011): «Poststructualism and the epistemological basis of anarchism», en Rousselle, D. y Evren, S. (eds.): *Post-Anarchism: A Reader* (pp. 23-40), Pluto, Londres.

Kropotkin, P. (2002 [1880]): «Anarchist morality», en Baldwin, R. N. (ed.): *Peter Kropotkin, Anarchism: A Collection of Revolutionary Writings* (pp. 79-113), Dover, Nueva York (Trad. *La moral anarquista*, Editorial Descontrol, Barcelona, 2015).

Latouche, S. (1993): *In the Wake of Affluent Society: An Exploration of Post-Development*, Zed, Londres (Trad. *El planeta de los náufragos*, Acento Editorial, Madrid, 1993).

Lee, R. (1996): «Moral money? LETS and the social construction of local economic geographies in southeast England», *Environment and Planning* A 28: pp. 1377-1394.

Leyshon, A. (2005): «Diverse economies», *Antipode* 37 (5): pp. 856-862.

Leyshon, A., Lee R. y Williams, C. C. (eds. 2003): *Alternative Economic Spaces*, Sage, Londres.

Marshall, P. (1993): *Demanding the Impossible: a History of Anarchism*, Fontana, Londres (Trad. *Las raíces del anarquismo*, La Neurosis o Las Barricadas Ediciones, Madrid, 2016).

May, T. (1994): *The Political Philosophy of Poststructuralist Anarchism*, Pennsylvania State University Press, University Park.

— (2011): «Is poststructuralist political theory anarchist?», en Rousselle, D. y Evren, S. (eds.): *Post-Anarchism: A Reader* (pp. 42-45), Pluto, Londres.

McDowell, L. (1983): «Towards an understanding of the gender division of urban space», *Environment and Planning D: Society and Space* 1 (1): pp. 59-62.

McKay, I. (2008): *An Anarchist FAQ*, Vol. I., AK Press, Edimburgo (Trad. http://www.alasbarricadas.org/ateneovirtual/index.php/FAQ_anarquista).

McMahon, M. (1996): «From the ground up: Ecofeminism and ecological economics», *Ecological Economics* 20: pp. 163-173.

Mueller, T. (2011): Empowering anarchy: Power, hegemony and anarchist strategy. In D Rousselle y S Evren (eds) Post-Anarchism: A Reader (pp. 75–94), Pluto Press, Londres.

Newman, S. (2011): «Post-anarchism and radical politics today», en Rousselle, D. y Evren, S. (eds.): *Post-Anarchism: A Reader* (pp. 46-48), Pluto Press, Londres.
Norberg-Hodge, H. (1992): *Ancient Futures: Learning from Ladakh*, Rider, Londres.
North, P. (1996): «LETS: A tool for empowerment in the inner city?», *Local Economy* 11 (3): pp. 284-293.
ODPM, (2000): «Index of Multiple Deprivation 2000», Office of the Deputy Prime Minister, Londres.
Peck, J., Theodore, N. y Brenner, N. (2010): «Postneoliberalism and its malcontents», *Antipode* 41 (s1): pp. 94-116.
Pepper, D. (1988): «The geography of an anarchist Britain», *The Raven* 1 (4): pp. 339-350.
Pickerill, J. y Chatterton, P. (2006): «Notes towards autonomous geographies: Creation, resistance and self-management as survival tactics», *Progress in Human Geography* 30 (6): pp. 730-746.
Polanyi, K. (1944): *The Great Transformation*, Beacon, Boston (Trad. *La gran transformación: crítica del liberalismo económico*, Virus Editorial, Barcelona, 2016).
Sale, K. (1980): *The Human Scale*, Secker & Warburg, Londres.
Samers, M. (2005): «The myopia of *diverse economies*, or, A critique of the *informal economy*», *Antipode* 37 (5): pp. 875-886.
Scott, A. J. (2001): «Capitalism, cities and the production of symbolic forms», *Transactions of the Institute of British Geographers* 26: pp. 11-23.
Shiva, V. (2005): *Earth Democracy, Justice, Sustainability, and Peace*, Zed, Londres (Trad. *Manifiesto para una democracia de la tierra: justicia, sostenibilidad y paz*, Ediciones Paidós Ibérica, Barcelona, 2006).
Shukaitis, S. (2009): «Infrapolitics and the nomadic educational machine», en Amster, R., Deleon, A., Fernández, L. A.,Nocella II, A. J. y Shannon, D. (eds.): *Contemporary Anarchist Studies* (pp. 166-174), Routledge, Londres.

Soiffer, S. S. y Hermann, G. M. (1987): «Visions of power: Ideology and practice in the American garage sale», *The Sociological Review* 35: pp. 48-83.
The Community Collective (2001 [visto el 15/07/2011]): «Imagining and Enacting Non-capitalist Futures». http://www.communityeconomies.org/site/assets/media/old%20website%20pdfs/Papers/on%20rethinking%20the%20economy/Imagining%20and%20Enacting.pdf
Wade, R. (2010): «Is the globalization consensus dead?», *Antipode* 41 (s1): pp. 142-165.
Walt, L. y Schmidt, M, (2009): *Black Flame: The Revolutionary Class Politics of Anarchism and Syndicalism*, AK Press, Edimburgo.
Ward, C. (1982): *Anarchy in Action*, Aldgate Press, Londres (Trad. *Anarquía en acción: la práctica de la libertad*, Enclave de Libros Ediciones, Madrid, 2013).
— (2004): *Anarchism: A Very Short Introduction*, Oxford University Press, Oxford (Trad. *Anarquismo: una breve introducción*, Enclave de Libros Ediciones, Madrid, 2016).
White, R. J. (2009): «Explaining why the non-commodified sphere of mutual aid is so pervasive in the advanced economies», *International Journal of Sociology and Social Policy* 29 (9/10): pp. 457-472.
White, R. J. y Williams C. C. (2010): «Re-thinking monetary exchange», *Review of Social Economy* 68(3): 317–338
Williams, C. C. (2005): *A Commodified World? Mapping the Limits of Capitalism*, Zed, Londres.
— (2007): *Rethinking the Future of Work: Directions and Visions*, Palgrave Macmillan, Basingstoke.
— (2011): «Geographical variations in the nature of community engagement», *Community Development Journal* 46 (2): pp. 213-228.
Williams, C. C. y Paddock, C. (2003): «The meanings of informal and second-hand retail channels», *The International Review of Retail, Distribution and Consumer Research* 13 (3): pp. 317-336.
Williams, C. C. y Windebank, J. (2001): *Revitalising Deprived Neighbourhoods: An Assisted Self-help Approach*, Ashgate, Aldershot.

Woodcock, G. (1986): «Anarchism: A historical introduction». en Woodcock, G. (ed.): *The Anarchist Reader* (pp. 11-56), Fontana Press, Glasgow.
Zelizer, V. A. (1997): *The Social Meaning of Money: Pin Money, Paychecks, Poor Relief, and Other Currencies*, Princeton University Press, Princeton (Trad. *El significado social del dinero*, Fondo de Cultura Económica de España, Madrid, 2011).
Žižek, S. (2011): *Living in The End Times*, Verso, Londres (Trad. *Viviendo en el final de los tiempos*, Ediciones Akal, Madrid, 2012).

ANARQUÍA, GEOGRAFÍA Y DESLOCALIZACIÓN

Jeff Ferrel

(2012)

Los espacios abiertos de la vida social contemporánea están siendo, parece, asfixiados. Cada vez más, las autoridades urbanas de los Estados Unidos, Europa y más allá consideran necesario privatizar el espacio público. Transferir aceras y parques a promotores, y crear, con el pretexto de la autenticidad y regeneración urbanas, nuevos tipos de *espacios de consumo* que reconstruyen franjas enteras de la ciudad existente como exclusivos paraísos consumistas en la propia calle (Amster, 2008; Ferrell, 2001; MacLeod, 2002; Mitchell, 2003; Shepard y Smithsimon, 2011; Zukin, 1997, 2010). Mientras tanto, las autoridades legales y políticas argumentan que, en aras de la seguridad, la civilización y el comercio, tanto los espacios privados como los públicos deben estar sujetos a formas de vigilancia y control cada vez más elaboradas. Incontables CCTV (*circuitos cerrados de televisión*) y cámaras de seguridad rastrean las rutas de los peatones, el flujo de automóviles y los hábitos de consumo o descanso de los urbanitas, *cuadriculando* de esta forma la vida social dentro de líneas entrecruzadas de observación panóptica. En Gran Bretaña, las autoridades emplean leyes contra el comportamiento antisocial, órdenes de dispersión y toques de queda para expulsar a los indeseables del desarrollo consumista.

A lo largo y ancho de los Estados Unidos, las autoridades legales y políticas aplican los principios de la Prevención del Crimen Mediante el Diseño Ambiental (CPTED por su siglas en inglés) junto a estrategias locales específicas en un esfuerzo de consolidar el control social dentro del entorno espacial. Bancos incómodos en los parques para evitar que la gente se siente durante demasiado tiempo o duerma, arbustos espinosos plantados para bloquear el acceso público, muros bajos jalonados de estructuras *antiskaters*, entradas y ventanas diseñadas para maximizar la vigilancia. Estos y otros rasgos se acumulan dentro de un entorno espacial atravesado por la ideología contemporánea de contención y exclusión.

De esta forma, los «vacíos y lagunas» que Peter Marin (en McDonogh, 1993: 14) defiende como esenciales para tolerar la vida urbana están conectados, los *espacio vitales* de la ciudad se ahogan y cierran, sus poblaciones marginales quedan borradas de la vida pública (Beckett y Herbert, 2009). Donde De Certeau (1984: 96, 105) veía y celebraba una «valiosa indeterminación», una «proliferante ilegitimidad» entre el movimiento colectivo de los ciudadanos —una *geografía poética* del espacio libre— ahora parece más una marcha forzada de la vida cotidiana, un intercambio programado de personas, lugares y productos. Haciéndonos eco de la noción de De Certeau (1984: 93) de que los caminantes urbanos «siguen, para lo bueno y para lo malo, un *texto* urbano que ellos mismos escriben sin tener la posibilidad de leerlo», Massey (2006: 40, 46) ha argumentado también que «tanto espacio como paisaje podrían ser imaginados como simultaneidades provisionalmente entrelazadas de historias en marcha, inconclusas». La proliferación contemporánea de espacios urbanos privatizados, cámaras de vigilancia y control espacial sugiere un intento continuo de negar estas mismas dinámicas, para hacer el texto de la vida urbana tanto visible

como legible, para escribir las historias del espacio urbano desde el principio hasta el final. En este sentido, los fundamentos de una crítica anarquista de tales medidas —esto es, una crítica del poder y la dominación en cualquier forma que pueda adoptar— son ya evidentes. Desde un punto de vista anarquista, estos desarrollos socavan la viabilidad de la vida urbana aplicando controles aún más restrictivos en el entorno espacial y conteniendo la impredecibilidad y el desorden esenciales para un urbanismo nuevo y democrático (Ferrell, 2001). Encontrando en las leyes un «rasgo distintivo de ser inmóviles, una tendencia a cristalizar que debería ser modificada y desarrollada día a día», Kropotkin (1975: 30-31) proclamó en 1886 que «en lugar de la cobarde frase *Obedece la ley*, nuestro grito es *Rebelión contra las leyes*». El forzado inmovilismo de la disposición espacial contemporánea sugiere, si no una revolución anarquista, al menos entonces una crítica anarquista paralela.

Un análisis anarquista más preciso de estos acontecimientos requiere bastante mayor complejidad. Para empezar, este cierre contemporáneo del espacio público abierto puede atribuirse a la economía política y cultural de la ciudad moderna tardía. Con la desaparición, en muchas ciudades americanas y europeas, de la producción industrial urbana y la exportación global de la producción hacia países *en vías de desarrollo*, aquellas dependen cada vez más de economías basadas en los servicios, el entretenimiento y el consumo. Investigadores como Markuses y Schrock (2009: 345, 353) acusan a este «desarrollo urbano dirigido por el consumo» de no ser nada más que «una forma superior de oferta basada en el consumo que ayuda a atraer trabajadores cualificados, directivos, empresarios y jubilados», y enfatizando que «economistas y geógrafos han subrayado recientemente la importancia de las preferencias en el estilo de vida de los trabajadores cualificados como un factor importante del desarrollo económico». Confirmando esta

trayectoria económica, si bien con menos entusiasmo, David Harvey (2008: 3) concluye que «la calidad de la vida urbana se ha convertido en una mercancía, como la ciudad en sí misma, en un mundo donde el consumo, el turismo y las industrias basadas en el conocimiento y la cultura se han convertido en aspectos fundamentales de la economía política urbana». Parafraseando a Marx, las ciudades construidas por primera vez sobre la tragedia del trabajo industrial son reconstruidas bajo la farsa de la imagen y la marca. En California, el Cannary Row[14] de Monterrey, ofrece ahora tiendas de temática Steinbeck y un acuario de importancia mundial; en Ft. Worth (Texas) los sangrientos corrales y mataderos ya solo fabrican recuerdos horteras de botas de *cowboy* y ganado. En semejantes mundos, la autenticidad urbana, así como la calidad de vida, emerge como un producto de lujo (Zukin, 2010). Más concretamente, donde una vez las ciudades tomaron forma alrededor de los intereses de los capitalistas industriales, las ciudades modernas actuales están siendo remodeladas por promotores que reconfiguran el relativamente abierto espacio urbano en zonas cuidadosamente integradas de alto consumo. Y para proteger estas zonas privatizadas de aquellos que puedan transgredirlas o transgredir su significado deseado respecto a las preferencias en el estilo de vida y la autenticidad urbana —para proteger, esto es, el producto basado en la imagen que es *la calidad de vida urbana*— la vigilancia, a su vez, se centra tanto en la percepción como en las poblaciones. Una autoridad económica de los EE. UU. argumenta durante una campaña de revitalización urbana que la mendicidad es un problema precisamente porque «es parte de una cuestión de imagen para la ciudad» (Ferrell, 2001: 45; ver Amster, 2008). Un jurista norteamericano está de acuerdo, asegurando que «el más serio de los problemas intrínsecos de la mendicidad es su devas-

14. (NdT) Paseo marítimo de esta ciudad norteamericana.

tador efecto en la imagen de la ciudad» (Mitchell, 2003: 201). Como Aspen (2008: 13) concluye en relación a la reciente transformación de la decadente ciudad británica industrial en una *ciudad corporativa de ostentación*: «Parece no haber lugar en el nuevo Leeds para aquellos que perturban los ritmos de una sociedad orientada al consumo».

Este control de los mendigos, las personas sin hogar y otros grupos no deseados se apoya a su vez en el creciente modelo actual moderno de vigilancia policial basada en el riesgo. Desarrollado y sostenido por grandes compañías de seguros —y, en el caso de programas como Neighborhood Watch,[15] incluso fundadas por ellas (O'Malley 2010: 26-27)— este modelo hace hincapié en un enfoque racionalizado, actuarial, de la prevención del crimen mediante la vigilancia sistemática y la recogida de información con el fin de hacer predicciones y la organización de intervenciones preventivas basadas en estas» (O'Malley 2010: 31). Según la lógica de este modelo, «la lógica de seguridad militar y neoliberal», como Shutakis (2009: 157) la llama, las cámaras de vigilancia y los espacios públicos estrechamente controlados sirven para prevenir el crimen en el presente y proporcionan los tipos de información computable sobre la gente y sus movimientos que puede ser usada para reducir el crimen en el futuro. Por la misma lógica, lo no regulado y lo impredecible, los *vacíos y lagunas*, y la *valiosa indeterminación* de la ciudad se alzan, no como un distintivo de la vitalidad urbana, sino como invitaciones abiertas a la criminalidad y el desmantelamiento del control del crimen. Para criminólogos conservadores como Wilson y Kelling (1982) la presencia de mendigos sin hogar o las pintadas públicas de grafiteros son así definidas únicamente como signos de desorden social —la metáfora de las *ventanas rotas*— que sirven para desalentar a los ciudadanos y provocar formas de criminalidad más violentas.

15. (NdT) Patrullas de vigilancia vecinales.

Lo que algunos pueden ver como marcas de un urbanismo anarquista democrático —espacio público abierto, ocupación desregulada del mismo e interacción dentro de él, movimiento sin restricciones a través de él—, una nueva generación de políticos y funcionarios policiales lo ve como componentes inaceptables de riesgo urbano. Un orden público basado en el riesgo y una economía urbana basada en el consumo se unen en torno a una consecuencia central: intolerancia hacia un espacio urbano abierto y hacia aquellos que podrían ocuparlo o atravesarlo de forma inapropiada.

De manera significativa, diversos grupos y movimientos sociales están igualmente decididos a mantener la disposición espacial urbana abierta y devolver la vida a estos espacios, a estos huecos y lagunas, que han sido cerrados. Mientras orbitan alrededor de diversas cuestiones políticas y sociales, tales grupos ven el espacio público abierto como esencial para una sociedad democrática, esto es, como el foro primario en el que los procesos de democracia directa y culturas colectivas pueden ser inventados y negociados (Springer, 2011). «La relación conceptual desde la que parto es intentar preservar los espacios que están históricamente dedicados al público», dice el activista e investigador anarquista Randall Amster, «porque estoy convencido de que sin espacios públicos, cualquier tipo de conversación sobre democracia básicamente se va al traste» (en Ferrell, 2001: 52). De la misma forma, *conceptualizan* el espacio público como un logro cultural continuo y como un importante lugar público de controvertido simbolismo y progreso cultural (Amin, 2008). Igual que en las preocupaciones por temas de sostenibilidad ambiental y justicia social, grupos como Critical Mass y Reclaim the Streets se involucran en ciertos temas de espacio público —construcción de carreteras, dominación automovilística, exclusión espacial de *los sin techo*, privatización urbana— en el

marco más amplio de la justicia espacial. Chriss Carlsson, uno de los fundadores de Critical Mass, un movimiento anarquista inspirado en la filosofía «Toma la calle» a favor del uso de la bicicleta, argumenta por ejemplo que el abandono colectivo del automóvil para abrazar el uso de los servicios de bicicletas públicas no es solo un acto de democratización espacial sino «un acto de deserción de toda una red de actividades degradantes y explotadoras, comportamientos que empobrecen la experiencia humana y degradan la misma ecología planetaria» (Carlsson, 2002: 82; ver Carlsson y Manning, 2010). Luchando contra el cierre y la contención del espacio social hay, entonces, una gran cantidad de grupos y movimientos que valoran el tipo de democracia directa, cotidiana, que puede florecer en tales espacios empleando el activismo DIY (*Do It Yourself* o *Hazlo tú mismo*), la *acción directa* y otras estrategias anarquistas tanto para liberar este espacio como para reanimarlo con esta actividad democrática.

Durante la última década, yo mismo y otros hemos documentado con cierto detalle la ideología y estrategia marcadamente anarquistas de estos grupos y movimientos, en la forma, por ejemplo, en que utilizan estructuras sociales no jerárquicas para «*des*-organizar» paseos colectivos en bicicleta instantáneamente, bloqueos de carreteras, carnavales callejeros y sentadas en las aceras, eventos públicos efímeros que tienen la intención de desentrañar los controles legales y espaciales de la vida en la ciudad (Amster, 2008; Carlsson, 2002; Ferrell, 2001; McKay, 1998; Shantz, 2011; Shepard y Smithsimon, 2011). Estas son, en realidad, confrontaciones clásicas entre orden y autoridad por un lado y políticas anarquistas por el otro, confrontaciones que han definido muchos conflictos espaciales contemporáneos y que continúan haciéndolo. Como ya se ha visto, las autoridades económicas y políticas se esfuerzan cada vez más en mantener el espacio público bajo una estrecha vigilancia

y control con el interés de gestionar el riesgo y el consumo moderno actual, y trabajan para conseguir una previsibilidad ordenada en tales espacios; los activistas antiautoritarios, a su vez, luchan para mantener tal espacio abierto a las relaciones espaciales fluidas para preservar los derechos espaciales de los *sin techo* y otros grupos marginados y para crear espacios para la espontaneidad y el desorden urbano creativo.

La noción de «*des*-organizar» y «*des*-organización» ejemplifica esta orientación anarquista. Como dice Kropotkin, estos grupos ven la inmovilidad de la ley y la regulación como represoras de la libertad y el progreso humanos, incluso si las leyes y regulaciones son suyas. Como resultado, enfatizan la *des-organización*, que es suficiente coordinación para impulsar el activismo social hacia delante pero no tanto como para convertirse en un fin en sí mismo.

En este sentido, buscan no solo reintroducir la indeterminación y la incertidumbre en los espacios de la vida urbana sino hacerlo mediante fórmulas que son, ellas mismas, indeterminadas e inciertas. Chris Carlsson ha señalado, por ejemplo, su placer al escuchar a participantes de Critical Mass explicar el significado esencial de sus paseos, especialmente cuando sus explicaciones difieren de las propias y de las de otros; el anónimo autor punk/anarquista de *Evasion, una crónica de la okupación y la vida en la calle*, ha escrito asimismo que «siempre he esperado secretamente que nada vaya según lo planeado. De esta forma no estaba limitado por mi propia imaginación. De esta forma cualquier cosa podía, y de hecho lo hacía, pasar» (en Ferrell, 2001: 107; Anónimo, 2003: 12). Más significativamente, Reclaim the Streets, que se describe a sí misma como «una red de acción directa que busca el redescubrimiento y liberación de las calles de la ciudad», se sintió obligada en un momento dado a emitir un comunicado de prensa, «Sobre la desorganización», en respuesta a los intentos de los medios de referirse

a *los líderes* de Reclaim the streets. Reclaim the streets, anunciaron, «es un grupo público no jerárquico, sin líderes y organizado abiertamente. No hay *planes* individuales o *cerebros* dirigiendo sus acciones y actos. Las actividades de RTS son el resultado de los esfuerzos voluntarios, no remunerados y cooperativos de numerosas personas autónomas intentando trabajar juntos en igualdad». Un acto público reciente, añadieron, se organizó de esta manera «en parte previamente, en parte espontáneamente en el mismo día» (Reclaim the Streets, 2000). Como los situacionistas, uno de los precursores de Reclaim the Street dijo en 1963: «Nosotros organizaremos la detonación. La libre explosión debe escapar de nosotros y de cualquier otro control para siempre».

Aquí un aparentemente sencillo dualismo —grupos activistas enfrentándose a las autoridades legales y económicas por el control del espacio urbano— puede ser visto como el refugio de una dinámica más sutil. En la medida en que estos grupos fundamentan su activismo espacial en tradiciones anarquistas, su objetivo no es tanto retomar el control del espacio urbano como destruir la dominación espacial y el control mismo en aras de la espontaneidad y la eclosión. Recordando el viejo grito anarquista, el objetivo no es tomar el poder sino destruirlo; como Ward (1973: 38-39) dice, la creencia es en el potencial *revolucionario* de los *grupos sin líderes* para desentrañar, no reemplazar, las tramas cotidianas de poder y control. En este contexto, una dualidad rápidamente esbozada entre el control espacial y la resistencia a él también omite de nuestra observación y análisis una trayectoria complementaria y toda una serie de grupos y situaciones llevadas a cabo por ella. Esta trayectoria, me parece a mí, puede profundizar nuestra comprensión del espacio urbano contemporáneo y los conflictos sobre él y nuestro conocimiento de las interacciones entre anarquismo y autoridad en el ámbito espacial. Podemos referirnos a esta trayectoria como *deslocali-*

zación y a aquellos atrapados en ella como *deslocalizados*, y podemos anticipar dos paradojas centrales en este sentido. La primera tiene que ver con la forma en la que las economías contemporáneas y los avances legales promueven el mismo tipo de *deslocalización* que los controles espaciales contemporáneos buscan contener. La segunda tiene que ver con la forma en que el activista y los grupos marginados adoptan en ocasiones la *deslocalización* por sus posibilidades *des-organizativas*.

La deslocalización y sus descontentos

Las fuerzas sociales contemporáneas que arrojan a la gente y las poblaciones a la deriva, que las desplazan y las abandonan sin una orientación espacial firme o destino impregnan los desarrollos económicos y políticos contemporáneos. De manera más amplia, estas fuerzas incluyen la expulsión política generalizada por parte de regímenes gubernamentales represivos, la migración masiva forzada por la marginación económica o política y la creación de poblaciones crecientes de refugiados como consecuencia de las guerras civiles e internacionales. En un marco *más doméstico*, la continua destrucción de vivienda social como parte de los planes urbanos de reurbanización, la criminalidad corporativa de la reciente crisis de las hipotecas y ejecuciones hipotecarias y la proliferación de *mini jobs* (trabajos a tiempo parcial con bajos salarios) confluyen para impedir a millones de personas tener seguridad en asuntos como una casa o refugio. Moviéndose de un alojamiento temporal a otro, durmiendo en coches, frecuentando albergues para los *sin techo* o deambulando por las calles cuando esos albergues están cerrados, hace que lo referente a su hogar o su trabajo tenga poca estabilidad espacial.

Tampoco está este desplazamiento limitado a una región o país. Mientras centroamericanos empobrecidos buscan una manera de atravesar México en vagones hacia Estados Unidos y *punkis* itinerantes montan en trenes de mercancías de ciudad a ciudad, los migrantes rura-

les inundan las *ciudades de llegada* (Saunders, 2011) a las afueras de Río de Janeiro y Bombay y africanos en busca de un trabajo o asilo político atestan desvencijados botes para cruzar el Mediterráneo hacia las ciudades del sur de Europa. Mientras tanto, en esa misma Europa del sur, una nueva generación de nativos encuentra que hoy, incluso con carreras superiores, están perdidos entre empleos sin futuro y el desempleo, como les ocurre a los jóvenes en Japón, obligados a enlazar trabajos *irregulares* en medio de unas expectativas laborales en colapso, o los trabajadores norteamericanos, que descubren que la actual *recuperación* económica se basa fundamentalmente en *trabajo temporal* e inestable. Comentando el alcance de esta deslocalización contemporánea, Bauman (2002: 343) señala que los refugiados son «quizás, el grupo de población que más rápidamente crece en todo el mundo» hoy, y Saunders (2010: 1) estima que la migración campo-ciudad a lo ancho de todo el mundo afecta en la actualidad a «dos o tres mil millones de humanos, tal vez un tercio de la población mundial».

Estas constelaciones contemporáneas de deslocalización desplazada en medio de la depredación de la crisis moderna actual, están todo menos seguras, al captar la atención de las cámaras de seguridad, invadir espacios recién privatizados y acampar en parques con toque de queda y plazas públicas clausuradas, quizás no con la misma intencionalidad transgresiva que los activistas libertarios de la *justicia espacial* pero con el mismo impulso desesperado a pesar de ello. Acampar en las alcantarillas bajo las calles de Las Vegas, dormir al raso alrededor de la londinense catedral de Westminster, entrar y salir de túneles de defensa antiaérea abandonados bajo Pekín, están todo menos seguras de reintroducir los conceptos de De Certeau de *indeterminación* e *ilegitimidad* en los espacios de la vida urbana, y así transgredir, tanto espacial como normativamente, los cada vez más estrictos límites del

orden social contemporáneo (Butler, 2011; Lichtblau, 2009; Wong, 2011). Como consecuencia, parecen verse envueltas, cada vez más, en los conflictos contemporáneos sobre el espacio público y la justicia social y convertirse en un foco de preocupación para los interesados en la seguridad espacial. Escribiendo sobre las dinámicas de la *modernidad líquida*, y más particularmente sobre el incremento de aquellos que imaginan que están siendo acosados por extraños, Zygmunt Bauman (2000: 93, subrayado en el original) ha señalado que, como opuesta a otras formas históricas de paranoia, «lo verdaderamente novedoso es que son los acosadores (junto con vagabundos y maleantes, personajes extraños al lugar por el que se mueven) quienes cargan con la culpa ahora...». Sin embargo, Bauman continúa señalando que esta paranoia reside no solo en la mente, sino en las políticas espaciales de la sociedad contemporánea, en el hecho de que «fondos públicos son destinados en cantidades crecientes año tras año con el propósito de localizar y perseguir a estos acosadores, merodeadores o cualquier otra versión de ese miedo moderno, el *mobile vulgus*, personas inferiores en movimiento, dejándose caer por lugares donde únicamente el tipo correcto de persona debería tener el derecho de estar...». Para los funcionarios públicos, los promotores privados y los ciudadanos acomodados con inversiones en el espacio público regulado, los *deslocalizados* de todo tipo constituyen un objetivo preparado para la paranoia y el pánico moral. Como se señaló arriba, no son solo los *deslocalizados sin techo* los acusados de crear problemas de imagen en las economías urbanas contemporáneas; es que son, en palabras de un representante económico de Seattle, *salvajes*, y en el lenguaje de dos autoridades económicas de Phoenix/Tempe, «en todo tipo de substancia... todo tipo de extremo» y «espeluznante... carnicería humana» (en Beckett y Herbert, 2009: 181; Ferrell, 2001: 49, 54).

Irónicamente, todos los individuos citados están directamente relacionados con la promoción de la moda contemporánea hacia «un desarrollo urbano dirigido al consumo». Una forma de desarrollo económico que engendra las mismas formas de *deslocalizados* que ellos condenan. Invocando los fantasmas de aquellos desplazados por la profunda reconfiguración del París del siglo XIX de Haussmann y por el *brutal modernismo* que Robert Moses aplicó al Nueva York del siglo XX, David Harvey (2008: 28, 34) enfatiza que este tipo de desarrollo urbano contemporáneo se basa igualmente en «la apropiación de las tierras valiosas de poblaciones con bajos ingresos que pueden haber vivido ahí durante años». Para Harvey, esta desposesión constituye un tipo de imperialismo espacial y una derogación del *derecho a la ciudad* y así es, ciertamente. Complementando esto están las continuas consecuencias espaciales para aquellos desposeídos o, dicho sin rodeos, las probabilidades de que muchos de ellos sean abandonados y dejados a la deriva en formas en que nunca antes lo fueron. Observando los barrios residenciales de lujo donde una vez hubo un histórico barrio de clase obrera, vemos la evidencia física de una ciudad revanchista (Smith, 1997); más difíciles de ver, más alejados del foco, están los barrios de antiguos residentes, muchos ahora dispersos a lo largo de la ciudad, mudándose quizás de un domicilio temporal a otro. Ese *hotel boutique* colocado frente al desplome del SRO[16] se sigue prestando a observación. Los que una vez fueron residentes de SRO, no. Como Trush (en Beckett y Herbert 2009: 27) dice del pronunciado declive de las viviendas SRO en Seattle debido a las promociones de lujo: «Según

16. Forma de alojamiento a medio camino entre el hotel permanente y el apartamento compartido, esta forma de alojamiento asequible fue muy popular en Estados Unidos hasta los años sesenta ya que reconvertía antiguos edificios y ofrecía un lugar en el que vivir a personas con bajos recursos. Desaparecieron paulatinamente forzados por una presión inmobiliaria que buscaba unos usos más lucrativos para esos edificios.

las SRO cierran, la gente que permanece en el centro tiende a ser más pobre, hastiada, más a menudo sin hogar y desempleada y con menos posibilidades de ser blanca».

Así como el desarrollo del consumismo moderno actual promueve la deslocalización, también lo hace el modelo de vigilancia basada en el riesgo que lo acompaña. Los programas CPTED[17] que se comprometen a reducir el crimen mediante el desarrollo del control social dentro del entorno espacial —y así desincentivar la presencia de población flotante, por ejemplo, mediante la instalación de bancos públicos incómodos o baños públicos cerrados— pueden tener éxito en expulsar tales poblaciones de parques y plazas, pero haciéndolo socavan las frágiles comunidades espaciales que surgen ahí, y vuelve a poner a estas poblaciones de nuevo en movimiento en busca de las mínimas comodidades (Ferrell, 2001). Del mismo modo, la proliferación de zonas exclusivas y órdenes de expulsión en Nueva York, Los Ángeles, Seattle, Portland y otras ciudades estadounidenses es tal que individuos sin hogar son a menudo forzados al movimiento perpetuo entre ellas; como un residente *sintecho* de Seattle denunciaba: «No, sabes, yo no entiendo estas zonas... están por todas partes. Intentan decirte que no puedes pasear, no puedes estar... ¿Pero adónde puedo ir? No tengo hogar, no tengo lugar a donde ir. Están por todas partes» (en Beckett y Herbert, 2009: 130). De forma similar, el énfasis de la justicia criminal contemporánea en el modelo de vigilancia de las *ventanas rotas* y la prevención del crimen deriva en planteamientos como el producido en Santa Ana, California, donde de acuerdo con un memorándum oficial, la política ahora es que «los vagabundos no son bienvenidos en la ciudad de Santa Ana... el objetivo de este programa es expulsar a todos los vagabundos y su parafernalia... mediante

17. Prevención del Crimen Mediante el Diseño Ambiental.

la continua eliminación de los lugares que frecuentan en la ciudad» (en Mitchell, 2003: 197). Iniciativas como Los Angeles Safer Cities Initiative[18] institucionalizan este enfoque aún más. Estos *sistemas de vigilancia e intervención* desplazan oficiales de policía que se mueven entre las zonas de Skid Row con *población sintecho* arraigada, «destrozando los asentamientos de los *sintecho*, entregando citaciones, y llevando a cabo arrestos por violaciones de la ley» (Berk y McDonald, 2010: 813, 817) con el propósito de dispersarla. Como Culhane (2010: 853) señala, tales iniciativas no están diseñadas para abordar la raíz de los problemas de mendicidad sino solo el (supuesto) problema de la *concentración espacial* entre los *sintecho*, iniciativas complementadas también por medidas como la «dispersión de las instalaciones para los *sintecho*» y los servicios de asistencia por toda la ciudad. Vitale (2010: 868, 870) argumenta que, debido a las agresivas multas y los arrestos, tales iniciativas solo servirán para atrapar aún más a aquellas personas blanco de la mendicidad; a esto podemos añadir que tales iniciativas también fuerzan al *sintecho* a formas de vida aún más desarraigadas. De forma interesante, Vitale también se pregunta si «el objetivo principal de la SCI [es] realmente reducir el crimen y la mendicidad o más bien eliminar por la fuerza a un gran número de gente pobre de Skid Row con la esperanza de una subsecuente gentrificación del área... Un gran esfuerzo para gentrificar Skid Row ha estado en marcha durante años...».[19]

Si uno de los sentidos de la deslocalización es ser llevada a cabo por fuerzas fuera de nuestro control, estas son entonces las fuerzas hoy: la predadora economía política del capitalismo global y las excluyentes

18. Iniciativa de Los Ángeles para unas ciudades más seguras.

19. Ward (2000: 49-57) apunta de igual manera la contradicción mediante la cual a los *viajeros* ingleses se les instruye para establecerse en un lugar y después negar a otros el derecho de hacerlo.

economías de consumo; la revanchista política espacial de los ambientes urbanos y las estrategias de vigilancia que la apoyan y la privatización y privación del espacio urbano como resultado. En todo esto, los efectos iatrogénicos[20] de la ley y la economía —las «ironías del control social» (Marx, 1981) por las cuales el doctor puede ser el causante de la enfermedad— son evidentes. Los controles espaciales dirigidos a contener el espacio urbano, protegerlo del temido goteo de poblaciones transitorias, solo ayudan a hacer dichas poblaciones más efímeras aún; dicho llanamente, el cierre del espacio urbano a los *deslocalizados* agrava la *deslocalización* urbana. Del mismo modo, la reconstrucción de las economías urbanas en torno a un sentido dirigido y un consumo ostentoso echa por la borda el mismo tipo de ciudadanos cuya presencia *peripatética* amenaza aquellos patrones preferentes de significado y consumo. Y hablando de ironías y contradicciones, hay una más: varios de los grupos y movimientos sociales que combaten estas fuerzas —esa lucha por el espacio público abierto y las economías urbanas alternativas— en ocasiones engendran deslocalización ellas mismas, y la exploran por su potencial subversivo.

Precariedad, *Des*-organización y Deslocalización

Como ya se ha señalado, un diverso número de grupos en lucha por el espacio urbano abierto inspirado en orientaciones anarquistas y antiautoritarias está desarrollando una política de acción directa y disrupción creativa. Enfrentándose en Arizona a un plan para privatizar las aceras públicas y criminalizar la presencia pública de los mendigos, por ejemplo, Randall Amster y el proyecto S.I.T., movimiento que él ayudo a *(des)organizar* a partir de las tradiciones de «acción directa anarquista, la IWW; el movimiento por los derechos civiles; las filosofías de Gandhi y King; la resistencia pasiva; la desobediencia civil y el

20. Secundarios.

creciente WTO, movimiento antiglobalización contra el Banco Mundial» para escenificar sentadas y crear «algún tipo de espacio para la espontaneidad» y la resistencia (en Ferrell, 2001: 51-52; ver Amster, 2008). Durante el último par de décadas, activistas de Reclaim the Streets en Estados Unidos y Europa han bloqueado por igual el tráfico urbano, celebrado fiestas callejeras ilegales y, por otra parte, puesto en marcha «festivales efímeros de resistencia», todo mientras retoman y reinventan el «Festival de los Oprimidos» de la Comuna de París de 1871, las intervenciones situacionistas del París de 1968 y otros momentos de la historia del antiautoritarismo (Jordan, 1998: 139). Durante la Convención Nacional Demócrata de 1996 en Chicago, precedida ella misma del arresto de mendigos y la destrucción de vivienda social, el grupo anarquista Active Resistance (AR) quiso «destacar la importancia de las dimensiones espaciales del conflicto y la territorialidad de la lucha social» ignorando las áreas de protesta designadas y llevando a cabo un Festival de los Oprimidos ilegal en las calles que rodeaban la convención (Shantz, 2011: 70). En Nueva York, los Bike Lane Liberation Clowns[21] intentan «construir puentes entre el simple placer de pedalear y las posibilidades del activismo medioambiental en el espacio público» para, de forma lúdica, multar a los conductores aparcados en los carriles bici (Shepard y Smithsimon, 2011: 188). Y en Nueva York, Madrid y otras ciudades a lo largo del mundo, Jordan Seiler y miembros de Public Ad Campaign socavan la mercantilización del espacio público eliminando de forma ilícita la publicidad corporativa de las áreas públicas y reemplazándola por arte independiente, luchando así para «ayudar a las comunidades a retomar el control de los espacios que ocupan» (www.publicadcampaign.com). En este sentido, estos y otros grupos trabajan para erradicar los indicadores convencionales que definen y

21. Payasos por la Liberación del Carril Bici.

delimitan el espacio urbano —marcos legales, líneas policiales, tráfico automotriz, publicidad corporativa— y establecer a su vez encuentros espontáneos en los lugares públicos.

Dos grupos en particular adoptan las posibilidades progresistas de la deslocalización, la desorientación y, más explícitamente, la disrupción: la primera directamente en el ámbito del espacio público, la segunda en el campo más amplio de la economía cultural y política. Critical Mass, el movimiento ciclista anarquista cuyos participantes ahora pedalean por ciudades de todo el mundo, reniega de los modelos tradicionales de liderazgo y organización en favor del tipo de dinámicas descentralizadas y (*des)*organizadas que operan a través de la acción directa, el *hazlo-tú-mismo* y la libre asociación entre los ciclistas. Este enfoque define la preparación de un paseo colectivo, donde los participantes son animados a crear y distribuir sus propias octavillas para promocionarlo. Define también el paseo en sí mismo. La ruta que tomarán está abierta a discusión, o se permite que vaya surgiendo sobre la marcha; si se concreta un mapa, es considerado provisional, o designado para dirigirse «a donde nos lleve» (en Ferrell, 2001: 106). Durante el transcurso de estos paseos, «indefinidos, sin líderes y democráticamente abiertos a todos», como Shepard y Smithsimon (2011: 171) los describen, el flujo colectivo de bicicletas transgrede la rigidez de las leyes de tráfico. Cuando los ciclistas se acercan a un cruce, unos pocos lo interrumpirán para *taponarlo* temporalmente —y bloquearlo frente al cruce de vehículos mientras el pelotón lo atraviesa, haya o no señales de STOP o los semáforos estén en verde o rojo— y después regresan al grupo; en el siguiente cruce, otros participantes se ocuparán voluntariamente del bloqueo (Ferrell, 2011a). A diferencia de otras formas de tráfico urbano —acelerado, hiperregulado, ansioso—, los recorridos de Critical Mass están pensados para dejarse llevar a través del espacio

urbano como comunidades orgánicas, en movimiento. En su movediza incertidumbre están, por el contrario, destinados a encarnar la (*des*) organización que los produjo y a demostrar que tal acción directa fluida puede efectivamente reemplazar la vigilancia usual del espacio público. Como Graeber (2007: 378) argumenta, los activistas anarquistas embarcados en la acción directa han comprendido «las movilizaciones de masas no solo como oportunidades de denunciar la ilegítima, antidemocrática naturaleza de las instituciones existentes, sino como formas de hacer eso de una manera que demostrasen ellas mismas por qué tales instituciones eran innecesarias, dando un ejemplo vivo de genuina democracia directa».

Los participantes de Critical Mass señalan que este enfoque no es una forma de protesta, sino más bien un alegre y festivo acto de promulgación de una comunidad espacial alternativa que reclama el espacio público (Ferrell, 2001: 105-121). De forma poco sorprendente, esta liberación directa, colectiva del espacio urbano al tráfico automovilístico y la ley de tráfico ha conducido a incontables encuentros con los funcionarios municipales y la policía, innumerables arrestos y cierto número de incidentes violentos con motoristas, incluyendo un reciente caso en Brasil en el que un enfadado conductor aceleró contra una marcha de Critical Mass, hiriendo a unos treinta ciclistas (Domit y Goodman, 2011: A5). Entre estos, dos casos en particular ilustran las formas en las que la incierta deriva de Critical Mass desafía los controles espaciales convencionales. En 1997, durante una marcha de Critical Mass en San Francisco en la que participaban miles de ciclistas, el alcalde de San Francisco, Willie Brown, y su administración quisieron controlar las marchas mediante la negociación de rutas designadas y escoltas policiales, pero no pudieron encontrar líderes de Critical Mass con los que negociar. Como resultado, se ordenó a la policía de San Francisco

detener la siguiente marcha de Critical Mass y arrestar a los participantes y, aunque muchos fueron detenidos, la mayoría simplemente se dispersó y escapó por rutas improvisadas. «No era posible para el alcalde gestionar lo que pasaría con Critical Mass», dijo Jennifer Granick, la abogada de alguno de los arrestados. «¿Cómo iba él a parar la marcha? No había ninguna forma. No hay líderes... y ¿qué iban a hacer, arrestarlos a todos? Había demasiada gente para arrestarlos a todos... Y creo que los ciclistas se dan cuenta de eso» (en Ferrell, 2001: 108-109). Unos años más tarde en Nueva York, parecía que iban a arrestar a todo el mundo, y por razones similares. Tras numerosos arrestos de ciclistas de Critical Mass durante la Convención Nacional Republicana, el departamento de policía de Nueva York solicitó (sin éxito) que Critical Mass obtuviese permiso para sus marchas repartiendo octavillas en las que afirmaban que era «peligroso e ilegal ir en bicicleta en procesión» sin un permiso (en Shepard y Smithsimon, 2011: 174).

Un segundo grupo progresista especialmente acostumbrado a las políticas colectivas de deslocalización y disrupción es el emergente movimiento *precario* del sur de Europa. Generalmente vistos como *chainworkers*[22] (www.chainworkers.org) o integrantes del nuevo *precariado*. Aquellos comprometidos con este movimiento sostienen que la economía global de la ciudad capitalista actual los deja con poco menos que carreras malogradas, trabajos a tiempo parcial, impredecibles *horarios flexibles* en los trabajos que encuentran, conformando de esta forma una vida definida por perspectivas precarias y constante incertidumbre. Es más, con la «penetración de modelos de empleo atípicos del sector servicios con bajos salarios» en las ocupaciones creativas de clase media, un *precariado interclasista* puede ahora abarcar las divi-

22. Literalmente *trabajadores en cadena*. Término empleado para referirse a los obreros sector industrial.

siones de clase convencionales y así estar emergiendo como «el sucesor postfordista del proletariado» (Ross, 2008: 34-35). Como Braverman (1974) ha documentado, la degradación del trabajo en el siglo XX ha sido el resultado de la sistemática pérdida de cualificación del trabajo físico y la imposición de modelos tayloristas de control científico de la eficiencia; tal es el objeto de los cálculos y regulaciones, sin las mínimas compensaciones de seguridad fordista y bienestar social que acompañaron aquellos procesos anteriores (De Angelis y Harvie, 2009). Como resultado, una nueva generación se enfrenta a un presente y futuro desvinculado del contrato social: un presente y un futuro sin los anclajes convencionales de la educación, el trabajo y la identidad. De esta forma, la economía cultural consumista de la ciudad capitalista contemporánea no solo disgrega a los residentes urbanos empobrecidos y cierra los espacios públicos; también produce un joven y ambulante ejército de trabajadores del sector servicios con bajos salarios que oscila entre trabajos a tiempo parcial, viviendas temporales, horarios laborales ilegales, y se hace pocas ilusiones de permanencia espacial o social (Seligson, 2011).

Desarrollando una crítica de la precariedad económica y sus orígenes históricos, los asociados con el movimiento han comenzado también a explorar sus posibilidades culturales y políticas. Christina Morini (en Galetto *et al.*, 2007: 106), por ejemplo, argumenta que mientras la precariedad sugiere lo negativo de la inestabilidad,

> Está al mismo tiempo también conectada con la idea de (re)plantearse, de convertirse, de futuro, de posibilidad, conceptos que juntos contribuyen a crear la idea de un sujeto nómada sin raíces fijas... Este sujeto precario no tiene puntos fijos y no los quiere. Él/Ella está siempre forzado a buscar nuevos sentidos de orientación, para construir nuevas narrativas y no dar ninguna por supuesta.

Las nuevas narrativas del precariado exploran de hecho tanto formas alternativas de ser y vivir colectivamente como el potencial de revertir esa precariedad en aquellos que se ven afectados por las decisiones políticas y económicas. Muchas de estas alternativas van más allá de los sindicatos y partidos políticos tradicionales y hacia formas de activismo cultural que usan «ampliamente herramientas visuales e imágenes» y recurren al «teatro, cine, música y las artimañas para lograr el cambio político» (Gill y Pratt, 2008: 10), como se desarrolla aquí, «un entendimiento de que la producción cultural no es adjunta o complementaria al *trabajo real* de la producción capitalista sino cada vez más... es el trabajo el que es un componente esencial de ella» (Shukaitis, 2009: 170, subrayado en el original). Miembros del movimiento italiano de *chainworkers*, por ejemplo, han creado a San Precario —el transgresor santo patrón de los trabajadores desfavorecidos y santo compañero de Santa Graziella de la Critical Mass de Milán— y han desfilado con él por todo tipo de espacios comerciales que emplean tales trabajadores. En consecuencia, han usado sus habilidades digitales para promocionar a la diseñadora de moda imaginaria Serpica Naro (un anagrama de San Precario), y la usaron para infiltrarse en la Milan Fashion Week de 2005. Durante el transcurso de la misma, «fue anunciado que Serpica Naro no existía, [y] la broma fue revelada a los medios, que debidamente informaron de toda la historia, poniendo el foco en el trabajo precarizado que hay tras el brillo de la Milan Fashion Week» (Tari y Vanni, 2005; ver Shukaitis, 2009: 172-174).[23]

Tanto para los ciclistas de Critical Mass como para los integrantes del nuevo precariado, la deslocalización no es pues simplemente la

23. El reciente movimiento español *Yomango* —un juego de palabras entre una cadena de tiendas española y el término coloquial para *robar*— abrazó igualmente el hurto al comercio como un acto de desobediencia civil y supervivencia entre la incertidumbre de los trabajos parciales y los salarios mínimos de esta industria.

consecuencia de las estructuras económica y política; es también la base de lo que podemos llamar una cultura de la *deslocalización* anarquista y de nuevos estilos de activismo espacial y resistencia cultural a estas estructuras. Estos nuevos estilos son tan fluidos, ambivalentes y (des) organizados como lo son las vidas de los que los crean. Pasan por los espacios, las situaciones y las categorías sociales tan fácilmente como lo hacen los jóvenes cuyas vidas reflejan y se aprovechan de las habilidades que emplean de un trabajo a otro, cuando pueden, eso sí, tener un trabajo. Entretanto, tales enfoques se enfrentan a los espacios de la ley y el comercio aunque no directamente, sino de refilón, subversiva y alegremente —así como los deslocalizados mismos se mueven por el espacio urbano—. Por ello, estos enfoques también señalan formas alternativas de conocer el mundo, de moverse a través de él y de vivir colectivamente en él, formas que reflejan, al menos, posibilidades anarquistas.

Deslocalización, espacio y anarquía: una especulación

Cierto número de investigadores preocupados por las dinámicas precarias de la vida ocupacional y social han argumentado que tal precariedad no es una aberración; más bien, fue el periodo del fordismo, con sus controles regulatorios, relativa estabilidad y estado de bienestar, la excepción dentro de la larga y caótica historia del capitalismo (Fantone, 2007; Neilson y Rossiter, 2008; Shukaitis, 2009: 165-166, 179-180). Desde esta perspectiva, el síndrome de *trabajadores itinerantes*, oportunidades laborales inestables y movilidad forzada no es simplemente un síntoma del *capitalismo actual* o la *modernidad actual* sino más bien un regreso al tipo de incertidumbre predatoria endémica que fue interrumpida, breve y parcialmente, por décadas de fordismo en los Estados Unidos y Europa. Ampliando este punto de vista, puede argu-

mentarse que la misma modernidad, mientras produce en ocasiones estabilidad burocrática y regímenes de poder duraderos, ha producido sistemáticamente profundas y continuas deslocalizaciones y con ello un continuo flujo de migrantes, refugiados y nómadas. Llevando este análisis aún más lejos, podemos preguntarnos si la naturaleza de la existencia humana no es ella misma profundamente precaria, sitiada en algún nivel fundamental por el deseo y el desarraigo de las ansias de viajar. Ciertamente hay abundantes, y a veces contradictorias, evidencias para todos estos puntos de vista: de pequeños grupos nómadas a oleadas globales de inmigrantes, desde los desplazados tras la depresión de 1929, por la sequía en el periodo conocido como *Dustbowl* y los viajes por carretera de la Generación Beat en los Estados Unidos a las poblaciones perdidas trasladadas a los campos de desplazados tras la Segunda Guerra Mundial en Europa. En cualquier caso, ya sea nuestro foco analítico económico, histórico o existencial, parece que las políticas espaciales de deslocalización existen antes y más allá de cualquier situación o grupo.

Bajo este prisma, el proyecto desarrollado por los ciclistas de Critical Mass y los *activistas de la precariedad* puede ser también ampliado: explorar las posibilidades de la deslocalización como una experiencia colectiva y una acción política colectiva. Dicho de otra manera, podemos considerar cómo las modas contemporáneas ya vistas —el creciente cierre y control del espacio urbano, las dinámicas por las cuales las nuevas economías urbanas y la vigilancia espacial que las protege generan deslocalización y los usos de la deslocalización por parte de grupos anarquistas enfrentados a las economías emergentes y las estructuras espaciales— pueden entrelazarse mientras continúan apareciendo. Shukaitis (2009: 166-168) señala que, entre los grupos progresistas en la Italia de los 70, la frase *precario bello* —hermosa precariedad— era empleada regularmente para denotar oposición y rechazo al demasiado

estable mundo de la producción industrial en serie. Ahora, argumenta, una *inversión y transformación* ha tenido lugar, a través de la cual el capitalismo impone ampliamente la precariedad y la flexibilidad como las condiciones para nuevas formas de trabajo degradado. Partiendo del trabajo de los ciclistas de Critical Mass, los activistas del *precariado* y otros, pienso en qué aspectos de esta precariedad contemporánea e impuesta puede rehacerse o al menos impregnarse del *precario bello* y de algunas formas nuevas de política crítica o progresista. Si más y más gente se ve forzada a la deriva por las fuerzas económicas y espaciales emergentes, ¿podemos tener también la esperanza de una *deriva bella*?

Dejadme ser claro desde el comienzo: la experiencia de la deslocalización está para muchos, quizás la mayoría —los refugiados políticos, los migrantes emprobrecidos, las familias sin hogar— indudablemente cargada no con posibilidades políticas, sino con dolor e ira y un sentimiento de pérdida irreparable. En tales casos, la alienación frente al hogar, la carrera profesional o la historia cultural produce un cierto grado de *desempoderamiento* existencial y dolor emocional que define la *deslocalización* como cualquier cosa menos una hermosa aventura. Más aún, los deslocalizados en circunstancias precarias son divididos en función del capital social, los privilegios o la intencionalidad: una familia pobre desplazada por el desarrollo urbano o una mujer *sintecho* desalojada bruscamente por un oficial de la policía de Los Ángeles son deslocalizados de forma diferente a como lo hace un ciclista de Critical Mass o un artista itinerante (ver Cresswell, 1997). Entre todos estos grupos, también está presente el problema del estado actual contra el estado deseado. Como Saunders (2011) ha mostrado, muchos migrantes rurales deslocalizados hacia zonas urbanas —o como comúnmente sucede, deslocalizados de acá para allá repetidamente entre las poblaciones rurales y las áreas urbanas— lo hacen con la firme esperanza de un

asentamiento eventual y permanente en la ciudad. Estas observaciones finales, por lo tanto, no son un catálogo completo de las dimensiones empíricas de la deslocalización ni una celebración de la deslocalización como tal, sino más bien una especulación sobre las complejas políticas de este fenómeno.

Dentro de esta complejidad, hay ciertas coincidencias. «La mayoría de trabajos inseguros y la mayoría siguen siendo todavía llevados a cabo sobre todo por mujeres» (Galetto *et al.*, 2007: 106), por ejemplo, y «jóvenes, mujeres e inmigrantes están desproporcionadamente representadas en... el *precariado*» (Ross, 2008: 41; ver Aubenas, 2011). Es más, estas coincidencias a menudo se cruzan con grupos o situaciones espaciales particulares, como en el reciente bloqueo callejero ilegal por parte de los conductores de taxi australianos, muchos de los cuales eran también estudiantes universitarios internacionales con visados restringidos. «Se plantea entonces la cuestión», escribe Neilson y Rossitor (2008: 66), de «si el bloqueo es una cuestión de los taxistas, de los migrantes o de los estudiantes. Sugerimos que una razón del éxito de la protesta... fue el hecho de que [se dieron] las tres al mismo tiempo». Ampliando este punto de vista, Ross (2008) y otros se preguntan si una causa común puede ser encontrada entre la relativamente clase alta de trabajadores *creativos* y los trabajadores de clase más baja del sector servicios, incluso con la precariedad compartida de sus trabajos y vidas. Puede que no, en muchos casos; aun así, como en el episodio de Serpico Naro, creatividad y desplazamiento pueden a veces juntarse para formar poderosas alianzas entre diferencias de ocupación o estatus. Un manifiesto del precariado sugiere algo de esto, y refleja también la profunda incertidumbre que ahora une las vidas de mucha gente joven desde Europa y los Estados Unidos hasta el Norte de África y Oriente Medio: «Todos somos migrantes buscando una vida mejor» (Tari y Vanni, 2005).

Entre los migrantes modernos actuales, una geografía social y cultural de la deslocalización puede incluir a los *hobos*, vagabundos y nómadas que atraviesan Norteamérica, Europa y más allá (Daniels, 2008; Grant, 2003); a los gitanos itinerantes que se mueven a través de y en contra de las fronteras gubernamentales (Shubin, 2011; Ward, 2000); a los refugiados económicos y políticos moviéndose de un país a otro en busca de trabajo, seguridad o renovación política; a los trabajadores migrantes, cotidianamente victimizados por el Estado y las autoridades económicas, pero también cargados del potencial para «evadir el escrutinio del Estado y la disciplina capitalista» (Ross, 2008: 37); a aquellos que actúan al margen del trabajo tradicional recolectando basura u objetos (Ferrell, 2006), o «trabajando a destajo, desde casa, por cuenta propia» (Gill y Pratt, 2008: 3); a las trabajadoras del sexo y prostitutas migrantes que quedan deslocalizadas tanto de sus comunidades de origen como de sus actuales comunidades de residencia (O'Neill, 2001; Oude Breuil, 2009) y a muchos ignorados cuyas vidas cotidianas están definidas por la incertidumbre espacial y ontológica. En toda esta heterogeneidad de personas y enfoques, varias dinámicas sugerirían al menos el potencial de afinidades de la experiencia. La primera es la gran probabilidad de que tales grupos continuarán infringiendo las cada vez más rígidas fronteras espaciales y legales mientras vagan por las ciudades, los países y sus ocupaciones laborales. Como ya se ha visto, esta transgresión legal-espacial está casi asegurada, no solo por el mismo movimiento de los deslocalizados, sino por la reconfiguración contemporánea del espacio público como una serie de cierres, barreras y obstáculos concebidos para criminalizar el libre movimiento. Por esto, la experiencia de la deslocalización incluiría, en muchos casos, las experiencias consecutivas de exclusión y alienación. En estos casos el deslocalizado existe como un continuo

extraño fuera de las fronteras de su país de origen, el mercado de trabajo convencional, el espacio designado, o la ciudadanía legal. En la medida en que esta deslocalización continúa, las exclusiones acumuladas refuerzan así la identidad del deslocalizado como un extraño al margen en numerosas ocasiones. Aquí están el dolor, la pérdida y la alienación de la deslocalización, el vacío del desplazamiento también, pero aquí está también el ímpetu de vivir y aprender fuera de las fronteras marcadas por el orden social. Infractor habitual por ley o por elección, el deslocalizado puede adquirir —o puede verse forzado a adquirir— un sentido de él mismo y de la sociedad que no está al alcance de los sedentarios. «Por otra parte, quiere decir que cuando señalas uno de los lados, los invades desde todos esos lugares que quedan del otro lado» dice un *sintecho* urbano detenido en una zona bajo prohibición. «¡Es lo mismo en todas partes! ¡No puedes ir al Sorry's, no puedes ir al Feathers, no puedes ir al Rainier Beach, no puedes ir al Bank of America, no puedes ir al sitio ese de Moore, no puedes ir al Safeway, no puedes ir a ninguna parte!» (Beckett y Herbert, 2009: 131).

Richard Grant (2003: 263) resume sus años vagabundeando por los Estados Unidos con vaqueros de rodeo itinerantes, indigentes en trenes de mercancías y *neohippies* ambulantes de forma igualmente didáctica: «Tienen la quintaesencia de la actitud nómada hacia la sociedad sedentaria», concluye:

> No pagan impuestos, no votan y no se sienten vinculados al contrato social. Y gracias a las leyes contra el vagabundeo, contra la mendicidad, las leyes contra pernoctar en los parques, las leyes contra el *autostop* y montar en trenes de mercancías —las leyes, en fin, que hacen ilegal ser pobre y nómada— están atrapados en un conflicto con el Estado sedentario y su poder coercitivo.

La noción de Grant de una *actitud nómada* apunta hacia una segunda dinámica, esta perceptual: la dinámica por la cual la deslocalización puede crear afinidades de percepción y conocimiento alternativas en aquellos atrapados en ella. Los geógrafos se han dado cuenta de esta tendencia, tanto en sus propios estudios de movilidad y actitud espaciales (Prince, 1973), como en su invocación del *flaneur* o paseante (Keith, 1997). Tanto para los geógrafos culturales como para los investigadores literarios, el paseante adopta un modelo característico de ciudadanía urbana, no solo por el continuo e incierto movimiento de este a lo largo de la ciudad, sino por las particulares formas de conocimiento que tal movimiento produce. Como un ocioso y errante urbanita, el paseante construye un entendimiento holístico, comparativo de los espacios de la ciudad, que tiene el potencial de socavar las percepciones más asentadas de los sedentarios. Keith (1997: 145) argumenta que, «espacialmente, el orden de las cosas nunca es mejor revelado que a través de esta disrupción, las sorprendentes yuxtaposiciones del paseo callejero...». De Certeau (1984: 10) está de acuerdo: «El largo poema de caminar manipula las organizaciones espaciales, no importa lo panópticas que puedan ser», dice. «Crea sombras y ambigüedades dentro de ellas».

Quizás la posibilidad más provocativa a este respecto es la práctica situacionista de la *dérive*, una deriva fluida a través del espacio urbano, un «rápido pasaje por entornos variados», con la intención de «estudiar un terreno o desorientarse emocionalmente a uno mismo» (Debord, 1958). Graeber (2009: 258, ver 526-528; 2007: 394) señala que «el legado situacionista es probablemente la influencia teórica individual más importante en el anarquismo contemporáneo en América», y por supuesto la noción situacionista de crear una «revolución de la vida cotidiana» a partir de momentos que alteran e invierten

las estructuras dominantes puede verse en las políticas de intervención espacial de Critical Mass, Reclaim the Streets, Project S.I.T., y otros grupos anarquistas (Ferrell, 2001). Clave para este tipo de políticas espontáneas y subversivas es la *dérive*, como Vaneigem (2001 [1967]: 195) escribió, la naturaleza de la *dérive* es tal que «perdiéndome, me encuentro; olvidándome de que existo, me doy cuenta de mí mismo... El viajero que está siempre pensando en la longitud de la carretera que tiene ante él se cansa más fácilmente que su compañero que deja volar su imaginación y va con ella». Aquí vemos una relación directa e intencionada de políticas anarquistas, deslocalización y espacio, con la esperanza de que la deslocalización a través de las estructuras espaciales puede crear el tipo de experiencias críticas, comparadas, necesarias para la liberación individual y social. Significativamente, los activistas del precariado han comenzado a relacionar estas políticas de la *dérive* con las vidas de aquellos para quienes la deslocalización no ha sido una elección sino una imposición. Buscando señalar la sobrerrepresentación de la mujer en el trabajo precario, el colectivo feminista Precarias a la Deriva ha empleado la *dérive* para «transitar por los circuitos y espacios de trabajo feminizado que constituyen sus vidas diarias». Deslocalizadas a través de los espacios feminizados de trabajadoras domésticas, teleoperadoras, empleadas de hostelería y otros, las integrantes de Precarias a la Deriva han sido capaces de «encontrar puntos de coincidencia y alianza», y de «encontrar formas de convertir la movilidad y la incertidumbre en puntos de intervención estratégicos» mediante la desfamiliarización con entornos dados por supuestos, encuentros colectivos, talleres y otras técnicas igualmente contagiosas (Shukaitis, 2009: 152-156; ver Makeworlds, 2003).[24]

24. Con su noción del nómada y el nomadismo, Deleuze y Guattari proponen asimismo que «la vida del nómada está en el *intermezzo*», esto es, que el conocimiento del mundo

Todo esto implica que la deslocalización produce a menudo un tipo de exterioridad crítica, relativa, mediante la cual los deslocalizados son capaces de —o son forzados a— ver más allá de la realidad de cualquier situación. Aquí quizás el dolor y la posibilidad de la deslocalización están relacionados. La angustia del migrante de un viaje global que no acaba nunca, la atrocidad de las personas *sintecho* atrapadas entre interminables órdenes de exclusión urbanas, las cambiantes perspectivas derivadas del largo poema de caminar de la *dérive* o el paseante, cada uno profundamente diferente y, sin embargo, cada uno construido desde la experiencia recurrente del desplazamiento radical. En cada caso, la experiencia de la deslocalización parece producir una intencionalidad creciente y, con ella, un sentido de sí misma como separado de alguna forma del sedentario orden social. Ya sea esta alienación espacial y normativa impuesta por las estructuras contemporáneas o adoptada por sus posibilidades liberadoras, parece al menos crear el potencial para una crítica progresista del estado actual de las cosas. Dada la compleja experiencia de la deslocalización, esta crítica parece abrazar algo del ojo crítico del sociólogo de las estructuras sociales, el ojo atento del antropólogo para la comparación y el ojo de cartógrafo del geógrafo para los espacios de poder (Ferrell, 2011b). Más allá, la recurrente, radical exterioridad de la deslocalización parecería promover el tipo de epistemología anarquista que Feyerabend (1975) detalló: una epistemología consciente de las dimensiones del poder y la autoridad integradas en una comprensión y percepciones que de otra manera probablemente se darían por supuestas. Una vez más, para el trabajador temporal desesperado o la persona expulsada de la calle, tales ideas pueden ser sobrepasadas por la simple tarea de sobrevivir en un espacio

---

del nómada se vuelve *fluido*, incontenible y comparativo entre y más allá de lugares particulares.

bajo regímenes espaciales, legales y económicos cada vez más excluyentes. Para ellos, cierto espíritu de *deriva bella* autoimpuesta puede o no surgir entre las injusticias de la deslocalización contemporánea.

Si las muchas trayectorias contemporáneas que generan deslocalización continúan, ciertamente tendremos la oportunidad de descubrirlo. Como sucede con Precarias a la Deriva, Critical Mass y otros, la clave para descubrir el progresivo potencial de la deslocalización puede estar en el potencial paralelo para crear culturas y comunidades compartidas de la deslocalización. El trabajo de Precarias a la Deriva sugiere que los deslocalizados pueden estar particularmente bien ubicados —o desubicados— para descubrir los espacios de otros desplazados. Si es así, quizás la omnipresencia de la deslocalización contemporánea conducirá a nuevas formas de comunidades, inciertas, inestables, anárquicas por naturaleza y aun así provisionalmente conectadas por las experiencias y percepciones comunes de la deslocalización. Quizás la deslocalización se convertirá en una forma preferente de desorganización, una forma que por sus propias dinámicas garantiza alianzas flexibles y líneas de desarrollo de la acción directa. Tal vez, en términos de anarquismo clásico, la deslocalización conlleva el potencial para nuevas dinámicas de ayuda mutua y formas fluidas de autoayuda colectiva (Kropotkin, 1902). Frente a las trayectorias contemporáneas, quizás la cuestión no sería si nos deslocalizaremos sino únicamente si lo haremos juntos o separados.

Bibliografía

Amin, A. (2008): «Collective culture and urban public space», *City* 12 (1) pp. 5-24.

Amster, R. (2008): *Lost in Space*, LFB, Nueva York.

Anónimo (2003): *Evasion*, CrimethInc, Atlanta.

Aspden, K. (2008): *The Hounding of David Oluwale*, Vintage, Londres.

Aubenas, F. (2011): *The Night Cleaner*, Polity, Cambridge.

Bauman, Z. (2000): Liquid Modernity, Polity, Cambridge (Trad. *Modernidad líquida*, FCE, Buenos Aires, 2004).

— (2002): «In the lowly nowherevilles of liquid modernity», *Ethnography* 3 (3): pp. 343-349.

Beckett, K y Herbert, S (2009): *Banished: The New Social Control in Urban America*, Oxford University Press, Nueva York.

Berk, R. y McDonald, J. (2010): «Policing the homeless», *Criminology and Public Policy* 9 (4): pp. 813-840.

Braverman, H. (1974): *Labor and Monopoly Capital*, Monthly Review, Nueva York (Trad. *Trabajo y capital monopolista*, Nuestro Tiempo, México, 1975).

Butler, P. (2011): «Anger as Westminster Council bans soup run for homeless», *The Guardian Weekly*, 25 de marzo.

Carlsson, C. (2002): «Cycling under the radar: assertive desertion», en Carlsson C. (ed.): *Critical Mass* (pp. 75-82), AK Press, Oakland.

Carlsson, C. y Manning, F. (2010): «Nowtopia: strategic exodus?», *Antipode* 42 (4): pp. 924-953

Cresswell, T. (1997): «Imagining the nomad», en G. Benko y U. Strohmayer (eds.): *Space and Social Theory* (pp. 360-379), Blackwell, Oxford.

Culhane, D. (2010): «Tackling homelessness in Los Angeles' skid row», *Criminology and Public Policy* 9 (4): pp. 851-857.

Daniels, B. (2008): *Mostly True*, Microcosm, Bloomington.

De Angelis, M. y Harvie, D. (2009): «*Cognitive capitalism* and the rat-race», *Historical Materialism* 17 (3): pp. 3-30.

Debord, G. (1958 [visto el 12/04/2011]): *Theory of the derive*. http://www.bopsecrets.org. (Trad. disponible en: http://www.ugr.es/~silvia/documentos%20colgados/IDEA/teoria%20de%20la%20deriva.pdf)
De Certeau, M. (1984): *The Practice of Everyday Life*, University of California Press, Berkeley.
Delueze, G. y Guattari, F. (1987): *A Thousand Plateaus*, University of Minnesota Press, Minneapolis. (Trad. *Mil mesetas*, Pre-Textos, 1997)
Domit, M. y Goodman, D. (2011): «Driver accused of injuring Brazil cyclists», *The New York Times*, 3 de marzo.
Fantone, L. (2007): «Precarious changes: gender and generational politics in contemporary Italy», *Feminist Review* 87: pp. 5-20
Ferrell, J. (2001): *Tearing Down the Streets: Adventures in Urban Anarchy*, Palgrave/St Martin's, Nueva York.
— (2006): *Empire of Scrounge*, New York University Press, Nueva York.
— (2011a): «Corking as community policing», *Contemporary Justice Review* 14 (1): pp. 95-98.
— (2011b): «Disciplinarity and drift», en M. Bosworth y C. Hoyle (eds.): *What Is Criminology?* (pp. 62-75), University of Oxford Press, Oxford.
Ferrell, J., Hayward K. y Young J. (2008): *Cultural Criminology: An Invitation*, Sage, Londres.
Feyerabend, P. (1975): *Against Method*, Verso, Londres (Trad. *Tratado contra el método*, Tecnos, 1986).
Galetto, M., Lasala, C., Magaraggia, S., Martucci, C., Onori, E. y Pozzi, F. (2007): «A snapshot of precariousness», *Feminist Review* 87: pp. 104-112.
Gill, R. y Pratt, A. (2008): «In the social factory? Immaterial labour, precariousness, and cultural work», *Theory, Culture and Society* 25 (7-8): pp. 1-30.
Graeber, D. (2007): *Possibilities*, AK Press, Oakland.
— (2009): *Direct Action: An Ethnography*, AK Press, Oakland.
Grant, R (2003): *American Nomads*, Grove, Nueva York.
Harvey, D. (2008): «The right to the city», *New Left Review* 53: pp. 23-40.

Jordan, J. (1998): «The art of necessity», en G. McKay (ed.): *DiY Culture* (pp. 129-151), Verso, Londres.
Keith, M. (1997): «Street sensibility? Negotiating the political by articulating the spatial», en A. Merrifield y E. Swyngedouw (eds.): *The Urbanization of Injustice* (pp. 137-160), New York University Press, Nueva York.
Kropotkin, P. (1975): *The Essential Kropotkin*, Liveright, Nueva York.
— (1902): *Mutual Aid*, Heinemann, Londres (Trad. *El apoyo mutuo*, Madre Tierra, Móstoles, 1989).
Lichtblau, E. (2009): «Attacks on homeless bring push on hate-crime laws», The New York Times, 7 de agosto.
Mac Leod, G. (2002): «From urban entrepreneurialism to a *revanchist city*?», *Antipode* 4 (3): pp. 602-624.
Makeworlds (2003 [visto el 25/03/2011]): «Precarias: First stutterings of Precarias a la Deriva», en http://www.makeworlds.org/node/61. (Puede encontrarse en *Precarias a la deriva*, Traficantes de Sueños, Madrid, 2003).
Marcus, G. (1989): *Lipstick Traces*, Harvard University Press, Cambrigde.
Markusen, A. y Schrock, G. (2009): «Consumption-driven urban development», *Urban Geography* 30 (4): pp. 344-367.
Marx, G. (1981): «Ironies of social control», *Social Problems* 28 (3): pp. 221-246.
Massey, D. (2006): «Landscape as a provocation», *Journal of Material Culture* 11 (1/2): pp. 33-48.
Mc Donogh, G. (1993): «The geography of emptiness», en R. Rotenberg y G. McDonogh (eds.): *The Cultural Meaning of Urban Space* (pp. 3-15), Bergin y Garvey, Westport.
McKay, G. (ed. 1998): *DiY Culture*, Verso, Londres.
Mitchell, D. (2003): *The Right to the City*, Guilford, Nueva York.
Neilson, B. y Rossiter, N. (2008): «Precarity as a political concept, or, Fordism as exception», *Theory, Culture and Society* 25 (7-8): pp. 51-72.
O'Malley, P. (2010): *Crime and Risk*, Sage, Londres.

O'Neill, M. (2001): *Prostitution and Feminism*, Polity, Cambridge.
Oude Breuil, B. (2009): «Nachtblind-en Zichtbaarheid van prostitutiemigratie in Marseille», en C. Brants y S. van der Poel (eds.): *Diverse Kwesties* (pp. 125-137), Boom Juridische Uitgevers, Den Hag.
Prince, H. (1973): «Scepticism, mobility and attitudes to environment», *Antipode* 5 (3): pp. 40-44.
Reclaim the Streets (2000 [visto el 15/07/2011]): *On disorganization*. http://rts.gn.apc.org/disorg.htm.
Ross, A. (2008): «The new geography of work: Power to the precarious?», *Theory, Culture and Society* 25 (7-8): pp. 31-49.
Saunders, D. (2011): *Arrival City*, Pantheon, Nueva York.
Seligson, H. (2011): «Job jugglers, on the tightrope», *The New York Times*, 26 de junio.
Shantz, J. (2011): *Active Anarchy*, Lanham, Lexington.
Shepard, B. y Smithsimon, G. (2011): *The Beach Beneath the Streets: Contesting New York City's Public Spaces*, SUNY Press, Albany.
Shubin, S. (2011): «"Where can a gypsy stop?" Rethinking mobility in Scotland», *Antipode* 43 (2): pp. 494-424.
Shukaitis, S. (2009): *Imaginal Machines*, Autonomedia, Brooklyn.
Smith, N. (1997): «Social justice and the new American urbanism: The revanchist city», en A. Merrifield y E. Swyngedouw (eds.): *The Urbanization of Injustice* (pp. 117-136), New York University Press, Nueva York.
Springer, S. (2011): «Public space as emancipation: Meditations on anarchism, radical democracy, neoliberalism, and violence», *Antipode* 43 (2): pp. 525-562.
Tari, M. y Vanni, I. (2005 [visto el 18/03/2011]): «On the life and deeds of San Precario, patron saint of precarious workers and lives», *Fibreculture Journal* 5. http://five.fibreculturejournal.org/.
Vaneigem, R. (2001 [1967]): *The Revolution of Everyday Life*, Rebel, Londres.

Vitale, A. (2010): «The Safe Cities Initiative and the removal of the homeless», *Criminology and Public Policy* 9 (4): pp. 867-873.
Ward, C. (1973): *Anarchy in Action*, Harperand Row, NewYork. (*Anarquía en acción*, Enclave de Libros, Madrid, 2013).
— (2000): *Social Policy: An Anarchist Response*, Freedom Press, Londres.
Wilson, J. y Kelling, G. (1982): «Broken windows», *The Atlantic* (marzo): pp. 29-38.
Wong, E. (2011): «The labyrinth», *The New York Times Magazine*, 24 de abril.
Zukin, S. (1997): «Cultural strategies of economic development and the hegemony of vision», en A. Merrifield y E. Swyngedouw (eds.): *The Urbanization of Injustice* (pp. 223-243), New York University Press, Nueva York.
— (2010): *Naked City*, Oxford University Press, Nueva York.

LO QUE DEBE SER LA GEOGRAFÍA

Piotr Kropotkin

(1885)

Era fácil predecir que el gran resurgimiento de la ciencia natural al que tuvo la dicha de asistir durante treinta años nuestra generación, así como la nueva dirección dada a la literatura científica por una falange de hombres eminentes que se atrevieron a ofrecer los resultados de las investigaciones científicas más complicadas en una forma accesible al lector medio, produciría un resurgimiento parecido de la geografía. Esta ciencia, que recoge las leyes descubiertas por sus ciencias hermanas, y muestra su acción mutua y sus consecuencias con respecto a las superficies del globo, no podía permanecer al margen del movimiento científico general; y ahora vemos que se despierta un interés por la geografía que recuerda mucho el interés general que esta provocó en la generación anterior durante la primera mitad de este siglo. Nosotros no hemos tenido un viajero y filósofo de tanto talento como Humboldt: pero los recientes viajes al Ártico y las exploraciones de las profundidades marinas, y todavía más, el rápido progreso obtenido en la biología, la climatología, la antropología y la etnología comparada, han dado a los trabajos geográficos un atractivo tan grande y un significado tan profundo que los propios métodos de descripción de la esfera terrestre han experimentado recientemente una profunda

modificación. El mismo alto nivel de razonamiento científico y de generalizaciones filosóficas al que Humboldt y Ritter nos habían acostumbrado, vuelve a aparecer en la literatura geográfica. No nos sorprende, en ese sentido, que tanto la descripción de viajes como la geografía en general se esté convirtiendo otra vez en la clase de lectura más popular.

Era absolutamente normal, asimismo, que el resurgir de la afición por la geografía dirigiera la atención del público hacia el estudio de la geografía en las escuelas. Se investigó, y se descubrió con asombro que nos habíamos arreglado para hacer en nuestras escuelas de esta ciencia —la más atractiva y sugestiva para la gente de todas las edades— uno de los temas más áridos y más ininteligibles. Nada interesa tanto a los niños como los viajes, y nada es más aburrido y menos atractivo en la mayoría de las escuelas que lo que allí se bautiza como Geografía. Es cierto que lo mismo podría decirse, casi con las mismas palabras y con escasas excepciones, respecto a la física y la química, la botánica y la geología, la historia y las matemáticas. Una profunda reforma de la enseñanza de todas las ciencias es tan absolutamente necesaria como una reforma de la educación geográfica. Pero mientras la opinión pública ha permanecido más bien sorda respecto a la reforma general de nuestra educación científica —pese a haberla preconizado los hombres más eminentes de nuestro siglo— parece haber comprendido de una vez la necesidad de reformar la enseñanza geográfica: la agitación iniciada recientemente por la Sociedad Geográfica, el informe anteriormente citado de su Comisario Especial, su exhibición, han encontrado en la prensa una simpatía general. Nuestro siglo mercantilista parece haber comprendido mejor la necesidad de una reforma tan pronto como los intereses llamados *prácticos* de colonización y de guerra se colocaron en primer plano. Bien, pasemos; pues, a tratar de la reforma de la educación de la geografía. Una primera discusión mostrará necesariamente

que nada serio puede lograrse en este sentido a menos que emprendamos la correspondiente, pero mucho más amplia, reforma general de todo nuestro sistema educativo.

Sin duda alguna, raramente puede existir otra ciencia que pueda hacerse tan atractiva para el niño como la geografía, ni un instrumento tan poderoso para el desarrollo general de la mente, para familiarizar al escolar con el auténtico método de razonamiento científico, y para despertar la afición hacia todas las ciencias naturales. Los niños no son grandes admiradores de la propia naturaleza en tanto esta no tiene nada que ver con el hombre. El sentimiento artístico que desempeña un papel tan importante en los placeres intelectuales de un naturalista todavía es muy débil en el niño. Las armonías de la naturaleza, la belleza de sus formas, o las admirables adaptaciones de los organismos, la satisfacción espiritual que produce el estudio de las leyes físicas —todo esto puede venir más tarde pero no en la primera infancia—. El niño busca en todas partes al hombre, sus luchas contra los obstáculos, su actividad. Los minerales y las plantas le dejan frío; pasa por un período en que predomina la imaginación. Quiere dramas humanos y, por tanto, historias de caza y de pesca, de viajes marinos, de luchas contra peligros, de costumbres y conductas, de tradiciones y migraciones que son, obviamente, una de las mejores formas de desarrollar en un niño el deseo de estudiar la naturaleza. Algunos *pedagogos* modernos han intentado matar la imaginación en el niño. Los mejores comprenderán que el razonamiento científico es un precioso auxiliar de la imaginación. Comprenderán que Tyndall intentara en una ocasión impresionar a sus oyentes: a saber, que ningún razonamiento científico profundo es posible sin la ayuda de un poder imaginativo muy desarrollado; y utilizarán la imaginación del niño, no para atiborrarla con supersticiones, sino para despertar el amor hacia los estudios científicos. La descripción

de la tierra y sus habitantes será, sin duda, uno de los medios mejores para lograr ese objetivo. Historias de hombres luchando contra fuerzas naturales hostiles: ¿puede escogerse algo mejor para inspirar a un niño el deseo de profundizar en el secreto de esas fuerzas? Uno puede inspirar muy fácilmente a un niño la pasión del *coleccionismo* y que transformen sus habitaciones en tiendas de curiosidades, pero a una edad temprana no es fácil inspirarles el deseo de profundizar en las leyes de la naturaleza; mientras que nada es más fácil que despertar los poderes de comparación de una mente joven contándole historias de países lejanos, de sus plantas y animales, de su escenario y fenómenos, en cuanto plantas y animales, torbellinos y tronadas, erupciones volcánicas y tempestades estén conectados con el hombre. Esta es la tarea del geógrafo en la primera infancia: por intermedio del hombre, interesar al niño en los principales fenómenos de la naturaleza, despertarle el deseo de conocerlos y aclararlos.

La geografía debe rendir, además, otro servicio mucho más importante. Debe enseñarnos, desde nuestra más tierna infancia, que todos somos hermanos, sea cual sea nuestra nacionalidad. En una época como la nuestra, de guerras, de autopresunción nacional, de celos y odios nacionales hábilmente alimentados por gente que persigue sus propios intereses de clase, egoístas o personales, la geografía debe ser —en la medida en que la escuela pueda hacer algo para contrarrestar las influencias hostiles— un medio para disipar esos prejuicios y para crear otros sentimientos más dignos de la humanidad. Debe mostrar que cada nacionalidad aporta su precioso ladrillo para el desarrollo general de la comunidad, y que solo unas pequeñas partes de cada nación están interesadas en mantener los odios y los celos nacionales. Hay que admitir que, al margen de otras causas que alimentan las envidias nacionales, las diferentes nacionalidades no se conocen suficientemente entre sí.

Las curiosas preguntas sobre su país que se le hacen a todo extranjero; los absurdos prejuicios con respecto a una u otra que se extienden de un extremo a otro de un continente —más aún, en las dos orillas de un río— prueban ampliamente que incluso entre aquellos a quienes describimos como pueblo educado la geografía solo es conocida por su nombre. Las pequeñas diferencias que observamos en las costumbres y comportamientos de las diferentes nacionalidades, así como las diferencias entre los caracteres nacionales que pueden verse sobre todo entre las clases medias, nos hacen olvidar el inmenso parecido existente entre las clases trabajadoras de todas las nacionalidades —parecido que se vuelve más impresionante con un mayor conocimiento—. Es tarea de la geografía aportarnos esta verdad, en toda su luz, en medio de todas las mentiras acumuladas por la ignorancia, la presunción y el egoísmo. Tiene que imponer en las mentes de los niños la idea de que todas las nacionalidades son estimables; de que cuales fueren las guerras que hubieran hecho, solo un egoísmo miope estaba en el fondo de todas ellas. Debe mostrar que el desarrollo de cada nacionalidad fue consecuencia de varias grandes leyes naturales, impuestas por los caracteres físicos y étnicos de la región que habitara; que los esfuerzos hechos por otras nacionalidades para frenar su desarrollo natural habían sido meros errores; que las fronteras políticas son reliquias de un bárbaro pasado; y que el trato entre los distintos países, sus relaciones y su influencia mutua, están sometidos a unas leyes tan poco dependientes de la voluntad de separar a los hombres como las leyes que rigen el movimiento de los planetas.

Esta segunda tarea es todavía mayor; pero existe una tercera, quizá todavía mayor: la de acabar con los prejuicios sobre los que nos erigimos con respecto a las llamadas *razas inferiores* —y esto precisamente en una época en que todo hace prever que pronto entraremos

en un contacto con ellos de forma mucho más íntima que nunca—. Cuando un estadista francés proclamaba recientemente que la misión de los europeos es la de civilizar a las razas inferiores con los medios a los que había recurrido para civilizar a algunas de ellas —esto es, con las bayonetas y las masacres de Bacleh—, no hacía más que elevar a la categoría de teoría los hechos vergonzosos que protagonizan cada día los europeos. ¿Y cómo podrían actuar de otra forma si desde su más tierna infancia se les enseña a despreciar a *los salvajes*, a considerar «las verdaderas virtudes de los paganos como un crimen disfrazado», y a mirar hacia las *razas inferiores* como un mero fastidio en el globo —fastidio que solo hay que soportar en la medida en que él saque dinero—? Uno de los mayores servicios rendidos últimamente por la etnografía ha sido el de demostrar que esos *salvajes* han comprendido cómo desarrollar altamente en sus sociedades los mismos sentimientos humanos sociables que los europeos están tan orgullosos de profesar, pero que practican tan raramente; que las *bárbaras costumbres* de las que nos burlamos con suma facilidad, o que escuchamos con disgusto, o son resultados de una necesidad muy fuerte (una madre esquimal mata a su hijo recién nacido para poder alimentar a los otros, a los que cuida y atiende mejor de lo que lo hacen millones de nuestras madres europeas), o son formas de vida en las que nosotros, los orgullosos europeos, todavía estamos viviendo después de haberlas modificado ligeramente; y que las supersticiones que encontramos tan divertidas cuando las observamos entre los *salvajes* están tan vivas entre nosotros como entre ellos, solo que con nombres cambiados. Hasta ahora los europeos han «civilizado a los salvajes» con whisky, tabaco y el secuestro; les han inoculado nuestros propios vicios; los han esclavizado. Pero está llegando el momento en que consideraremos que tenemos que darles algo mejor: esto es, el conocimiento de las fuerzas de la naturaleza, las

formas de utilizarlas, y las formas superiores de vida social. Todo esto, y muchas otras cosas, debe enseñarlas la geografía si intenta realmente convertirse en un medio de educación.

La enseñanza de la geografía debe pues perseguir un triple objetivo: despertar en nuestros niños la afición por todas las ciencias naturales; enseñarles que todos los hombres son hermanos, sea cual sea su nacionalidad; y enseñarles a respetar a las *razas inferiores*. Así entendida, la reforma de la educación geográfica es inmensa: es nada menos que una reforma de todo el sistema de enseñanza seguido en nuestras escuelas.

Esto implica, en primer lugar, una reforma total de la enseñanza de todas las ciencias exactas. Estas, en vez de las lenguas muertas, han de ser la base de la educación impartida en nuestras escuelas. Ya hemos pagado durante demasiado tiempo nuestro tributo al sistema educativo escolástico medieval. Es hora de iniciar una nueva era de educación científica. Es evidente, además, que mientras nuestros niños ocupen las tres cuartas partes de su horario escolar estudiando latín y griego no les quedará tiempo para realizar un estudio serio de las ciencias naturales. Un sistema mixto sería, sin duda, alguna un fracaso. Las exigencias de una educación científica son tan amplias que un estudio serio solo de las ciencias exactas absorbería todo el tiempo del escolar, para no hablar de las necesidades de la educación técnica, mejor dicho, de la educación de un futuro cercano —la llamada *educación integral*—. Si se adoptara un sistema bastardo, que combinara la educación clásica con la científica, nuestros chicos y chicas recibirían una educación mucho peor que la que están recibiendo ahora en los colegios clásicos.

No obstante, sin entrar en el debate sin fin entre dos sistemas educativos, hay que hacer dos observaciones directamente relacionadas con la educación geográfica. Todo el mundo conoce hoy los dos

argumentos clave de los defensores de los estudios clásicos y, sin duda alguna, ningún naturalista los subestima.

Se nos dice, primero, que el estudio de las lenguas muertas es un poderoso instrumento para llevar al alumno a la autorreflexión, la autointerrogación, el autorrazonamiento, y que el estudio de las ciencias naturales no proporciona un medio semejante de educación; y en segundo lugar, se alega que el estudio de la antigüedad griega y romana enseña un carácter humanitario que no pueden darlo solo las ciencias naturales.

La primera de estas dos objeciones ya ha recibido respuesta de los naturalistas, no solo sobre el papel sino en la escuela. Están ya reformando sus métodos de enseñanza de forma que las ciencias naturales se conviertan en el más poderoso instrumento para el autoestudio. Desde luego, si damos a un alumno la obra de Euclides —que es un resumen de un conocimiento dolorosamente elaborado, del que se ha eliminado toda la obra de investigación preliminar— es lo mismo que si diéramos a nuestros niños una traducción de Cicerón y les pidiéramos que se la aprendieran de memoria, sin inducirles a descubrir por sí mismos el significado de cada frase por separado. Pero ya hay otra geometría; aquella mediante la cual el señor Tyndall interesó una vez a sus alumnos; aquella que ya se usa en parte en Alemania y en otras partes: la geometría que consiste en plantear solo problemas graduales y que llevan al alumno a descubrir las demostraciones de todos los teoremas, en vez de tratar de aprender de memoria las demostraciones descubiertas por otra gente distinta a él. Yo he probado este método varias veces y he obtenido resultados totalmente inesperados, tanto por la seriedad del conocimiento como por la rapidez en la enseñanza, especialmente si tenía la suerte de encontrar a un muchacho o muchacha que nunca había aprendido geometría según el método mnemotécnico usual. La

rapidez en la enseñanza en el método de *problemas* es algo realmente asombroso si no se ha presionado al alumno al principio; si se ha tenido paciencia para esperar hasta que ha descubierto por sí mismo la solución de unos pocos problemas más sencillos (obviamente cada teorema puede ser tratado como un problema), uno ve cómo domina el resto de la geometría (en el plano y en el espacio) en muy pocos meses, y resuelve los problemas más complicados relativos a los círculos y las tangentes con una facilidad que le hace a uno lamentar haber sido enseñado de otra forma. Lo que se ha hecho con la geometría ya se está haciendo con todas las ciencias naturales. No está lejos el día en que, tanto en física como en química, en botánica como en zoología, el escolar ya no aprenderá más de memoria, sino que se le inducirá a descubrir por sí mismo las leyes físicas y las funciones de los órganos, como ya descubre las relaciones existentes entre los lados de un triángulo y la perpendicular trazada desde uno de sus vértices hasta la base.

Hasta el momento —en esas etapas preliminares— no están seguramente por detrás del estudio de las lenguas en cuanto a medio (le acostumbrar a los niños a autorrazonar y autointerrogarse. Pero en lo que van infinitamente por delante es en abrir ante nuestras juventudes un inmenso campo de nuevas investigaciones, de nuevas indagaciones. Aunque sea limitado el conocimiento adquirido en ciencias naturales —con tal de que este sea un conocimiento serio los jóvenes, en cada etapa de su desarrollo, pueden hacer nuevas investigaciones, recoger nuevos datos, descubrir o preparar materiales para el descubrimiento de nuevos hechos valiosos. El profesor Partsch, en Breslau, ya ha realizado una tarea muy valiosa con sus estudiantes, que sin duda es digna de ser publicada. Pero eso mismo puede hacerse en cualquier parte, incluso en los países mejor estudiados, incluso con alumnos mucho menos adelantados que los del profesor Partsch.

En cuanto al súbito progreso que hace un muchacho o muchacha en su desarrollo intelectual tan pronto como ha hecho su primera investigación independiente: ¿quién no lo ha observado en alguien, o en sí mismo? El razonamiento profundiza con una rapidez sorprendente; se vuelve más amplio y más seguro —y al mismo tiempo más cauteloso—. Yo nunca olvidaré el caso de un joven de veinte años que había hecho, martillo y barómetro en mano, su primera investigación geológica independiente. Su hermano mayor, que seguía muy de cerca su desarrollo, al ver que su intelecto rápidamente emprendía un nuevo esfuerzo, no pudo dejar de exclamar un día: «¡Qué rápidamente está creciendo tu inteligencia, incluso en pocos meses! ¡Debes haber estudiado mucho el resumen alemán de la *Lógica* de Mill que te regalé!». Sí, lo había hecho; pero en el campo, en medio de la complicada estratificación de las rocas.

La segunda de las objeciones planteadas más arriba permanece, en cambio, intacta. El carácter humanitario del estudio de la antigüedad; su influencia estimulante sobre el desarrollo de los sentimientos humanitarios y de la afición artística (siendo esta última un medio poderoso para el desarrollo de los primeros); su importancia en hacer que los escolares razonen sobre las sociedades y las relaciones humanas —todo esto, se nos dice, no lo proporcionan las ciencias naturales—. Desde luego, ni la física ni la mineralogía tratan estos factores importantes del desarrollo humano. Pero ciertamente no hay un solo naturalista que pida la exclusión de la escuela de todas las ciencias relacionadas con el hombre en beneficio de aquellas relacionadas con el resto de materia orgánica e inorgánica. Por el contrario, pediría que se concediera una parte mucho más importante que la que ha tenido hasta ahora al estudio de la historia y la literatura de todas las nacionalidades. Pediría la ampliación de la ciencia natural al hombre y a las sociedades humanas. Reclamaría un lugar razonable en la educación para la descripción com-

parativa de todos los habitantes humanos de la tierra. En una educación como esa, la geografía tendría su lugar correcto. Manteniéndose como ciencia natural, asumiría, junto con la historia (tanto la historia del arte como la de las instituciones políticas), la inmensa tarea de preocuparse por el lado humanitario de nuestra educación —en la medida en que la escuela es capaz de desarrollarlo—.

No más, desde luego; porque los sentimientos humanitarios no pueden desarrollarse a partir de libros si toda la vida exterior a la escuela actúa en una dirección opuesta. Para ser reales y para convertirse en cualidades activas, los sentimientos humanitarios deben surgir de la práctica diaria del niño. El papel estricto de la educación en este sentido es muy limitado. Aunque limitado, nadie rechazaría imprudentemente incluso esa modesta ayuda. Tenemos tanto que lograr en cuanto se refiere a elevar el desarrollo moral de la mayoría hasta el alto nivel alcanzado por unos pocos, que no puede desdeñarse medio alguno, y ciertamente no negaremos la importancia del elemento mítico de nuestra educación para acercarnos a ese objetivo. Pero entonces, ¿por qué limitar este elemento a las historias griegas y romanas? ¿No tenemos historias para contar y volver a contar de nuestra propia vida —historias de autodedicación, de amor por la humanidad, no inventadas sino reales, no distantes sino al alcance de la mano, que podemos ver cada día a nuestro alrededor? Y si está demostrado que el folklore queda más grabado en la memoria infantil que las historias de nuestra vida cotidiana, ¿por qué se nos obliga a limitarnos a las tradiciones griegas y romanas? Como medio educativo ni un mito griego —casi siempre demasiado sensuales— puede reemplazar a los delicadamente artísticos, castos y altamente humanitarios mitos y canciones de, por ejemplo, los lituanos o los finlandeses; mientras en el folklore de turco-mongoles, indios, rusos y germanos —en resumen, de todas las nacio-

nalidades— encontramos historias tan artísticas, tan vigorosas, tan claramente humanas, que no podemos contemplar sin lamentar cómo nuestros niños se alimentan de tradiciones griegas y romanas, en vez de familiarizarles con las características ocultas en el folklore de otras nacionalidades. En realidad, la etnografía correctamente entendida difícilmente podría compararse con nada, como instrumento para desarrollar en niños y jóvenes el amor por la humanidad en su conjunto, los sentimientos de sociabilidad y de solidaridad con cada criatura humana, así como la autoentrega, el valor y la perseverancia —en una palabra, todos los mejores aspectos de la naturaleza humana—. En mi opinión, disipa la última objeción que puede producirse para abogar por una educación basada en el estudio de las antigüedades griega y latina. Introduce en la educación de las ciencias naturales el elemento humanitario necesario.

Si se diera un significado como ese a la geografía, esta comprendería, tanto en las escuelas primarias como en las universidades, cuatro grandes ramas del conocimiento, suficientemente amplias para constituir en el nivel más alto de la enseñanza cuatro especialidades distintas, o incluso más, pero todas íntimamente conectadas entre sí. Tres de esas ramas —orogénesis, climatología y zoo y fitogeografía— corresponderían, hablando en líneas generales, a lo que se decribe ahora como Geografía Física; mientras que la cuarta, que incluiría algunas partes de la etnología, correspondería a lo que se enseña parcialmente ahora bajo la denominación de Geografía Política; pero se diferirían tanto de lo que hoy se enseña bajo esas dos denominaciones, tanto en lo que se refiere a sus contenidos como en lo que se refiere a sus métodos, que pronto esos nombres serían sustituidos por otros más adecuados.

A la geografía se le ha negado a menudo el auténtico derecho a ser considerada como una ciencia separada, y el informe del señor J.

S. Keltie cita algunas objeciones apuntadas al respecto. No obstante, incluso aquellos que formulan esas objeciones sin duda reconocerán que existe una rama separada del conocimiento —esa que la mentalidad sistemática francesa describe como física del globo y que, pese a cultivar una variedad de temas íntimamente relacionados con otras ciencias, debe ser cultivada y enseñada de forma separada para beneficio tanto propio como de las otras ciencias hermanas—. Su intención es clara: revelar las leyes que rigen el desarrollo del globo. Y no es una mera ciencia descriptiva —no una mera *grafía*, como ha afirmado un geólogo bien conocido—, sino una *logía*; porque descubre las leyes de una cierta clase de fenómenos después de haberlos descrito y sistematizado.

La geografía debe ser, en primer lugar, un estudio de las leyes a que están sometidas las modificaciones de la superficie terrestre: las leyes —porque esas leyes existen, por imperfecto que sea nuestro actual conocimiento de ellas— que determinan el crecimiento y la desaparición de los continentes; sus configuraciones presentes y pasadas; las direcciones de los distintos levantamientos de la corteza terrestre —todos ellos sometidos a algunas leyes telúricas, como la distribución de los planetas y de los sistemas solares están sometidos a leyes cósmicas. Citaremos un ejemplo de entre cientos: si pensamos en los dos grandes continentes, Asia y América del Norte, en la parte que en su estructura juegan las colosales mesetas, la antigüedad de esas mesetas, las series de eras durante las cuales se mantuvieron como continentes, y la dirección de sus ejes y las estrechas extremidades que apuntan hacia una región cercana al estrecho de Behring; si además consideramos el paralelismo en las cadenas montañosas y la perseverancia con que las dos direcciones principales de levantamiento (la noroeste y la nordeste) se repiten en Europa y en Asia a lo largo de una serie de eras geológicas; si observamos la configuración actual de los continentes con sus extre-

midades en punta hacia el Polo Sur; tenemos que admitir que algunas leyes telúricas han presidido la formación de las principales protuberancias y trenzados de la corteza terrestre. Esas leyes todavía no han sido descubiertas: la propia orografía de los cuatro grandes continentes se halla en un estado embrionario; pero ya percibimos una cierta armonía en las grandes líneas estructurales de la tierra, y ya podemos hacer conjeturas sobre sus causas. Este amplio tema tiene que ver, desde luego, con esa parte de la geología que ha recibido recientemente el nombre de *geología dinámica*. Pero orografía y geología dinámica no se confunden: la orogenia sigue siendo una rama separada, demasiado distinta de la geología dinámica como para no tratarla separadamente. Incluso podemos afirmar, sin herir ni a geógrafos ni a geólogos, que el atraso en que está la orogenia se debe precisamente al hecho de que los geógrafos confían demasiado en los geólogos para que se ocupen de ella, y a que no ha sido suficientemente estudiada por un tipo diferenciado de especialistas —por geógrafos completamente familiarizados con la geología—, mientras que el atraso de la propia geología dinámica (el estado inestable del período cuaternario da suficiente derecho para hacer esta afirmación) se debe al hecho de que el número de geólogos que sean al mismo tiempo geógrafos nunca ha sido muy grande, y a que demasiados geólogos descuidaron esa rama dejándola para los geógrafos. Por tanto, los geógrafos han tenido que asumir todo el trabajo, proporcionando a la geología datos que esta podía necesitar.

En segundo lugar, la geografía tiene que estudiar las consecuencias sobre el clima de la distribución de continentes y océanos, de altitudes y depresiones, de cortaduras y grandes masas de agua. Mientras la meteorología descubre, con ayuda de la física, las leyes de las corrientes oceánicas y aéreas, esta parte de la geografía que podría describirse como climatología tiene que determinar la influencia sobre el clima de

las causas topográficas locales. En sus partes generales, la meteorología ha logrado últimamente un inmenso progreso; pero el estudio de los climas locales y de una variedad de causas topográficas secundarias, geográficas y topográficas que influyen en el clima —la climatología propiamente dicha—aún está por hacer. Esta rama requiere también sus propios especialistas, esto es, meteorólogos geógrafos, y la obra realizada hace unos años por los señores Buchan, Mohn, Hahn, Woyeikoff y muchos otros, en esta dirección, muestra muy bien lo que aún queda por hacer.

Una tercera rama inmensa, que también requiere sus propios especialistas, es la de la zoo y fitogeografía. Mientras la botánica y la zoología eran consideradas como ciencias meramente descriptivas, podían tocar accidentalmente el tema de la distribución de plantas y animales sobre la superficie terrestre. Pero se han abierto nuevos campos de investigación. El origen de las especies seguiría sin explicar si no se tuvieran en cuenta las condiciones geográficas de su distribución. Las adaptaciones de las especies al medio en que viven; sus modificaciones; su interdependencia; su lenta desaparición y la aparición de otras nuevas: el estudio de todos estos fenómenos topa a diario con obstáculos insuperables precisamente porque el tema no ha sido tratado desde un punto de vista lo suficientemente geográfico. Wallace, Hooker, Griesbach, Peschel, y tantos otros, han señalado las líneas a seguir en esta rama. Pero para ello de nuevo hemos de contar con una combinación especial de capacidades, que se den en hombres que reúnan un amplio conocimiento geográfico así como botánico y zoológico. Lejos de dudar acerca de la necesidad de una ciencia especial que estudie las leyes del desarrollo del globo y la distribución de la vida orgánica en su superficie, nosotros nos vemos inducidos a reconocer que hay lugar para tres ciencias separadas, con unos objetivos específicos, pero que han de

seguir más íntimamente relacionadas entre sí que con cualquier otra ciencia. La física del globo debe ser —y será— elevada a la categoría de ciencia.

Y queda ahora la cuarta gran rama del conocimiento geográfico, aquella que aborda las distintas familias humanas existentes sobre la superficie de la tierra. La distribución de las familias humanas; sus características distintivas y las modificaciones experimentadas por esas características en climas diversos; la distribución geográfica de raza, creencias, costumbres y formas de propiedad, y su estrecha dependencia de las condiciones geográficas; la adaptación del hombre a la naturaleza que le rodea y la mutua dependencia entre ambos; las corrientes migratorias, en la medida en que dependen de causas geológicas; las aspiraciones y sueños de las distintas razas, en la medida en que son influidas por los fenómenos de la naturaleza; las leyes de distribución de los poblamientos humanos en cada país, que se manifiestan en la persistencia de poblamientos en los mismos lugares desde la Edad de Piedra hasta nuestros días; el surgimiento de las ciudades y las condiciones de su desarrollo; la subdivisión geográfica de territorios en *cuencas* fabriles naturales, que no resisten los obstáculos planteados por las fronteras políticas: todo esto constituye una amplia serie de problemas que recientemente han crecido ante nosotros. Si consultamos las obras de nuestros mejores etnólogos, si recordamos las pruebas de Riehl y Buckle, así como las de varios de nuestros mejores geógrafos; si tomamos en cuenta los datos reunidos y los indicios dispersos en la literatura etnográfica, histórica y geográfica, para la solución de esos problemas, sin duda alguna no dudaremos en admitir que hay ahí un gran lugar para una ciencia separada muy importante, y no solamente para una *grafía* sino para una *logía*. Desde luego, también aquí el geógrafo recogerá sus datos acudiendo a muchas ciencias afines. Recurrirá a la antropología,

la historia, la filología. Nacerán muchas especialidades, algunas de ellas íntimamente relacionadas con la historia, y otras con las ciencias físicas; pero la auténtica obligación de la geografía es la de cubrir de una vez todo ese amplio campo y combinar en un cuadro vivo todos los elementos aislados de ese conocimiento: representarlo como un conjunto armonioso, cuyas partes son consecuencia de unos pocos principios generales y están unidas entre sí por sus mutuas relaciones.

En cuanto a la parte técnica de la enseñanza a impartir en Geografía —los métodos pedagógicos de, y los instrumentos para, enseñar geografía— me limitaré a hacer unas pocas observaciones. Por bajo que sea el nivel de la educación geográfica en la mayoría de nuestras escuelas, hay maestros e instituciones aisladas que ya han elaborado excelentes métodos de enseñanza e instrumentos altamente perfeccionados para utilizarlos en la escuela. Solo hay que hacer una selección de los mejores, y la mejor forma de hacerlo es la elegida por la Sociedad Geográfica: una exhibición de los instrumentos geográficos y un congreso de maestros que estén relacionados con ellos. La pedagogía moderna es ya una forma excelente de elaborar los métodos más fáciles de enseñanza, y si se inspira en los altos objetivos de la educación geográfica antes citados, no fracasará en descubrir los mejores medios para lograr esos objetivos. En la pedagogía actual —tenemos que reconocerlo— existe una tendencia a preocuparse demasiado minuciosamente por la mente del niño, hasta el extremo de frenar el pensamiento independiente y restringir la originalidad; y existe también una tendencia a dulcificar demasiado el aprendizaje, de modo tal que deshabitúan a la mente del esfuerzo intelectual, en vez de irla acostumbrando gradualmente a esos esfuerzos. Ambas tendencias existen; pero han de ser consideradas más bien como una reacción frente a los métodos usados anteriormente, y no hay duda de que serán pasajeras. ¡Más libertad para el desarro-

llo intelectual del niño! ¡Más espacio para el trabajo independiente, sin más ayuda por parte del maestro que la estrictamente necesaria! Menos libros de texto y más libros de viajes; más descripciones de países escritas en todos los idiomas por nuestros mejores autores, pasados y presentes, en manos de nuestros escolares: estos puntos clave no han de perderse nunca de vista.

Es obvio que la geografía, como otras ciencias, debe enseñarse en una serie de cursos concéntricos, y que en cada uno de ellos debe insistirse en aquellas secciones más comprensibles a las diferentes edades. Subdividir la Geografía en Conocimiento del Medio para los primeros años y la Geografía *propiamente dicha* para los últimos ni es deseable ni posible. Una de las primeras preguntas que un niño hace a su madre es: «¿A dónde va el sol cuando se pone?», y tan pronto como haya leído dos descripciones de viajes, a países polares y tropicales, inevitablemente preguntará: «¿Por qué en Groenlandia no crecen palmeras?». Nos vemos así inducidos a proporcionar nociones de cosmografía y geografía física desde la más tierna infancia. Por supuesto que no podemos explicar a un niño lo que es un océano sin mostrarle una charca o un lago muy próximo; ni lo que es un golfo si no le hacemos ver una ensenada en las orillas de un río. Solo a través de las desigualdades menores que la tierra presenta a nuestro alrededor podemos dar a los niños una idea de montañas y mesetas, picos y glaciares; y solo sobre el mapa de su propio pueblo o ciudad podrá el niño llegar a comprender los jeroglíficos convencionales de nuestros mapas. Pero la lectura favorita de un niño siempre será un libro de viajes lejanos, o la historia de un Robinson Crusoe. La cala de una charca, los rápidos de un arroyo solo despertarán el interés en la imaginación infantil cuando esta pueda imaginar en la cala un amplio golfo, con barcos, y anclas, y hombres desembarcando en una costa desconocida; y en los rápidos del arroyo,

los rápidos de un *fjarden* canadiense con el demacrado Dr. Richardson lanzándose por el *fjarden* para amarrar una maroma en la otra orilla.

Las cosas que están al alcance de la mano a menudo son más incomprensibles para el niño que aquellas que están lejos. El tráfico por nuestros ríos y redes ferroviarias, el desarrollo de nuestras propias fábricas y de nuestro comercio marítimo son, sin posible comparación, menos comprensibles y menos atractivos a una determinada edad que las partidas de caza y las costumbres de familias primitivas distantes. Cuando recuerdo mi juventud, descubro que lo que me hizo geógrafo y me indujo a alistarme a los dieciocho años en un regimiento de cosacos del Amur, en vez de en las guardias montadas, no fue la impresión causada por las excelentes lecciones de nuestro excelente profesor de geografía rusa, cuyo libro de texto solo ahora aprecio totalmente, sino mucho más la obra principal de Defoe, en mis primeros años, y después —ante todo, sobre todo— el primer volumen del *Cosmos* de Humboldt, su *Cuadros de la Naturaleza*, y las fascinantes monografías de Karl Ritter sobre el árbol del té, el camello, etc.

Otra observación que ha de quedar impresa en las mentes de todos los que hacen esquemas para la reforma de la educación geográfica es que no es posible proporcionar una sólida instrucción en geografía en tanto la instrucción dada en matemáticas y en física siga siendo la que es hoy en la mayoría de nuestras escuelas. ¿Qué utilidad tiene impartir unas brillantes lecciones sobre climatología avanzada si los alumnos nunca han tenido una idea concreta de superficies y ángulos de incidencia, si nunca han hecho ellos mismos superficies ni han trazado líneas que coincidan según ángulos distintos? ¿Podemos hacer entender a nuestros oyentes el movimiento de masas de aire, de corrientes y mangas de viento, si no están completamente familiarizados con las leyes principales de la mecánica? Actuar así significaría sencillamente

impartir ese tipo de instrucción que desgraciadamente se imparte con demasiada rapidez: el conocimiento de meras palabras y términos técnicos, sin ningún conocimiento serio por debajo de ellos. La instrucción que se imparta en ciencias exactas ha de ser mucho más amplia y mucho más profunda que actualmente. Y también debe hacerse más concreta. ¿Podemos esperar que nuestros alumnos sean oyentes conscientes cuando les hablemos de la distribución de plantas y animales en la superficie terrestre, de los poblamientos humanos, etc., si nunca se les ha acostumbrado a hacer por sí mismos una completa descripción geográfica de alguna región limitada, a hacer su mapa, a describir su estructura geológica, a mostrar la distribución de plantas y animales en esa superficie, a explicar por qué los habitantes de los pueblos se han establecido allí y no más arriba del valle, y por encima de todo, a comparar su propia descripción con otras iguales hechas referidas a otras regiones de otros países? Por excelentes que sean los mapas en relieve de continentes que pongamos en las manos de nuestros alumnos, nunca les habituaremos a tener una comprensión concreta ni haremos que les gusten los mapas si ellos nunca han hecho mapas, es decir, si no hemos puesto una brújula en sus manos, les hemos llevado al campo y les hemos dicho: «Aquí hay un paisaje; en tu brújula y en tu camino tienes todo lo que necesitas para hacer tu mapa; ve y hazlo». ¿Es preciso decir el placer que representa para un muchacho de quince años caminar solo por los bosques, por los caminos, y por las orillas de los ríos, y dibujar a todos ellos —bosques, caminos y ríos— en su hoja de papel; ¿o hay que decir cuán fácilmente se obtienen esos resultados (lo sé por mi propia experiencia escolar) si el conocimiento geométrico se ha hecho concreto aplicándolo a mediciones en el campo?

Hay que citar aquí otra característica que conviene introducir en nuestras escuelas. Me refiero al intercambio entre escuelas de corres-

pondencia sobre temas geográficos y de sus colecciones de ciencias naturales. Esta característica, ya introducida en varias escuelas de Estados Unidos por la Agassiz Association no será nunca excesivamente ponderada. No basta con coleccionar muestras de piedras, plantas y animales, de sus propias regiones limitadas. Cada escuela rural debe tener colecciones de todas partes: no solo de todas las partes de su propio país, sino de Australia y Java, de Siberia y la República Argentina. No puede comprarlas, pero sí puede tenerlas, a cambio de sus propias colecciones procedentes de escuelas esparcidas por toda la superficie del globo.

Esta es la idea principal que presidió la creación de la Agassiz Association, una asociación de escuelas que ya tiene siete mil miembros y seiscientos *capítulos* o *secciones*. Los niños de esa asociación están acostumbrados a estudiar las ciencias naturales en el campo, en medio de la propia naturaleza; pero no se guardan sus tesoros para ellos. Escriben a otras ramas de la Asociación; intercambian con ellas sus observaciones, sus ideas, sus ejemplares de minerales, plantas y animales. Escriben sobre el paisaje de Canadá a amigos de Texas. Sus amigos suizos (porque algo similar existe también en Suiza) les envían la *edelweiss* de los Alpes, y sus amigos ingleses les explican cosas acerca de la geología de Inglaterra. ¿Tendré que añadir que a medida que la existencia de la Asociación se va conociendo, especialistas, profesores y naturalistas aficionados se apresuran a ofrecer sus servicios a sus jóvenes amigos para dar conferencias, para clasificar sus ejemplares, o para hacer escaladas con ellos en excursiones geológicas y botánicas? No hace falta decir que hay muchísima buena voluntad entre los que tienen conocimientos sobre algo; solo hace falta el espíritu de iniciativa para utilizar sus servicios. ¿Es preciso insistir sobre los beneficios de la Agassiz Association, o demostrar que ha de ampliarse? La grandeza de la idea de establecer una conexión viva entre escuelas de todo el mundo es demasiado evi-

dente. Todo el mundo sabe que basta con tener un amigo en un país extranjero —ya sea en Moscú o en Java— para empezar a interesarse por ese país. Un párrafo en el periódico titulado «Moscú» o «Java» atraerá, a partir de ese momento, nuestra atención. Más aún si uno mantiene unas vivas relaciones con su amigo, si ambos llevan a cabo el mismo trabajo y se comunican uno a otro los resultados de sus investigaciones. Todavía más, haced que los niños ingleses intercambien continuamente correspondencia, colecciones e ideas con los niños rusos, y podéis estar seguros de que, después de algún tiempo, ni ingleses ni rusos empuñarán tan rápidamente las armas para arreglar sus malentendidos. La Agassiz Association tiene un brillante futuro; asociaciones similares se extenderán sin duda alguna por todo el mundo.

Pero esto no es todo. Incluso aunque toda nuestra educación estuviera basada en las ciencias naturales, los resultados que se obtendrían todavía serían pobres si se descuidara el desarrollo intelectual general de nuestros niños. El objetivo último de todos nuestros esfuerzos en el campo de la educación debe ser precisamente este «desarrollo general del intelecto»; y a pesar de ello, es en lo último en que se piensa. Podemos ver, por ejemplo, en Suiza, palacios reales que albergan escuelas; allí podemos encontrar las más escogidas exhibiciones de instrumentos pedagógicos; los niños están muy adelantados en dibujo; conocen perfectamente las fechas históricas; señalan sin vacilar cualquier ciudad importante en un mapa; clasifican fácilmente por especies muchas flores; conocen de memoria algunas máximas de Jean Jacques Rousseau, y repiten algunas críticas de las *teorías de Lassalle*; y al mismo tiempo están totalmente carentes de *desarrollo general*; a este respecto, la gran masa está por debajo de muchos alumnos de los más atrasados de las escuelas del viejo sistema.

Es tan poca la atención que se presta al desarrollo general del escolar que incluso no estoy seguro de ser correctamente entendido en lo que digo, y creo que es mejor que cite un ejemplo. Vaya, por ejemplo, a París, Ginebra o Berna; entre en un café, o en una cervecería donde haya estudiantes que acostumbren a reunirse, y únase a su conversación. ¿De qué temas tratan? Sobre mujeres, sobre perros, sobre alguna peculiaridad de algún profesor, quizá sobre remo; o en París, sobre algún hecho político del día, intercambiando algunas pocas frases de los principales periódicos. Y ahora vaya a una habitación de estudiantes en el Vassili Ostrov en San Petersburgo, o al famoso Sivtseffs Ravine en Moscú. El escenario habrá cambiado, y todavía más los temas de conversación. Los asuntos allí tratados serán, en primer lugar, la *Weltanschauung* —la filosofía del universo— angustiosamente elaborada por cada estudiante por separado y por todos juntos. Un estudiante ruso puede carecer de botas para ir a la universidad, pero debe tener su propia Weltanschauung. Kant, Comte y Spencer les son absolutamente familiares, y mientras van consumiendo innumerables tazas de té, o más bien de agua de té, discuten minuciosamente sobre la importancia relativa de esos sistemas filosóficos. La Anschauungen —ideología— económica y política puede ser distinta en Vassili Ostrov y en el Sivtseffs Ravine, pero en uno y otro se hablará y se criticará enérgicamente a Rodbertus, Marx, Mill y Tchernyshevski. Esté seguro de que la *Moral evolucionista* de Spencer ya es una obra absolutamente familiar en Sivtseffs Ravine, y de que allí se considera como una vergüenza no estar informado sobre ella. Este ejemplo muestra lo que yo quiero decir cuando hablo de *desarrollo general*: la capacidad y el gusto por razonar sobre temas que están muy por encima de las bajezas de nuestra vida cotidiana; el desarrollo más amplio de la mente; la capacidad para percibir las causas de los fenómenos, para razonar sobre ellas.

¿Por qué esa diferencia? ¿Se enseña mejor en las escuelas rusas? ¡Desde luego que no! Las palabras de Pushkin: «Todos nosotros hemos aprendido no demasiado y de cualquier modo» son tan ciertas respecto a los estudiantes del Vassili Ostrov como a los del Boulevard St. Michel y a los del Lago Leman. Pero Rusia está en una fase de su vida en la que se da mucha importancia al desarrollo general del joven. Un estudiante de la universidad o de las últimas clases de un instituto que redujera sus lecturas a los libros de texto sería despreciado por sus compañeros y no sería respetado en la sociedad. A consecuencia de una fase peculiar del despertar intelectual por la que ahora estamos pasando, la vida fuera de la escuela impone esta condición. Estamos siendo inducidos a revisar todas las formas de nuestra vida anterior, y como todos los fenómenos sociales están íntimamente relacionados entre sí, esto no podemos hacerlo gin contemplarlos a todos desde una perspectiva más elevada. La escuela, a su vez, ha respondido a esta necesidad creando un tipo especial de maestro: el maestro de literatura rusa. La *utchitel slovesnosti* es un tipo de escuela rusa absolutamente peculiar y sumamente simpática. Casi todos los escritores rusos están en deuda con ella por el impulso dado a su desarrollo intelectual. Proporciona a los escolares lo que ninguno de los otros maestros puede dar en sus clases especiales: resume el conocimiento adquirido; pasa por él una mirada filosófica; hace razonar a los alumnos sobre temas que no se enseñan en la escuela. Así por ejemplo, cuando trate el folklore ruso no empleará todo el tiempo en analizar la forma de la poesía popular, sino que hará una incursión en el terreno de la estética en general; hablará de la poesía épica en conjunto, de su significado y de la influencia de la poesía griega sobre el desarrollo intelectual general de toda Europa; citará las teorías de Draper y *Merlin, L'enchanteur* de Quinet; hablará acerca de la ética del folklore ruso y la ética en general, de su desarrollo

a lo largo de los siglos: y así sucesivamente, sin ceñirse a un programa oficial, y hablando siempre de acuerdo con su propia inspiración, con sus propias aficiones. Y así en cada ocasión a lo largo de su *curso*. Uno comprende fácilmente qué influencia sobre los jóvenes puede ejercer un profesor sincero e inspirado cuando habla de temas como estos, y qué impulso se da al pensamiento a través de esas lecturas sobre la filosofía del desarrollo intelectual de la humanidad, que se dan relacionadas con la literatura rusa. No importa que muchos puntos de la lectura no puedan ser comprendidos en su totalidad por muchachos de catorce a dieciséis años. Así tal vez su encanto es mayor; y hay que haber visto a una clase de movidos muchachos mirando absortos los labios de su profesor, cuya voz inspirada era la única en oírse en medio de un absoluto silencio, para comprender la influencia moral e intelectual que ejercen hombres así.

En cuanto a la necesidad de esas lecturas para el desarrollo intelectual de los jóvenes, esta es evidente. En cada período del desarrollo del joven alguien debe ayudarle a recopilar los conocimientos adquiridos, mostrarle la relación existente entre todas las diversas clases de fenómenos que se estudian por separado, abrir horizontes más amplios ante sus ojos y habituarle a las generalizaciones científicas.

Pero el profesor de literatura forzosamente se ocupa solo de un tipo de instrucción filosófica —el mundo psicológico—; mientras que las mismas generalizaciones, la misma visión filosófica debe darse con respecto a todas las ciencias naturales. Las ciencias naturales deben tener su propio *maestro de ceremonias*, que muestre también las relaciones que existen entre todos los fenómenos del mundo físico, y que desarrolle ante los ojos de su auditorio la belleza y la armonía del cosmos. La filosofía de la naturaleza será, sin duda, algún día considerada como una parte necesaria de la educación; pero en el estado actual de

nuestras escuelas, ¿quién podría emprender esa tarea mejor que el profesor de Geografía? No en vano el *Cosmos* fue escrito por un geógrafo. Mientras describe el globo —ese pequeño punto perdido en un espacio inconmensurable—, mientras muestra la variedad de los agentes mecánicos, físicos y químicos que modifican su superficie, poniendo en marcha océanos aéreos y acuosos, haciendo surgir continentes y cavando abismos; mientras habla de la hermosa variedad de formas orgánicas, de su cooperación y de sus luchas, de sus admirables adaptaciones; mientras describe al hombre y sus relaciones con la naturaleza: ¿quién podría, mejor que él, llevar al espíritu joven a exclamar con el poeta?:

> Du hast mir nicht umsonst
> Dein Angesicht im Feuer zugewendet,
> Gabst mir die herrliche Natur zum
> Königreich,
> Kraft sie zu fühlen, zu genießen.
> Nicht Kalt staunenden Besuch erlaubst
> du nur, Vergonnest mir in ihre tiefe
> Brust, Wie in den Busen eines Freunds,
> zu schauen.[25]

¿Dónde encontrar maestros para llevar a cabo esta inmensa tarea educativa? Esta es, se nos dice, la principal dificultad presente en todos los intentos de reforma escolar. ¿Dónde encontrar, en realidad, unos cientos de miles de *Pestalozzis* y de *Frobeis*, que pudieran dar una instrucción realmente sólida a nuestros niños? Ciertamente no en las filas de aquellos maestros pobremente dotados a quienes condenamos a enseñar durante toda su vida, desde su juventud hasta la tumba; a

25. Tú no has hecho que volviera en vano mi rostro hacia el fuego. Me has dado a la magnífica naturaleza por reino, y fuerza para sentirla y disfrutarla. No solo me concedes una visita fría y pasiva. Me permites mirar en su hondo pecho como en el pecho de un amigo (*Fausto*, de J. W. Goethe).

quienes enviamos a un pueblo, en el que se ven privados de todo intercambio intelectual con gente educada, y donde pronto se acostumbran a considerar su trabajo como una maldición. Ciertamente no en las filas de quienes ven en la enseñanza una profesión remunerada y nada más. Solo unos caracteres excepcionales pueden seguir siendo buenos profesores a lo largo de su vida, hasta una edad avanzada. Esos valiosos hombres y mujeres deben además constituir, por así decirlo, los hermanos mayores del ejército educativo, cuyas filas e hileras deben llenarse con voluntarios guiados en su tarea por aquellos que han consagrado toda su vida a la noble tarea de la pedagogía. Hombres y mujeres jóvenes que consagran unos años de su vida a la enseñanza —no porque vean en ella una profesión, sino por sentirse inspirados por el deseo de ayudar a sus amigos más jóvenes en su desarrollo intelectual—; personas de una edad más avanzada dispuestos a dedicar un número de horas a enseñar los temas que más les gusten: así será probablemente el ejército de profesores en un sistema educativo mejor organizado. En cualquier caso, no es convirtiendo la enseñanza en una profesión asalariada como obtendremos una buena educación para nuestros hijos, ni mantendremos en nuestros pedagogos la frescura y la apertura mental necesarias para ir al paso de las necesidades en continuo crecimiento de la ciencia. El maestro será un auténtico maestro solo cuando esté inspirado por un auténtico amor tanto por los niños como por el tema que enseñe, y esa inspiración no puede mantenerse durante años si la enseñanza es una mera profesión. Personas que lleguen a consagrar sus facultades a la enseñanza y que sean totalmente capaces para ello no faltan incluso en nuestra sociedad actual. Entendamos solamente cómo hay que descubrirles, interesarles en la educación y aunar sus esfuerzos; y en sus manos, con la ayuda de la gente más experimentada, nuestras escuelas pronto se convertirán en algo completamente distinto a lo que

son ahora. Serán lugares donde la joven generación asimilará el saber y la experiencia de los mayores, y estos a su vez tomarán de los más jóvenes nueva energía para desarrollar una tarea en común en beneficio de la humanidad.

LA EVOLUCIÓN DE LAS CIUDADES

Élisée Reclus

(1895)

Al observar nuestras inmensas ciudades expandirse cada día y casi cada hora, engullir año tras año nuevas colonias de inmigrantes y extender sus tentáculos, como pulpos gigantes, sobre el espacio que las rodea; se siente una especie de estremecimiento, como si se presenciaran los síntomas de alguna extraña enfermedad social. Se podría utilizar una parábola bíblica en contra de estas prodigiosas aglomeraciones humanas, como aquella en la que Isaías profetizaba sobre Tiro, «llena de sabiduría y perfecta en belleza», o sobre Babilonia, «la hija de la mañana». Sin embargo, es fácil demostrar que este crecimiento monstruoso de la ciudad —resultado complejo de una multiplicidad de causas— no es pura patología. Si por un lado constituye en algunos de sus episodios un hecho extraordinario para el moralista; es por otro lado, en su desarrollo normal, un indicador de evolución sana y regular. Donde las ciudades crecen, la humanidad progresa; allí donde se deterioran, la propia civilización está en peligro. Es importante por lo tanto diferenciar claramente las causas que han determinado el origen y el crecimiento de las ciudades de las que han ocasionado su deterioro y desaparición; así como de aquellas que ahora las están trasformando poco a poco para *casarlas*, por así decirlo, con su entorno.

Incluso en el principio de los tiempos, cuando las tribus primitivas todavía vagaban por bosques y sabanas, la sociedad en ciernes se esforzaba por producir el germen de las futuras ciudades; se adivinaban ya en el tronco del árbol los brotes que estarían destinados a convertirse en ramas poderosas. No es en las sociedades civilizadas, sino en pleno apogeo del barbarismo primitivo donde tenemos que buscar la fuerza creativa que posibilitó la aparición de los centros de vida humana, aquellos que serían los precursores de la ciudad y la metrópoli.

Para empezar, el hombre es sociable. En ningún lugar encontraremos un pueblo cuyo ideal de vida sea el completo aislamiento. El anhelo de la soledad absoluta es una aberración únicamente posible en un estado avanzado de civilización, propia de faquires y anacoretas angustiados por delirios religiosos o derrotados por los sufrimientos de la vida. Y aun así, estos personajes siguen dependiendo de la sociedad que los rodea, que les trae el pan de cada día a cambio de sus oraciones o bendiciones. Si realmente estuvieran absortos en un éxtasis perfecto, exhalarían su último suspiro en ese mismo momento, y si estuvieran realmente desesperados, se escabullirían para morir como el animal herido que se esconde en la oscuridad del bosque.

Pero el hombre sano de la sociedad salvaje —cazador, pescador, o pastor— adora encontrarse entre sus compañeros. La necesidad quizás le obligue a menudo a hacer guardia en solitario para cazar, a seguir un banco de peces en un estrecho bote golpeado por las olas o a alejarse del campamento en busca de nuevos pastos para sus rebaños. Pero tan pronto como pueda reunirse con sus compañeros con una buena reserva de provisiones, se apresura a volver al campamento, el núcleo de lo que en el futuro será la ciudad.

Salvo en las regiones donde la población era extremadamente escasa y se dispersaba a lo largo de distancias inmensas, era habitual

que varias tribus tuvieran un punto de encuentro común, por lo general en algún lugar elegido por su fácil accesibilidad a través de las vías de comunicación naturales: ríos, desfiladeros o pasos de montaña. Es aquí donde tenían lugar sus fiestas, sus parlamentos, el intercambio de las mercancías que a algunos les faltaban y otros les sobraban. Los *pieles rojas*, que en el siglo pasado todavía poblaban las extensiones de bosque y las praderas del Mississippi, preferían para sus citas alguna península que dominara la confluencia de varios ríos —como la franja triangular de tierra que separa el Monongahela y el Allegheny—; o colinas desnudas que dominaran un paisaje amplio e ininterrumpido, desde las cuales pudieran divisar a sus compañeros atravesando la llanura, remando en el río o cruzando el lago, como, por ejemplo, la gran isla de Manitú, entre el lago Míchigan y el Lago Hurón. En las regiones ricas en caza, pesca, ganado y tierras cultivables, la agrupación se estrecha proporcionalmente a la abundancia de los medios de vida. Los lugares en los que se emplazarían las futuras ciudades ya estaban indicados por estos puntos de encuentro entre varios centros de producción. ¡Cuántas ciudades modernas han surgido de esta manera en lugares que han sido centros de atracción desde la más remota antigüedad!

El intercambio de mercancías que se llevaba a cabo a estos lugares de encuentro se convirtió en un incentivo adicional, más allá de la necesidad instintiva de vida social, para la formación de nuevos núcleos de población entre las sociedades primitivas. Además, estos inicios de comercio venían generalmente acompañados de cierta industria incipiente: un yacimiento de sílex para tallar y pulir armas y otras herramientas, una capa de arcilla o loza para hacer hacer vasijas o pipas de barro cocido, una veta de metal que podría ser fundida o forjada para hacer baratijas, un montón de bellas conchas adecuadas para hacer adornos o dinero. Todos ellos son alicientes que atraen al ser humano

a estos lugares que, si al mismo tiempo, son adecuados como centros de suministro de alimentos, combinan todos los requisitos necesarios para la construcción de una ciudad.

Pero la vida del ser humano no está influida únicamente por sus propios intereses. El miedo a lo desconocido, el terror de lo misterioso, se ocupan de fijar los núcleos de población en la cercanía de lugares contemplados con temor supersticioso. El propio terror atrae. Vapores ascendiendo de grietas en el suelo, como si del horno donde los dioses están forjando sus rayos se tratara; ecos extraños reverberando entre las montañas como voces de genios burlones; un bloque de hierro que cae del cielo; o una misteriosa niebla que toma forma humana y pendulea en el aire. Tan pronto como uno de estos fenómenos marca un lugar, la religión lo consagra, se levantan templos sobre él, los fieles se reúnen alrededor y tenemos el origen de una Meca o una Jerusalén.

El odio humano también colabora en la fundación de ciudades, incluso en nuestros días. Una de las constantes preocupaciones de nuestros antepasados fue protegerse contra agresiones externas. Hay vastas regiones de Asia y África donde cada pueblo está rodeado por su parapeto y su empalizada; e incluso en el sur de nuestra Europa, todas las agrupaciones de viviendas situadas en las proximidades del mar tienen sus murallas, su torre de reloj y su iglesia fortificada o guardada; y a la menor alarma la gente del campo se refugiaba dentro de sus murallas. Todas las ventajas del terreno se utilizaron para hacer del lugar de habitación un lugar también de refugio. Un islote ofrece un emplazamiento excelente para una ciudad marítima o lacustre, desde la que divisar inmediatamente a los enemigos, y en la que recibir a los amigos en el puerto, custodiado por un grupo de cabañas que miran al mar. Rocas escarpadas con flancos verticales desde las que poder lanzar bloques de piedra que rodaran sobre los atacantes constituyen una especie de for-

taleza natural que era muy apreciada. Debido a esto, los zuñi, los moqui y otros habitantes de los acantilados se asentaron en sus altas terrazas desde las que dominaban el espacio como águilas.

Así pues, el hombre primitivo se preocupó de elegir el lugar; y el hombre civilizado fundó y construyó la ciudad. En los albores de la historia escrita, entre los caldeos y los egipcios, las ciudades habían existido desde hacía ya mucho tiempo en las orillas del Eúfrates y el Nilo, y sus habitantes se podían contar por decenas y cientos de miles. El cultivo de estos valles fluviales requería una inmensa cantidad de mano de obra organizada: el drenaje de pantanos, el desvío de los cauces de los ríos, la construcción de terraplenes y canales para el riego... Para llevar a cabo estas obras fue necesaria la construcción de ciudades en las inmediaciones del cauce de los ríos, sobre una plataforma artificial de tierra apisonada levantada muy por encima del nivel de inundación. Es cierto que en aquellos tiempos lejanos, los soberanos que tenían a su disposición innumerables esclavos ya comenzaban a seleccionar los sitios de sus palacios a su antojo; pero por muy grande que fuera su poder, no pudieron hacer más que dejarse llevar por el movimiento natural iniciado por los propios habitantes. Fueron los campesinos, después de todo, los que fundaron las ciudades; las mismas que más tarde con tanta frecuencia se volverían contra sus olvidados creadores.

La época griega ilustra a la perfección este fenómeno normal y espontáneo del nacimiento de las ciudades. Atenas, Megara o Sición brotaron al pie de sus colinas como flores a la sombra de los olivos. Todo el país —la cuna de la civilización— estaba contenido en un espacio limitado. Desde lo alto de su acrópolis se podía seguir con la vista los límites del dominio colectivo: primero a lo largo de la línea de la costa, trazada por la cresta blanca de las olas; después a través de las lejanas colinas azuladas, pasando por barrancos y quebradas hasta

las crestas de las rocas brillantes. El hijo de esta tierra podía nombrar cada arroyuelo, cada grupo de árboles, cada pequeña casa. Conocía a todas las familias que se cobijaban bajo aquellos techos de paja, cada lugar memorable por las hazañas de un héroe nacional, o por los rayos lanzados por alguno de sus dioses. El campesino, por su parte, consideraba la ciudad como suya. Conocía los caminos trillados que se había convertido en calles, las amplias plazas y carreteras que aún llevaban los nombres de los árboles que solían crecer allí; podía recordar cómo había jugado alrededor de las fuentes que ahora reflejaban las estatuas de las ninfas. Sobre la cumbre de la colina protectora se levantaba el templo de la deidad esculpida a la que invocaban en horas de peligro, y todos se refugiaban detrás de sus murallas cuando el enemigo atacaba los campos. En ninguna otra parte engendró cualquier otra tierra un patriotismo de tal intensidad: la vida de cada uno tan ligada a la prosperidad de todos. El organismo político estaba tan nítidamente definido, y era tan simple, tan único e indivisible, como el del propio individuo.

Mucho más compleja era sin embargo la ciudad de la Edad Media, que vivía de sus industrias y su comercio exterior, y que a menudo estaba rodeada tan solo por un cinturón de pequeños jardines. Veía a su alrededor la inquietante proximidad de las fortalezas de los señores feudales, amigos o enemigos, estrechando las casuchas miserables de los aldeanos a sus pies, como un águila posando las garras sobre su presa. En esta sociedad medieval, el antagonismo entre el campo y la ciudad surgió como resultado de las conquistas. Reducidos a la mera servidumbre bajo el mando del barón, los campesinos —un *bien inmueble* ligado a la tierra, en el insultante lenguaje de la ley— fueron lanzados contra las ciudades en contra de su voluntad como si de armas se trataran. Fueran labradores o soldados, eran empujados a oponerse al municipio y a su creciente clase industrial.

De todas las regiones europeas, Sicilia es la única en la que la prístina armonía entre campo y ciudad ha sobrevivido casi intacta. El campo está habitado solo por el día, durante la jornada laboral. No hay pueblos. Los agricultores y los ganaderos regresan a las ciudades con sus rebaños; campesinos por el día, que se convierten en ciudadanos por la noche. No hay visión más conmovedora que la de estas procesiones de trabajadores regresando a las ciudades mientras el sol se esconde detrás de las montañas y proyecta la sombra inmensa de la tierra hacia el Este. Los grupos desiguales se suceden a intervalos por el camino ascendente —ya que, para ser más seguras, las ciudades se situaban casi siempre sobre la cima de alguna colina, donde sus blancas paredes para podían ser vistas en diez leguas a la redonda—. Las familias y amigos se reúnen para el ascenso, y los niños y los perros corren con algarabía de un grupo a otro. El ganado se detiene de vez en cuando para pastar al borde del camino. Las muchachas se sientan a horcajadas sobre los animales de labranza, mientras los muchachos les ayudan a pasar los lugares difíciles; y cantan y ríen, y a veces cuchichean entre ellos.

Pero no solo en Sicilia —la Sicilia de Teócrito— se pueden encontrar estos entrañables grupos por la tarde. A lo largo de la costa mediterránea, Asia Menor y Andalucía las costumbres de antaño se han mantenido parcialmente, o al menos han dejado huella. Todas las pequeñas ciudades fortificadas que pueblan las costas de Italia y la Provenza pertenecen al mismo tipo de *república en miniatura*; son el lugar de encuentro por la noche de los labradores de los campos vecinos.

Si la Tierra fuera perfectamente uniforme en la forma de su relieve y las cualidades de su suelo, las ciudades se habrían colocado con regularidad casi geométrica. La atracción mutua, el instinto social y las ventajas del comercio habrían determinado que su nacimiento se produjera a distancias prácticamente iguales. En una planicie sin obstáculos

naturales, sin ríos o puertos situados favorablemente, y sin divisiones políticas del territorio en distintos estados, la ciudad principal se habría colocado en el mismísimo centro de la región. Las grandes ciudades se habrían distribuido de manera equidistante alrededor de ella, rítmicamente separadas entre sí, y cada una contaría con su sistema planetario de pueblos más pequeños, que mantendrían entre ellos una distancia equivalente a un día de marcha a pie, ya que, al principio, el número de millas que un viajero podía recorrer de media entre el amanecer y el anochecer era, en condiciones normales, la distancia habitual entre un pueblo y el siguiente. La domesticación de los animales y, más tarde, la invención de la rueda, modificó estas unidades de medida primitivas. El paso del caballo, y luego la vuelta completa de rueda, se convirtieron en la unidad de cálculo para determinar la distancia entre las regiones urbanas habitadas. En China, en las cercanías del Ganges, en las llanuras del Po, en el centro de Rusia e incluso en la propia Francia se puede discernir por debajo del aparente desorden un autentico orden de distribución regulado tiempo atrás claramente por el paso del viajero.

Un pequeño folleto publicado en 1850 aproximadamente por un hombre ingenioso e inventor llamado Gobert que vivió como refugiado en Londres, llamó la atención sobre la asombrosa regularidad de la distribución de las grandes ciudades francesas antes de que la minería y otras actividades industriales importunaran el equilibrio natural de la población. Así, alrededor de París y de manera radial hacia las fronteras del país, existe un anillo de ciudades grandes pero subordinadas a ella (Lille, Burdeos, Lyon). Siendo la distancia de París al Mediterráneo aproximadamente el doble del radio de este anillo, otra ciudad importante debía aparecer en el extremo de esta línea, y Marsella, la antigua colonia fenicia y griega, tuvo así un desarrollo magnífico. Entre París y estos centros secundarios, surgieron, a distancias prácticamente

iguales, un número de ciudades pequeñas, pero de importancia todavía considerable, separadas unas de otras la distancia de una doble jornada, es decir, 80 millas (Orleans, Tours, Angulema). Finalmente, a mitad de camino entre estos centros de tercera categoría, a la distancia de una jornada, se desarrollaron ciudades modestas como Étampes, Amboise, Chatêllerault, Ruffec, Libourne. De esta manera el viajero, en su camino a través de Francia, podía encontrar de manera alternativa un lugar donde detenerse, y un lugar donde descansar, por así decirlo. Siendo el primero adecuado para el viajero a pie, y el segundo, para el cochero y los caballos. En prácticamente todas las carreteras importantes el ritmo de las ciudades sigue el mismo esquema; una suerte de cadencia natural que regula el avance de hombres, caballos y carruajes.

Las irregularidades de esta red de estaciones se explican por las características de cada región: sus subidas y bajadas, el flujo de los ríos, los mil puntos de inflexión geográfica. En primer lugar, la naturaleza del suelo influía a los hombres a la hora de hacer la elección de la ubicación de su morada. Donde la hierba no crece, la ciudad tampoco puede crecer. Le da la espalda a las tierras estériles, de grava dura y arcillas pesadas, y se expande primero por las zonas fértiles de fácil cultivo: los suelos aluviales de las zonas pantanosas, por ejemplo, bastante fértiles a su manera, no son siempre fácilmente accesibles y para sacarles partido es necesaria una organización de las tareas solo posible en un estado muy avanzado de civilización.

Una vez más, las irregularidades del terreno, así como la pobreza del suelo, repelen a la población e impiden, o al menos retrasan, el crecimiento de las ciudades. Los precipicios, los glaciares, la nieve, los vientos helados, expulsan a los hombres, por así decirlo, de los valles entre montañas escarpadas; y la tendencia natural de las ciudades es a agruparse a la salida de estas regiones prohibidas, en el primer lugar favorable que

se presenta a la entrada de las mismas. Hay una ciudad a la orilla de cada torrente cuando este llega a su curso bajo, justo donde su cauce se ensancha y se bifurca en multitud de ramas. De la misma manera, en cada confluencia de dos, tres o cuatro valles, surge una ciudad importante —tan importante como agua llevan las ramas del río junto al que se asienta—. Tomemos como referencia la geografía de los Pirineos y de los Alpes. ¿Podría algún lugar ser más adecuado que el de Zaragoza, situada en el curso medio del Ebro donde este confluye con el Gállego y el Huerva? Al igual que la ciudad de Toulouse, la metrópolis del sur de Francia, que se encuentra en un punto que incluso un niño habría sugerido de antemano como lugar idóneo, allí donde el río se convierte en navegable más abajo de la confluencia del Garona, el Ariège y el Ers. En los extremos opuestos de Suiza, Basilea y Ginebra se sitúan sobre las grandes travesía utilizadas en las antiguas migraciones de los pueblos. Y en la vertiente sur de los Alpes, cada valle sin excepción cuenta con una ciudad que guarda sus puertas. Grandes ciudades, como Milán y muchas otras, marcan puntos principales de convergencia. Y todo el alto valle del Po, que constituye las tres cuartas partes de un círculo inmenso, tiene como centro natural la ciudad de Turín.

Pero los ríos no son solo la arteria central de los valles; representan, en esencia, el movimiento y la vida. La vida llama a la vida; y al hombre, con su eterno espíritu errante, continuamente atraído por el horizonte lejano; le encanta asentarse al lado de la corriente que arrastra a la vez sus barcos y sus pensamientos. Sin embargo, no elegirá indiferentemente cualquiera de los lados de la corriente, sin hacer distinción entre el lado exterior e interior de la curva, entre la corriente rápida y la lenta. Prueba aquí y allá hasta que encuentra un sitio de su agrado. Elige preferentemente los puntos de convergencia o ramificación, allí donde puede sacar ventaja de tres o cuatro vías navegables,

en vez que conformarse solo con dos direcciones: río arriba y río abajo. O se asienta en un punto de parada obligatoria —rápidos, cascadas, desfiladeros rocosos—, donde los barcos echan el ancla y transbordan las mercancías; o donde el río se estrecha y es más fácil cruzar de un lado a otro. Por último, el punto vital de cada cuenca fluvial es la desembocadura, donde la marea creciente controla y se resiste a la corriente descendente, y donde los barcos empujados por las aguas del río se encuentran con los navíos de ultramar que llegan con la marea. Este punto de encuentro de las aguas en el sistema hidrográfico puede compararse con el punto en que el sistema de vegetación superior de un árbol se encuentra con las raíces que se extienden en las profundidades.

Las desviaciones de la costa también afectan a la distribución de las ciudades. Las costas arenosas y rectas prácticamente ininterrumpidas, inaccesibles a los navíos de gran calado excepto en días excepcionales de calma chicha, son evitadas tanto por marineros como por las poblaciones del interior. Por ello, en las 136 millas de costa en línea recta desde la desembocadura del Gironda hasta la del Adour no hay ni una sola ciudad, con la única excepción de Arcachón, un balneario situado a espaldas del mar detrás de las dunas de Cap Ferré. De la misma manera, la imponente serie de barreras costeras que flanquean las Carolinas a lo largo de su costa atlántica, solo da acceso, a lo largo de toda la distancia entre Norfolk y Wilmington, a unos pocos puertos pequeños de navegación difícil y peligrosa. En otras regiones costeras, islas e islotes, rocas, promontorios, innumerables penínsulas, acantilados con sus mil puntas y grietas, impiden igualmente la aparición de ciudades, a pesar de todas las ventajas de las aguas profundas y resguardadas. La violencia de las costas demasiado tempestuosas hace que no se asienten allí más que grupos muy pequeños de personas. Las ubicaciones más favorables son aquellas que cuentan con un clima templado y una costa

accesible tanto por tierra como por mar; a barcos y vehículos terrestres por igual.

Todas las demás características del terreno, ya sean físicas, geográficas o climáticas, contribuyen por igual al nacimiento y el crecimiento de las ciudades. Cada ventaja aumenta el atractivo, cada inconveniente se lo resta. Dado un mismo ambiente y un mismo estado de evolución histórica, el tamaño de las ciudades se mide exactamente por la suma de los privilegios de su entorno natural. Una ciudad africana y una europea, en un entorno natural similar, serán muy diferentes una de la otra debido a que su evolución histórica es totalmente diferente; y sin embargo, habrá cierto paralelismo entre sus destinos. Por un fenómeno análogo al de la atracción entre los planetas, dos centros urbanos vecinos ejercen una influencia mutua uno sobre el otro, e impulsan el desarrollo del otro complementando sus ventajas —como en el caso de Manchester, la ciudad industrial, y Liverpool, la ciudad comercial—; o se perjudican el uno al otro compitiendo cuando sus atractivos son del mismo tipo. Así, la ciudad de Libourne, situada junto al río Dordoña a poca distancia de Burdeos, pero justo al otro lado de la lengua de tierra que separa el Dordoña del Garona, podría tener hoy en día la misma capacidad comercial y naval que tiene Burdeos; pero su proximidad a esta ha sido su perdición. Por así decirlo, ha sido engullida por su rival; ha perdido la importancia marítima casi en su totalidad; y es poco más que un lugar de descanso para los viajeros.

Hay otro aspecto importante que debe ser tenido en cuenta: la forma en la que la fuerza geográfica, como la de la electricidad, puede ser transportada a distancia, actuar en un punto alejado de su centro, e incluso alumbrar, por así decirlo, una ciudad secundaria en una ubicación más favorable que la primera. Podemos tomar como ejemplo el puerto de Alejandría, que a pesar de su distancia al Nilo, es sin

embargo el emporio de toda la cuenca del Nilo; al igual que Venecia es el puerto de toda la llanura de Padua, y Marsella el del valle del Ródano.

Además de las ventajas del suelo y del clima hay que considerar la riqueza del subsuelo, que a veces ejerce una influencia decisiva en la posición de las ciudades. Una ciudad puede aparecer de repente en un lugar claramente desfavorable, pero en el que, sin embargo, el terreno es rico en canteras de piedra, arcillas cerámicas o mármol, sustancias químicas, metales o combustibles fósiles. De esta manera, ciudades como Potosí, Cerro do Pasco o Virginia City han surgido en regiones donde, salvo por la presencia de minas de plata, ninguna ciudad hubiera sido nunca fundada. Merthyr Tydfil, Ceuzot, Essen o Scranton son producto de los yacimientos de carbón. Todas las fuerzas naturales que no habían sido utilizadas hasta la fecha, están dando lugar a nuevas ciudades precisamente en los lugares que antes eran desechados; bien a los pies de una catarata, como Ottawa, o bien en zonas de alta montaña cerca de saltos de agua naturales que posibilitan la producción de electricidad, como ocurre en muchos valles suizos. Cada avance del ser humano genera nuevos puntos de vitalidad, de la misma manera que cada nuevo órgano genera para sí mismo nuevos centros nerviosos.

A medida que el dominio de la civilización se expande y estos factores ejercen su influencia sobre áreas más extensas, las ciudades, al pertenecer a un organismo mayor, pueden sumar atractivos de un tipo más general a aquellos que provocaron su nacimiento, que pueden asegurarla un papel histórico de primera categoría. Así Roma, que ya ocupaba una posición central respecto a la región cercada por las colinas volcánicas latinas, se encontró enseguida en el centro del óvalo que forman los Apeninos; y más tarde, tras la conquista de Italia, ocupó el punto medio de la península delimitada por los Alpes, y señaló de

manera prácticamente exacta la parada intermedia entre los dos extremos del Mediterráneo: la desembocadura del Nilo, y el estrecho de Gibraltar. París, tan exquisitamente situada cerca de una triple confluencia de aguas, en el centro de una cuenca fluvial, y casi en medio de una serie de formaciones geológicas concéntricas, cada una con sus productos especiales; tiene además la gran ventaja de encontrarse en la convergencia de dos vías históricas: el camino de España por Bayona y Burdeos, y el camino de Italia por Lyon, Marsella y la Corniche. Al mismo tiempo encarna e individualiza toda la potencia de Francia respecto a sus vecinos occidentales: Inglaterra, Países Bajos y norte de Alemania. No siendo más, al principio, que un simple enclave pesquero entre dos ramas estrechas del Sena, las oportunidades de París se limitaban a sus redes, sus barcas y la fértil llanura que se extiende desde el Monte de los Mártires hasta el de Santa Genoveva. Más tarde, la confluencia de ríos y arroyos —el Sena, el Marne, el Ourcq y el Bièvre, además del Oise— le otorgó estatus de mercado. Las formaciones geológicas desarrolladas en torno a lo que fue el fondo de un mar antiguo le fueron dando poco a poco una importancia económica, y el camino histórico entre el Mediterráneo y el océano la convirtió en el núcleo de su tráfico.

Poco se necesita explicar sobre las ventajas naturales de Londres, el principal centro de navegación marítima del Támesis. ¿No tiene el privilegio de ser la más central de todas las ciudades del mundo, la más accesible desde todas las partes del globo?

En su interesante trabajo en *La posición geográfica de las capitales de Europa*, J. G. Kohl (1874) describe cómo Berlín —que durante mucho tiempo fue solamente un pueblo, sin otro mérito que el de ofrecer a los nativos una manera fácil de cruzar entre los pantanos y una base sólida en un islote del río Spree—, acabó siendo en el desarrollo histórico de la región, la parada intermedia entre el Oder y el Elba en

una vía navegable entre lagos y canales; y el punto donde todas las vías importantes diagonales del país se encuentran y se cruzan de manera natural, desde Leipzig hasta Stettin, desde Breslau hasta Hamburgo. Tiempo atrás, el Oder, en el punto que ahora ocupa Frankfurt, no giraba bruscamente hacia la derecha para desembocar en el Báltico, sino que continuaba su curso en dirección noreste para morir en el mar del Norte. Este inmenso río, de más de seiscientas millas de largo, pasaba justo por el punto donde ahora se encuentra Berlín, que se sitúa prácticamente en el medio de su antiguo valle. El Spree, con sus charcas y pantanos, no es sino el vestigio de aquel poderoso curso de agua. La capital alemana, que domina el curso de los dos ríos, domina también los dos mares, de Memel a Embden; y es esta ubicación, más que cualquier otra centralización artificial, la que la hace atractiva. Además, como todas las grandes ciudades del mundo moderno, ha multiplicado por diez sus ventajas naturales gracias a la convergencia de las líneas de ferrocarril, que atraen el comercio del resto de países y del suyo propio, a sus almacenes y mercados.

Pero el desarrollo de las capitales, después de todo, es en gran medida artificial. Los favores administrativos que se les conceden, y la multitud de cortesanos, funcionarios y políticos, así como todos los interesados que les presionan, le dan un carácter demasiado singular como para poder estudiarlo como tipo. Es menos arriesgado razonar sobre la vida de las ciudades cuyas oscilaciones se deben únicamente a razones geográficas e históricas. No hay estudio más fructífero para el historiador que el de una ciudad cuyos anales y el propio aspecto de la misma le permiten verificar *in situ* los cambios históricos que han tenido lugar de acuerdo con una cierta regla rítmica.

En estas condiciones, se puede ver la escena desarrollarse ante los ojos. La cabaña del pescador; la cabaña del jardinero al lado de esta; a

continuación unas cuantas granjas salpican la campiña, una rueda de molino que gira en el riachuelo; más adelante, una torre de vigilancia en la colina. Al otro lado del río, donde la proa de la balsa acaba de rozar la orilla, alguien está construyendo una nueva cabaña; una posada, una pequeña tienda al lado de la casa del barquero, invita al que está de paso y al posible comprador. A continuación, una explanada en la que se sitúa el mercado, que destaca sobre todo lo demás. Un sendero, golpeado por los pies de hombres y animales, serpentea desde el mercado hasta el río. Un camino sinuoso trepa por la colina. Las carreteras del futuro se adivinan en la hierba pisada del campo, y las casas se adueñan de los margenes verdes de los caminos allí donde estos se cruzan. El pequeño oratorio se convierte en iglesia, el andamiaje inacabado de la torre de vigilancia da paso a la fortaleza, al cuartel o al palacio; la aldea se convierte en pueblo, el pueblo en ciudad. La mejor manera de visitar uno de estos conjuntos urbanos con una larga vida histórica, es examinarlo en el orden de crecimiento, empezando por el lugar —generalmente consagrado por alguna leyenda— que le dio origen, para acabar con las últimas mejoras en sus fábricas y almacenes. Cada ciudad tiene su carácter, su vida, su complexión propia. Una es alegre y animada, otra está impregnada de melancolía. Generación tras generación deja en herencia su carácter. Hay ciudades que te hielan la sangre al entrar con su hostilidad pétrea, hay otras en las que uno se siente despreocupado y optimista como al ver a un amigo.

También hay contrastes en los modos de crecimiento de las diferentes ciudades. Hay ciudades que proyectan sus suburbios como tentáculos a lo largo de los caminos de la región, siguiendo la dirección y la importancia de su comercio por tierra. Otras, si se asientan junto a un río, se extienden a lo largo de la orilla cerca de los lugares de amarre y embarque. Es sorprendente la marcada diferencia que existe a menudo

entre las dos orillas del río de una misma ciudad, aunque en principio parezca que tienen las mismas condiciones para atraer a la población. Este fenómeno tiene su explicación en las corrientes del río. El plano de Burdeos sugiere inmediatamente que el centro de la zona habitada debía haber estado en la margen derecha del río, en el lugar que ocupa un pequeño barrio llamado La Bastida. Pero el Garona describe en este punto una curva pronunciada, y lanza sus aguas contra los muelles de la margen izquierda. El comercio se produce necesariamente en la orilla en la que el flujo del río es más rápido, y la población se establece por tanto junto a las aguas profundas de la margen izquierda, evitando las orillas enlodadas de la margen derecha.

A menudo se ha sugerido que las ciudades que tienen una tendencia constante a crecer hacia el oeste. Este hecho —que es cierto en muchos casos— es fácilmente explicable, al menos en los países de Europa occidental y algunos otros de clima similar, ya que el lado oeste es el que está expuesto a las corrientes de aire más limpio. Los habitantes de los barrios occidentales están menos expuestos a las enfermedades que aquellos del otro extremo de la ciudad, a los que el aire les llega cargado de impurezas debido a su paso por innumerables chimeneas, bocas de alcantarillado y similares, y con el aliento de miles o millones de seres humanos. Además, no debemos olvidar que el rico, el ocioso, el artista, que tienen tiempo libre para disfrutar de la naturaleza, están mucho más predispuestos a apreciar la belleza del atardecer que la del amanecer. Consciente o inconscientemente siguen el movimiento del sol de este a oeste, y prefieren verlo desaparecer al final del día en el resplandor de las nubes de la tarde. Pero también hay muchas excepciones a este crecimiento en la dirección del sol. La forma y el relieve del suelo, el encanto del paisaje, la dirección de las corrientes de agua o la

atracción de las industrias locales y el comercio pueden empujar a los hombres hacia cualquier punto del horizonte.

Debido a su propio desarrollo, la ciudad, como cualquier otro organismo, tiende a morir. Víctima del paso del tiempo como todo lo demás, envejece mientras otras ciudades nuevas surgen a su alrededor, impacientes por vivir su turno. Por la fuerza de la costumbre, o más bien por la voluntad de sus habitantes, y por la atracción que cualquier centro ejerce sobre su entorno, trata de continuar con su vida. Pero —sin tener en cuenta los accidentes fatales que afectan a las ciudades igual que a los hombres— no hay grupo humano que pueda incesantemente reparar sus desperfectos y rejuvenecer sin invertir cada vez más y más esfuerzo; y a veces las fuerzas se agotan. La ciudad debe ensanchar sus calles y plazas, reconstruir sus muros, y reemplazar sus viejos y ahora inservibles edificios con construcciones que respondan a las necesidades de los nuevos tiempos. Mientras las ciudades americanas nacían bien organizadas y perfectamente adaptadas a su entorno, París —vieja, molesta, llena de suciedad— debía llevar a cabo un costoso proceso de rehabilitación que, en la lucha por la supervivencia, la colocaba en gran desventaja respecto a ciudades jóvenes como Nueva York y Chicago. Por las mismas razones, las ciudades del Éufrates y del Nilo fueron reemplazadas: Babilonia por Nínive, Menfis por El Cairo. Cada una de estas ciudades —que, gracias a las ventajas de su emplazamiento, mantenían su importancia histórica— fue forzada a abandonar su antigua ubicación y desplazar su centro, con el objetivo de escapar de su propia basura y de la peste que emanaba de sus montones de desechos. Por norma general, el lugar abandonado por una ciudad que se ha desplazado está destinado a convertirse en un cementerio.

Otras causas de decadencia, más graves que las anteriores ya que resultan del devenir natural de la historia, han acabado con muchas ciu-

dades en su día famosas. Circunstancias análogas a las de su nacimiento han producido su destrucción inevitable. De esta manera, la sustitución de un camino o travesía importante por un medio de transporte novedoso puede borrar de un plumazo una ciudad que en su día fue creada para las necesidades de transporte. Alejandría echo a perder Pelusio, Cartagena de las Indias Occidentales mandó a Puerto Bello de vuelta a la soledad de su bosque. Las demandas de comercio y la supresión de la piratería han cambiado el emplazamiento de prácticamente todas las ciudades construidas en las costas rocosas del Mediterráneo. Antes se asentaban en colinas escarpadas y estaban guardadas por gruesos muros para defenderse de los señores de la guerra y los corsarios. Ahora han salido de sus fortalezas y se desparraman a lo largo de la costa. En todas partes la explanada ha sustituido a la ciudadela, la Acrópolis se ha trasladado al Pireo.

En nuestras sociedades, donde las instituciones políticas han estado influidas a menudo por voluntades individuales; se han fundado por capricho de los soberanos ciudades en un lugares en los que nunca hubieran surgido de manera espontánea. Ubicadas en un sitio ilógico, estas ciudades han precisado de un enorme esfuerzo para desarrollarse. Madrid y San Petersburgo, por ejemplo, cuyas primitivas cabañas y caseríos nunca hubieran evolucionado hasta convertirse en las populosas ciudades que son hoy en día sino hubiera sido por Felipe II y Pedro I respectivamente, fueron construidas a un alto precio. Pero, aunque le deban su creación al despotismo, es al trabajo duro de los hombres al que le deben las cualidades que las han permitido sobrevivir como si hubieran tenido un origen natural. Debido al relieve natural del terreno nunca hubieran estado destinadas a convertirse en grandes centros de población; y, sin embargo, lo son ahora gracias a la convergencia de vías de comunicación artificiales —carreteras, vías de ferrocarril,

canales— y al intercambio cultural. Porque la geografía no es una cosa inmutable, se hace y se rehace cada día, es modificada a cada hora por la intervención del hombre.

Pero hoy en día no hay césares fundando ciudades a capricho. Los constructores de la ciudad de nuestros días son los grandes capitalistas, los especuladores, los presidentes de las sociedades financieras.

Ahora brotan ciudades en unos pocos meses, ocupando grandes superficies, magníficamente trazadas y amuebladas con todos los accesorios de la vida moderna; en las que no faltan ni siquiera escuelas o museos. Si el emplazamiento está bien elegido, estas nuevas creaciones se integran pronto en la vida de las naciones. Y Creuzot, Crewe, Barrow-in-Furness, Denver, La Plata, tienen todas ellas un puesto entre los más reconocidos centros de población. Pero si el emplazamiento es malo, estas nuevas ciudades mueren cuando mueren los intereses especiales que las hicieron nacer. Cheyenne City, cuando dejó de ser la última estación de la vía del ferrocaril, envió, por así decirlo, sus perspectivas de desarrollo a la siguiente estación; y Carson City desapareció con las exhaustas minas de plata, única razón por la que se había poblado aquel espantoso desierto.

Pero si los caprichos del capital a veces intentan fundar ciudades a las que el interés general condena a perecer, también destruyen muchos pequeños centros de población que solo aspiran a vivir. ¿No observamos en las afueras del mismísimo París como el gran banquero y el propietario de las tierras añaden año tras año otros doscientos o trescientos acres a su propiedad, sustituyendo sistemáticamente tierras de cultivo por plantaciones, y destruyendo pueblos enteros que reemplazan con casetas de guardia a una oportuna distancia entre sí?

Entre las ciudades de origen total o parcialmente artificial que no responden a ninguna necesidad de la sociedad industrial, deben ser

mencionadas aquellas ciudades que existen solo con fines militares; sobre todo, aquellas que han sido construidas en nuestros días por los grandes estados centralizados. Esto no sucedía en los tiempos en los que la ciudad podía contener a una nación entera, cuando era absolutamente necesario por razones defensivas construir murallas siguiendo el contorno exterior de la ciudad, construir torres de vigilancia en las esquinas, y erigir al lado del templo, en la cima de la colina protectora, una ciudadela donde todo el pueblo pudiera refugiarse en caso de peligro. Y si la ciudad estaba separada de su puerto por una franja intermedia de tierra —como Atenas, Megara o Corinto— el camino que los unía debía estar protegida por muros a uno y otro lado. Todas las fortalezas quedaban explicadas por la naturaleza de las cosas y ocupaban un lugar lógico y pintoresco en el paisaje. Pero en estos días de extrema división de competencias, en los que el poder militar se ha vuelto prácticamente independiente de la nación y ningún ciudadano se atrevería a aconsejar o inmiscuirse en materia de estrategia, la mayoría de las ciudades fortificadas tienen una forma poco natural, sin ningún tipo de relación con las ondulaciones del terreno. Cortan el paisaje con un perfil ofensivo para la vista. Los antiguos ingenieros italianos al menos intentaban otorgar un contorno simétrico a sus fortificaciones, dándoles forma de cruz, o de estrella del honor, con sus rayos, sus joyas, sus esmaltes; las paredes blancas de sus bastiones contrastando con regularidad la calma y placidez del campo abierto. Pero las fortalezas modernas no ambicionan ser bellas, este pensamiento no se cruza en ningún momento por la cabeza del estratega. Un mero vistazo a la planta de estas fortificaciones revela su monstruosa fealdad, su total falta de armonía con el entorno. En vez de aprovechar el relieve natural de la región, y extender sus brazos libremente en el campo circundante, sitúan como amontonadas, como criaturas con las orejas cortadas y los miembros amputados. ¡Observad

la melancólica forma que la ciencia militar ha dado a Lille, Metz, o Estrasburgo! Incluso París, con toda la belleza de sus edificios, la gracia de sus paseos y el encanto de su gente se ha echado a perder debido a su fortificación. Liberada de ese incomodo óvalo de líneas quebradas, la ciudad se hubiera expandido de manera estética y natural, adoptando una forma simple y elegante sugerida por la naturaleza y la vida misma.

Otra de las causas de la fealdad de las ciudades modernas es la invasión de las grandes industrias. En casi todos las ciudades existentes hay uno o más suburbios plagados de chimeneas apestosas, en los que inmensos edificios bordean las calles ennegrecidas con paredes desnudas y ciegas, o perforadas con repugnante simetría por incontables ventanas. La tierra tiembla bajo los gemidos de la maquinaria y el peso de carros, carretas y trenes de mercancías. ¡Cuántos pueblos hay, sobre todo en América, donde el aire es prácticamente irrespirable, y donde todo lo que alcanza la vista —el suelo, las paredes, el cielo— parece rezumar barro y hollín! ¿Quién puede recordar sin un sentimiento de repugnancia una colonia minera como aquella sinuosa e interminable de Scranton, cuyos setenta mil habitantes no tienen más que unos pocos acres de césped sucio y vegetación ennegrecida para limpiar sus pulmones? Y la enorme ciudad de Pittsburgh, con su corona semicircular de suburbios humeantes, ¿cómo es posible imaginarlo bajo una atmósfera aún más sucia que la que ahora tiene, a pesar de que sus habitantes aseguren que ha ganado tanto en limpieza como en luminosidad desde la introducción del gas natural en sus hornos? Otras ciudades, a pesar de no ser tan sucias como estas, son apenas menos espantosas, debido al hecho de que las compañías ferroviarias han tomado posesión de las calles, plazas y avenidas, y envían sus locomotoras resoplando y silbando por las calzadas, apartando gente a derecha e izquierda a su paso. Algunos de los lugares más encantadores de la tierra han sido así

profanados. En Búfalo, por ejemplo, el peatón se esfuerza en vano en seguir la orilla del río Niágara a través de una maraña de raíles, lodazales y canales viscosos, montones de grava y estercoleros, y todas las demás impurezas generadas por la ciudad.

Otro ejemplo de especulación salvaje es aquella que sacrifica la belleza de las calles repartiendo el terreno en lotes en los que los promotores construyen distritos enteros, diseñados de antemano por arquitectos que ni siquiera han visitado el lugar, ni mucho menos se han tomado la molestia de preguntar a los futuros habitantes. Levantan aquí una iglesia gótica para los episcopalianos, allí una construcción normanda para los presbiterianos, un poco más allá una especie de panteón para los baptistas; proyectan las calles, plazas y manzanas variando grotescamente los diseños geométricos de los espacios intermedios y el estilo de las casas, mientras reservan religiosamente las mejores esquinas para las licorerías. El absurdo resultado de esta mezcla heterogénea se agrava en la mayoría de las ciudades por la intervención del arte oficial, que insiste en tipos arquitectónicos que siguen modelos preestablecidos.

Pero incluso si el promotor y el mecenas tuvieran un gusto refinado, las ciudades seguirían presentando un doloroso contraste entre lujo y miseria, entre el suntuoso e insolente esplendor de algunos barrios, y la sórdida pobreza de otros, donde los muros bajos y torcidos ocultan patios que rezuman humedad y familias hambrientas cobijadas bajo ruinosas chabolas de madera o piedra. Incluso en las ciudades donde las autoridades tratan de ocultarla tras un velo, la miseria todavía se muestra al exterior, y la muerte se cobra numerosas víctimas gracias a ella. ¿Cuál de nuestras ciudades no tiene su Whitechapel o su Mile End Road? Aunque se muestren bonitas e imponentes a la vista, cada una tiene su secreto o sus aparentes vicios, una enfermedad crónica que acabará con ellas; a menos que se restablezca una circulación

libre y pura por todo el organismo. Observándolo desde este punto de vista, habría que englobar la cuestión de los edificios públicos dentro de la propia cuestión social. Llegará un día en el que todos los hombres, sin excepción, respiren aire fresco en abundancia, disfruten de la luz y el brillo del sol, la frescura de la sombra y el aroma de las rosas, y puedan alimentar a sus hijos sin temor a quedarse sin pan para mañana. Al menos aquellos que no han reservado sus ideales para el futuro y que reflexionan un poco sobre la vida actual de los hombres, deberían considerar intolerable cualquier sociedad que no contemple la liberación de la humanidad de la hambruna.

Por lo demás, los que gobiernan las ciudades se rigen en su mayoría —muchas veces en contra de su voluntad— por la idea de que la ciudad es un organismo colectivo, del que hay que conservar cada célula en perfecto estado de salud. La responsabilidad más importante de los ayuntamientos es la sanidad. La historia les advierte de que las enfermedades no respetan a nadie, y que es peligroso dejar que la peste se cebe en los tugurios pobres que están situados al lado de sus palacios. En algunos lugares se llega hasta a demoler en su totalidad los barrios infectados, sin considerar que las familias que son expulsadas de ellos no pueden hacer más que reconstruir sus casas un poco más allá, quizás llevándose con ellos la infección a zonas que estaban libres de la enfermedad. Pero incluso allí donde estos sumideros de enfermedades son ignorados, todo el mundo está de acuerdo en la importancia de hacer un saneamiento general a fondo: la limpieza de las calles, la apertura de parques y espacios verdes sombreados por altos árboles, la retirada inmediata de la basura y el suministro de agua limpia y abundante a cada distrito y a cada casa. En este terreno, se está llevando a cabo una competición pacífica entre las ciudades de las naciones más avanzadas, y cada una de ellas está realizando sus propios experimentos para mejo-

rar la higiene y la calidad de vida. La fórmula definitiva, sin embargo, no ha sido encontrada todavía; ya que no se puede conseguir que un organismo urbano continúe con su aprovisionamiento y su circulación sanguínea y nerviosa, recupere fuerzas y expulse sus desechos mediante un proceso inmediato. Pero al menos, muchas ciudades han mejorado tanto que la calidad de vida en ellas está por encima de la media de todos esos pueblos en los que sus habitantes respiran cada día el hedor del estiércol y que viven en la más absoluta ignorancia de las más elementales normas de higiene.

La conciencia de una vida urbana colectiva se manifiesta de nuevo en los esfuerzos artísticos de los ayuntamientos. Como la antigua Atenas, o como Florencia y las demás ciudades libres de la Edad Media, cada una de nuestras ciudades quiere embellecerse a sí misma. Ni en el pueblo más humilde falta un campanario, una columna, una fuente escultórica. Desgraciadamente este arte, diseñado en su mayoría por profesores reconocidos bajo la supervisión de un comité, tiene poco valor. Y cuanto más ignorante es, más pretencioso resulta. El arte auténtico debe encontrar su propio camino. Estos caballeros de los consejos municipales son como el general romano Lucio Mumio, que estaba muy dispuesto a dar órdenes a sus soldados para que pintaran las obras de arte que habían destruido. Confundieron la simetría con la belleza, y pensaron que las reproducciones idénticas iban a darles a sus ciudades un Partenón o una San Marcos.

E incluso aunque se pudieran recrear esas obras tal y como les pidieron a los arquitectos que las copiaron, hubiera sido no obstante un ultraje a la naturaleza, ya que ningún edificio está completo sin la atmósfera de tiempo y espacio que lo vio nacer. Cada ciudad tiene su propia vida, sus rasgos característicos, su forma. ¡Con qué veneración debería aproximarse a ella el constructor! Es como una ofensa perso-

nal llevarse la individualidad de una ciudad y sepultarla bajo edificios convencionales y monumentos contradictorios fuera de toda relación con su carácter actual e historia. Sabemos que en Edimburgo, la encantadora capital escocesa, manos piadosas están trabajando en una dirección diferente; actuando en sus pintorescas pero sucias calles y transformándolas gradualmente, casa a casa: devuelven a cada habitante su casa tal y como estaba, pero transformada en un lugar más hermoso, que deja pasar el aire y la luz; y agrupan a los amigos ofreciéndoles espacios de reunión para la relación social y el disfrute del arte. Poco a poco, una calle entera, sin perder su carácter original, solo que sin la suciedad y los olores, aparece limpia y nueva, como una flor brotando en primavera sin nada que la estorbe.

Así, bien por su destrucción, bien por su restauración, las ciudades se renuevan eternamente; y este proceso, indudablemente, se ve acelerado por la presión que ejercen sus habitantes. Cuando los hombres modifican su ideal de vida, necesariamente han de cambiar en función de él esa realidad más amplia que constituye el lugar donde habitan. La ciudad refleja el espíritu de la sociedad que la crea. Si la paz y la buena voluntad reinaran entre los hombres, no hay duda de que la disposición y el aspecto de las ciudades respondería a las nuevas necesidades derivadas de la reconciliación. En primer lugar, las partes totalmente sórdidas e insalubres de las ciudades se borrarían de la faz de la tierra, o se convertirían en grupos de casas colocadas a placer entre los arboles, agradables a la vista, llenas de luz y bien ventiladas. Los barrios más pudientes, esplendidos en apariencia, pero a menudo tan inoportunos como malsanos, serían transformados de manera similar. La hostilidad o exclusividad que les da el espíritu de la propiedad individual a las viviendas desaparecerá, y los jardines no se ocultarán más detrás de inhóspitos muros; el césped y los parterres que rodean a

las casas se trasladarán a los paseos sombreados públicos del exterior, como ocurre ya en algunas ciudades inglesas y americanas. El predominio de lo común, frente a la estrictamente cerrada y celosamente guardada privacidad, unirá a más de una vivienda privada en un grupo orgánico de escuelas o falansterios, que también contará con grandes espacios abiertos que permitan la ventilación y mejoren la apariencia del conjunto.

Obviamente, las ciudades cuyo crecimiento es ya muy rápido, crecerán aún más rápido, o más bien se diluirán gradualmente en el entorno lejano; y a lo largo y ancho de las regiones habrá casas dispersas que, a pesar de la distancia, pertenecerán realmente a la ciudad. Londres, siendo compacta en sus distritos centrales, es una gran ejemplo de este fenómeno, y su población urbana se dispersa a lo largo y ancho de los cientos de hectáreas de campos y bosques que la rodean, llegando incluso hasta la costa. Cientos de miles de personas que tienen su negocio en la ciudad y que, en lo que a su trabajo se refiere, son ciudadanos activos, pasan sus horas de reposo y vida doméstica bajo la sombra de altos árboles, junto a un arroyo, o cerca del sonido de las olas al romper. El corazón de Londres, bien llamada *the City*, es poco más que un mercado de valores por el día, que se vacía por la noche. Los centros activos del gobierno y la legislación, de la ciencia y el arte se agrupan alrededor de su gran foco de energía, aumentando año a año, y expulsando a la población residente a las afueras. En París se da la misma situación, ya que su núcleo central, con sus cuarteles, sus tribunales, y sus prisiones presenta un aspecto más militar y estratégico que residencial.

El desarrollo normal de las grandes ciudades de acuerdo con nuestro ideal moderno consiste pues, en combinar las ventajas del campo y la ciudad: el aire, el paisaje y la deliciosa soledad del primero, unidos a las facilidades de transporte y los servicios subterráneos de gas, luz

y agua que ofrece la otra. La que antes fue la parte más poblada de la ciudad es ahora precisamente la más deshabitada, porque se ha convertido en propiedad colectiva, o al menos, en un centro público de vida intermitente. Demasiado útil para el conjunto de ciudadanos como para ser monopolizado por familias privadas, el centro de la ciudad se convierte en patrimonio de todos. Ocurre igual y por las mismas razones en los núcleos de población subordinados; y la comunidad reclama, además, el uso de los espacios abiertos de la ciudad para actos públicos y celebraciones al aire libre. Cada ciudad debe tener su ágora, donde todos a los que les une una misma pasión puedan reunirse. Hyde Park es un espacio que cumple con estas características, y que con un poco de esfuerzo podría albergar un millón de personas.

Existen otras razones por las que la ciudad tiende a hacerse menos densa y a descongestionar ligeramente sus distritos centrales. Muchas instituciones originalmente situadas en el centro de la ciudad se están trasladando al campo. Escuelas, colegios universitarios, hospitales, hospicios o conventos, están fuera de lugar en la ciudad. Solo los colegios de distrito deberían mantenerse dentro de sus límites, siempre que estén rodeados de jardines; así como los hospitales indispensables para casos de accidente o enfermedad repentina. Los establecimientos trasladados siguen siendo parte de la ciudad; solo se alejan desde el punto de vista espacial, pero sin perder la relación vital que les une a ella. Son fragmentos de la ciudad ubicados en el campo. El único obstáculo para la expansión infinita de las ciudades y su completa fusión con el campo es el precio de los medios de transporte, no la distancia, ya que, en menos tiempo del que se tarda en andar de un extremo de la ciudad al otro se podría alcanzar en tren la soledad de los campos o del mar a una distancia de sesenta o setenta millas. Esto constituye

una limitación del uso del ferrocarril para los más pobres, que se está solucionando gracias a los avances sociales.

Así, este modelo antiguo de ciudad cercada por murallas y rodeada de fosos, esta cada vez más cerca de su desaparición. Mientras el hombre del campo se hace más ciudadano en pensamiento y modo de vida cada día, el hombre de ciudad vuelve la vista al campo y aspira a ser un campesino. Debido a su crecimiento, las ciudades modernas pierden su aislamiento y tienden a fusionarse con otras ciudades y a recuperar la relación original que tenían con el entorno que las hizo aparecer. El ser humano ha duplicado las facilidades de acceso a los placeres de la ciudad, a sus intereses y conocimientos, a sus oportunidades para estudiar y practicar las artes; y con ellas, a la libertad que reside en la libertad de la naturaleza y que se despliega en el campo de su vasto horizonte.

★

Ser territorio. La geografía y el anarquismo se terminó de imprimir en marzo de 2019 en Vallekas, en los talleres de Imprentas De Diego. Impreso sobre papel *offset* de 90 gramos con tipos Goudy Bookletter de 11 puntos.



«Salimos de nuestro pequeño hogar, un cubículo rectangular; montamos en el ascensor, un cubículo rectangular; bajamos a nuestra plaza de garaje, un cubículo rectangular; subimos a nuestro coche, un cubículo rectangular que los diseñadores llevan décadas tratando de disimular con propuestas de lo más atractivas; y partimos a nuestro trabajo, una oficina o un establecimiento con forma de cubículo rectangular. De esta manera, podemos evitarnos respirar el aire putrefacto de nuestras ciudades y, además, nos podemos ahorrar el tener que ver la cara de leve amargura, pero sin exagerar, que suele formar parte de las personas usuarias del transporte público, un cubículo cuadrado mucho más grande por su carácter colectivo».

Este fragmento de *Ser territorio. La geografía y el anarquismo* nos acerca a las relaciones del ser humano con su entorno, punto de partida de los diversos textos que recoge esta obra. En ellos podemos encontrar la insaciable búsqueda del anarquismo de ideas y prácticas que planteen resistencias para eludir la crisis de civilización que conlleva el capitalismo. La vida moderna (no vivida, sino administrada) con su reducción de todo espacio a la categoría de mercancía tiene los ingredientes perfectos para la crisis de una civilización paradójica: un progreso maltratador, que dice amar la naturaleza y, sin embargo, la destruye cotidianamente hasta unos extremos como jamás había conocido la historia de la humanidad, etc.

Ser territorio. La geografía y el anarquismo es un conjunto de propuestas que indaga en la fértil historia de luchas e ideas que el anarquismo ha planteado desde finales del siglo XIX hasta nuestros días.

La Neurosis o Los Barricados Ed.